70 Octubre 78.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

SOMBRAS

RASGOS DE LA FISONOMÍA SOCIAL

Fdo. Martínez Pedrosa

MADRID
IMPRENTA DE M. MINUESA DE LOS RIOS
calle de Sombrerería, núm. 6
1878

3502

C47-2639

31-7,6e3.

20.271

1847

SOMBRAS

Fdo. Martz Pedroza

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Estrella	Leyenda, verso.
Cuentos íntimos	Prosa.
Nubes y Flores	Poesías.
La Mujer de Vizcaya	Prosa.
Cárlos V en Argel	Romance histórico.
La Paloma Torcaz	Drama.
La Red de Flores	Zarzuela.
Pandereta y Clarinete	Pieza.
Socorros mútuos	Comedia.
El Mundo Nuevo	Juguete lírico.
Gramática parda	Comedia.
Equilibrios del Amor	Zarzuela.
La Madre del Cordero	Comedia.
El Lago de las Serpientes	Zarzuela.
El Galan de la Higuera	Comedia.
De gustos no hay nada escrito	Proverbio. [1]
Los Cerros de Ubeda	Comedia.
Las Veletas	Comedia.
La Caja de Pandora	Comedia. [2]
La Flor del Cardo	Zarzuela.

[1] Traducido al francés.

[2] Traducida al portugués.

PARA PUBLICARSE

Reflejos, sátira de costumbres	Un tomo.
Rosales, memorias íntimas de un pintor	Un tomo.
Cuatro poemas	Un tomo.
El Príncipe del Mundo, poema dramático	Un tomo.

SOMBRAS

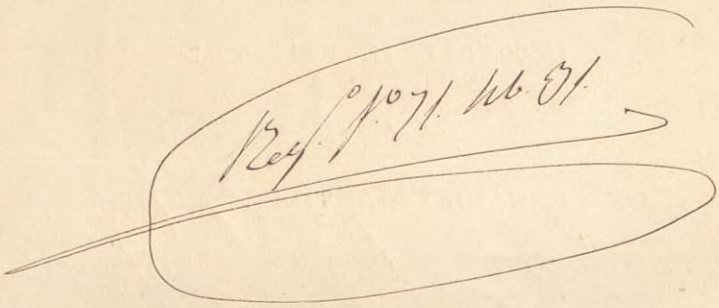
RASGOS DE LA FISONOMÍA SOCIAL

POR

DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA

Aquellos son los traidores
Que decimos las verdades,
Y los que ensayan maldades
Suceden en los favores.
Todos están concertados
De traer, todas sus vidas,
Las bestias muy guarnecidas
Y los siervos despojados.
TORRES NAHARRO.
(Comedia Jacinta.)

MADRID
IMPRENTA DE M. MINUESA DE LOS RIOS
calle de Sombrerería, núm. 6
1878



Propiedad del autor, quien se reserva sus derechos. Queda hecho el depósito que exige la ley.

SOMBRAS

Demóstenes se inspiraba en un subterráneo. Homero cantaba palpando la luz. Milton la soñaba. Camoens la veia á medias: todos los poetas han visto sombras; todos los desgraciados emulan con su llanto las glorias del dolor. La verdadera alegria no excluye el sentimiento; como que sin esa palpitacion del alma no pueden coexistir estas dos ideas: naturaleza y humanidad.

Vive naturaleza á espensas de la muerte; de ella renace, en cada estacion, á vida mejor. Muerte anuncian los elementos en sus paroxismos físicos, de muerte se nutre el hombre, con sus despojos se alimenta, su cuerpo se reviste con restos de pasadas existencias. No es posible reir sin haber llorado: el sol tiene su silueta negra como el caos, é invariable como el destino.

La humanidad es loca y canta y rie á la vez.

Ni la intimida el mal, ni el bien la rinde. De varios gérmenes de actividad forma una mestiza existencia repartida entre el goce y el sufrimiento, que tienen su atraccion, y se juntan y auxilian, como por oculto resorte se unen en sociedad los caracteres; en la naturaleza árboles y rocas; en el espacio las aves, y los corpúsculos del mundo sutil, en la atmósfera y en el mar, anunciando la armonía del universo.

Así descansa el ánimo de la fatiga del raciocinio y se distrae en la contemplacion de las pequeñas cosas sociales reflejo de las grandes verdades humanas. De *Ars semper gaudendi* escribió un teólogo para esplayar la imaginacion y mantenerla en salud. Quevedo derramaba lágrimas revestidas de carcajadas: Cervantes aderezó de miel y acibar su magno *Don Quixote:* ambos lloraban riendo, al pintar la infeliz suerte del hombre, en los desenfados de su entendimiento y de su aguda filosofia. Boileau y Labruyere esparcieron su fino humor sobre el espíritu y corrigieron las costumbres con la risa, pero tambien veian sombras y manchas en el fondo de su analítico pensamiento.

La sociedad es contagio de lacras y campo de duelos que la imaginacion abulta con ojo de ca-

ballo. Todo parece grande en el desierto; todo resuena con voz de gemido en la existencia cuando se la encuentra vacia. El vacio, ha dicho alguien, es una negacion; no se le siente, pero á veces se condensa y hace sensible, cuando suenan en él ecos perdidos de otras regiones, ritmos musicales, hermosas hipérboles, himnos y cadencias del pasado ó del porvenir. Cuando en él se escuchan sonoros arpegios de felicidad, acentos de fantásticas conquistas y se descubren panoramas utópicos bañados de idealismos que envidiarian las vanas esperanzas de la tierra.

¡Cuán grata y consoladora es la soledad del que, alejado de todo, está con todas las ideas de igual manera que entre el bullicio y solaz del mundo! En esa calma y apartamiento de pasiones y miserias entramos en nosotros mismos y nos iluminan encendidos horizontes; nos confiamos al mejor de los amigos, que es el pensamiento recto, y sondeamos la verdad despojada de sus alardes humanos; la verdad única y separada como nosotros, de las obligaciones mundanas, que todas juntas no valen lo que una sola virtud.

En el vacio que se nutre con los gérmenes de nuestro propio ser, el espíritu no se fatiga entorpecido por frívolas recreaciones del amor pro-

pio, ni se ve arrastrado por la adulacion que el mundo exige á los débiles. Allí es fuerte la voluntad, entero el dominio, el juicio reposado, realizándose esa feliz independencia que eleva el ánimo y crea honor, vida propia y conciencia plena para mantener firme el criterio y la individualidad frente á frente con las influencias exteriores.

El cerebro es apacible morada en la que, una vez concentrado nuestro ser, goza de paz sublime, renunciando á los halagos de la suerte, tras los cuales nos acechan temores y desengaños. Fuera del cerebro, siéntese cansancio y enervamiento; nostalgia de libertad, de esa libertad desconocida en pueblos libres; dentro de él, se realiza el bello ideal del hombre pensador; el poder de abstraccion que retiene el fluido del pensamiento, que evoca el éxtasis y nos trasporta á una existencia perfecta, producto del cabal sentido y de la sana razon, facultades superiores al génio cuando dominan modos, rectifican creencias vulgares y combaten la rutina, yugo de la sociedad.

Ni es posible que caiga en ócio el pensamiento, ni que se doble el brazo del trabajo, acumulando páginas en blanco del libro de la vida, cuando el engaño ó la mentira consentida, han

suplantado á la realidad, y se llama á la desidia ó la pereza, filosofia y la desvergüenza es don y la mira egoista y el propio engrandecimiento tuercen los fines de la humanidad: cuando los rumbos sociales advierten la corrupcion de las costumbres favorecida por una licencia á que las leyes ineficaces ó débilmente aplicadas, sólo oponen diques movedizos y los poderes conservadores menguan y los poderes disolventes todo lo relajan: cuando caracteres y conciencias ceden al influjo de la ambicion y del valor es cebo la codicia y siervo de los goces el honor; cuando la autoridad es rebajada porque el derecho se cansa de ejercerla y nadie se acomoda á obedecer. No es posible que el discurso permanezca indiferente: si hay remedio, busquémosle para depurar el vírus que corroe la sociedad.

Tal estado—dígase de una vez—no hallará solucion en ninguna forma política, ni en los Congresos internacionales, ni en los sistemas de gobierno, ni en la diplomacia, ni en la organizacion militar; todo eso conducirá á un fin trascendental, pero no resuelve el problema. Es menester crear luz que disipe las densas sombras que nos envuelven: sombra de dominio, de codicia y despojo, de intransigencia, de individuali-

dad, de locuacidad, de orgullo; sombra que en sí llevan los cuerpos opacos y los conciertos tenebrosos; sombra de costumbres y de educacion, que prepondera en las esferas morales é intelectuales: sombra de impotencia y envidia, que ha creado la noche del mal. Es necesario luchar con la adversidad, con la pobreza, el olvido, la infamia y el dolor, de donde nacen desvaríos é infortunios de nuestra edad y nuestra raza. Restablecer la razon y aventar las nieblas que empañan los sentidos del pueblo. Ir contra los hombres que siegan donde no han sembrado y cogen donde no han esparcido. Visitar en su cárcel á los que andan sueltos y á la vez atados á sus pasiones; á los que mendigan honras unos de otros y nunca las dan de sí; á los sordos, que no oyen el estrépito de la pólvora y las ruinas; hay que imitar el milagro del Evangelio; hacer lodo para untar los ojos al soberbio, al ciego que tiene vista y no quiere ver.

Comun es á todo linaje de criterios saber lamentar los males, pero pocos procuran ponerlos correctivo. Por el contrario, suele disculparse y hacer amable el crímen socapa de caridad ó benevolencia, inclinando la opinion más en favor del que delinque, que del que sufre las conse-

cuencias del delito. Sociedad que prohija y sustenta faltas de sentido moral y de probidad, nada tiene que echar en rostro al homicida. Ménos mata el puñal asestado contra uno, que la difamacion y maledicencia empleadas por todos contra todos. Pesimista estacionado y agorero se llamará al que advierte deformidades mundanas, mientras se celebra á los que cada dia, entonan salmos en loor de nuestras pompas y ruindades. En este punto, es deber dejar obrar á la conciencia y la justicia, mantener el culto á la rectitud. Porque una losa de plomo nos amenace y nadie viva mas que para sí, con menosprecio de los demás, ¿habrá razon para ahogar la voz del que sueña poemas de honor y de virtudes? ¿Puede juzgarse hombre de bien el que no se mete en nada y es pária de la malignidad, abuso y desconcierto? Las pompas de jabon suben, dejadlas ir; los cuerpos vacíos se hinchan, dejadlos engordar; los potros se desbocan, dejadlos correr; vuestra casa se hunde, no pongais la mano; la familia se disuelve. ¿Para qué queremos esas manadas de ovejas? ¡Dejad hacer, dejad vivir á cada cual; dejadlo estar!

¡Oh! respetad el derecho de los tristes. La multitud forma una falsa idea de lo mas íntimo

que hay en el corazon humano. Soportad la sinceridad del alma, el aliento de la independencia: ya que tanto dejais hacer al mundo, dejad correr la pluma, acento de la verdad: no os alarme una lágrima vertida en el mar de la dicha ni una gota de hiel lanzada al risueño espacio. De mí nada sé decir: reí, lloré y vivo consolado, usando la facultad de expresar mis sentimentos á trueque de hocer poco en mi provecho y algo en el de los demás.

Ya sé que los achaques de la sociedad no tienen periodo fijo, ni dependen de una época, ni son consecuencia de éste ó del otro sistema; sé que no es tan extremoso y fiero como le pintamos, este mundo de sábios mudos y de necios investidos de una autoridad injusta, azote de sus superiores los que carecen de accion para imponerse, los que no pueden ó no saben mandar. Distingo el arte que separa la notabilidad de la mediania, y comprendo al que no cambia su modestia por los honores y el poder, conocidos los medios á que hay que recurrir para conseguirlos. Amar la gloria no es buscarla por el estrecho camino de los hombres, que para defenderse de los abrojos llevan la hipocresia en los piés y para hacerse honrar tienen que hacerse temer.

No es filósofo el que huye de la sociedad y la teme. Compadecido de ella y desdeñado de sus favores, vive el que no admite la tendencia universal al juicio erróneo y al acerbo fallo; el que no participa de viejas ni de nuevas preocupaciones; el que navega contra las corrientes usuales; el que no vuela con la impresion del dia ni concuerda con la opinion pública. La razon excepcional, el sentido recto, nunca serán bastantes á regir mayorias automáticas, mas tampoco se prestarán á ser regidos, ni aceptarán la esclavitud del albedrio, ni la férula de los que dominan en el redil y no en el campo de las ideas.

La mejor filosofia surge de la práctica social: las relaciones de la sociedad, sus rasgos, intuiciones y manías enseñan más que los libros. Hay que saber soportar á las gentes y estudiarlas: hay que advertirlas algo que no reparan al andar y tropezar entre placeres y delirios: hay que atreverse á sostener la mas estéril de las contiendas, de uno contra muchos. La empresa es árdua, y no es poco llevar á ella un buen deseo. Por eso, tras estas líneas, no hay mas que cuatro rasgos sociales, fruto de observacion tal vez demasiado analítica: no hay una obra, sino un resúmen de experiencias, miradas del lado oscuro, segun la impresion del

ánimo ó la movilidad del espíritu. Para conservarle, conviene interesarse en los negocios de la humanidad, bien á pesar de tantos preceptistas que se ocupan mucho de sí y poco de la educacion moral y de la cultura pública: poner el dedo en la llaga social y procurar cicatrizarla: encararse con el vicio y denunciarle: tal es el fin de estas páginas, escritas para engaño de penas y sustento de la flaqueza humana.

1878.

LA SUPERFICIE

La sociedad es un mar en cuya superficie sólo se ven hojas secas, ilusiones vanas, esperanzas muertas y vanidades locas. La farsa la esclaviza, el egoismo la empobrece, la ambicion la agosta. No hay más que una mira, el lucro; una ocupacion, la de explotar al prógimo.

¿Pero á qué costa se brilla, y se eleva el hombre sobre las turbias olas de este océano de desdichas? Cara es la jornada de la celebridad; vago y melancólico el tiempo para los que sufren y ocultan sus lágrimas como avergonzados de sentir, en este mosáico de mármoles humanos; triste para los que viven del ayer, estéril para los que dudan del mañana.

En el mundo de los gozes materiales, que es el más grande, háse removido la superficie, y danzan en horrible desconcierto, femeniles gracias, arrogancias débiles, sentimientos que produce el arte de agradar. Mascarillas de bondad; virtudes plásticas que se anuncian con una mueca de adulacion; atractivos que ruedan sobre las alfombras y que realza la luz del gas. Allí se rie con lábios

descoloridos, se habla con el traje bien cortado, se toma dignidad con la corbata blanca. Allí merece más el que miente sin medida; más alcanza el que mejor finge; más vale el que más se hace valer. Es un vasto escaparate donde se exhibe todo lo que merece estar oculto; lo que no piensa, ni razona. Es la huelga del sentido comun; el taller de la fatuidad.

En la superficie de los nobles, flota la ignorancia y el orgullo de clase: en la de los poderosos la aritmética disfrazada con el pudoroso velo de la moral. De entre ellos, hay pocos verdaderamente ilustres, pocos é ignorados en el antro impenetrable de la modestia.

La ciencia y la sabiduría gimen en el abandono de la tierra; sus palmas las han usurpado el libelo, la pluma que hiere por la espalda, ó la lengua que toca arrebato en discursos y exhortaciones al mal. El libro que corrompe; el drama que enfria; las hojas secas que cubren el espacio; el tibio sol que cae.

Tales discos refractan su luz sobre las masas. En la superficie de la clase media sobresalen los zancos de sus entes diminutos, encaramados para elevarse de su legítimo nivel, pugnando por distinguirse en la empresa de la fastuosidad y del lucimiento que se adquiere tal vez á precio de honra. Familia que vive de apariencias y desprecia la humildad.

Las larvas del pueblo tambien buscan su equilibrio en la superficie: el honrado menestral lucha, trabaja, suda y calla: su hermano el explotador, concurre á la obra social, trocando el aza-

don ó la garlopa por el fusil. Este denota la jerarquía del moderno civilizador; publica la idea nueva y dispara contra la idea proscrita, que es la fé, que es la tradicion. El triángulo aparece como símbolo de paz sobre ruinas del lábaro de Constantino.

Levántase en la superficie del arte la estátua del sensualismo, coronando la torre de Babel. El edificio de piedra amasada con sangre, cuyo símbolo es la guerra escalando el cielo; Minerva dominando el Olimpo. Agitadores inquietos, pseudo apóstoles, investigadores de una doctrina disolvente, forman cuadro con la soldadesca que baila el can-can en el templo. La fotografía reproduce á los fautores del crímen social; del delito de lesa nacion. El lápiz dibuja las catástrofes, el grabado las eterniza, la enciclopedia las comenta. Nada se sabe del progreso humano, nada de la historia; el siglo se halla condensado en el telégrafo. En la superficie no hay merecimientos, ni hechos; sí lauros y nombres: no hay más sonido que el de la trompeta; héroes fabricados de un pedazo de talco.

Y descendiendo á cosas y sucesos que embargan la atencion; penetrando en el laberinto de pasiones y miserias que engendra la política; asistiendo al pugilato de los partidos; observando la superficie de los poderes; del poder que ordena; del poder que protesta; del poder de la fuerza; del poder que se revuelve contra el castigo; del que restringe y del que abre la válvula al derecho; del que con una mano crea dogma y con otra le destruye; contemplando con ojos estóicos la superficie donde se agitan tantos contrapuestos poderes, ¿qué se advierte?

Cerebros exaltados, cráneos duros, espíritus demoledores, sonrisas estoicas, móviles impacientes, débiles la voz del patriotismo y los hombros que sostienen la carga del gobierno, manco el brazo de la ley. Son aulas los Congresos de imberbes reformadores; recurso la prensa para los que pretenden andar á saltos el camino; los clubs despiden metralla de dicterios; la asociacion excita á los tímidos á la rebeldía; la tribuna es grito de combate entre amigos y correligionarios, sin religion.

¿A dónde van los hombres unidos para destrozarse y jamás para robustecerse? ¿Dónde están los criterios rectos? ¿Dónde las voluntades firmes é independientes? ¡Ah! ¿Será posible que la rectitud no pueda desatar el nudo del cálculo? ¡Qué doloroso espectáculo el de este constante duelo á muerte, entre el egoismo y el deber!

Mar cual ningun otro soberbio, de insuperables escollos y de aguas cenagosas, sobre su lecho sombrío duermen las conquistas del honor, velan los excesos del despotismo. Del despotismo que no se nutre en un solo campo, que no procede de un solo bando, que no radica en una sola escuela; del despotismo que, revistiendo diversas formas y caractéres, se cierne en nuestra atmósfera y enrarece y vicia el aire, ya sople de levante ó de poniente.

En esta superficie, imperan los que se hacen servir y jamás los que se hacen amar. Los hombres que gozan porque anhelan, no los que padecen por costumbre. Los que buscan un ideal relativo, no los que esperan en un término absoluto. Los artífices del mecanismo social, no los espíritus elevados; en una palabra, los que consumen

y no producen, los que hablan y no saben sentir.

Por el ejemplo dominan sobre todas las razas, sobre los espacios, medidas, tiempos y generaciones, los talentos que, desde el fondo de su claustro, ilustran al mundo; las flores que prestan su aroma ocultas en los senos de la naturaleza.

La superficie abulta las cualidades, el fondo las avalora. Moléculas de escoria desprendidas del cuerpo social se elevan por falta de peso específico; virtudes, prendas intrínsecas, inteligencia, forman el cimiento, la base de la civilizacion.

El mártir del pensamiento, la víctima del enojo de la envidia, los corazones heridos, las conciencias limpias, los entendimientos sanos, han creado la enseñanza del dolor, de la esperanza y de la muerte: han fundido sus almas en el crisol de la fortaleza y de la resignacion. Los entes felices, que viven para el presente porque no tienen pasado ni porvenir; los que no han descubierto la simpatía entre la dicha y el sufrimiento; los que emplean su afecto en sí propios, sin dedicar un desperdicio á su madre, á sus hijos, á sus amigos, ó tan siquiera á su perro ó su caballo, esos espíritus mecánicos son los que nos aturden con sus gritos impacientes, los que se imponen con sus rasgos de soberbia, los que monopolizan el comercio social. La superficie en que flotan es una mancha que cubre á la humanidad; es un gran sepulcro, el sepulcro de la verdad, donde se llora con las palabras del poeta:

¡Lasciate ogni speranza!....

Soñaba al tomar esta vez la pluma; héme tras-

portado á la region de las ideas sin acordarme de cosas y hechos presentes; pensando—vano pensar—que la filosofía es una planta exótica en todas las superficies, cuando no se ciñe á la moral de la fé y de la historia. El estudio anatómico de las pasiones, la crítica séria de las costumbres, requieren espacio para el que escribe y atencion para el que lee; exigen un juicio superior que no participe de las inquietudes presentes. La reflexion y el criterio pugnan, además, con la educacion intelectual de una época caracterizada por la explosion efímera del fósforo: mal se aviene con nuestra ceguedad optimista, la luz suave y permanente de la razon. En nuestra superficie se juzga por impresion y no por raciocinio. El sol es una gran monotonía, un amaneramiento de la creacion. La tempestad el más hermoso de los fenómenos visibles, porque produce la luz del relámpago.

¡Oh siglo relámpago, superficial y hueco! tú me has inspirado estas líneas; falta saber quién las leerá y si habrá algun loco ó desterrado del mundo que piense como ellas.

1873.

LA OPINION PÚBLICA

Babel confusa, oscura jerigonza, batiborrillo, órgano de Móstoles, manicomio universal; tal es la opinion pública, alimentada por el rumor del absurdo, por el eco de la doctrina que se trata de propagar ó por el cacareo de la persona que se pretende enaltecer. ¿Cómo se forma la opinion pública cuando el criterio no está formado ó el sentimiento se halla pervertido? ¿Cómo se discierne el bien y el mal, la verdad y la mentira, cuando la razon no obra?

Trastornado el juicio humano y convertida su facultad en una rueda torpe que gira á impulso de la pasion ó del interés individual, la opinion se echa á rodar por una pendiente resbaladiza, y por ella nos arrojamos crédulos é indiferentes, aletargados con el aroma del incienso ó distraidos con la música de la adulacion, del cálculo ó de la vanidad. Todavía no hemos caido en el error de creer á ciegas, aquello que nos impone como artículo de fé, pero nos vamos acostumbrando á oir los trompetazos de la lisonja ó el golpe de bombo de los mercaderes sociales, y sin atrevernos á en-

derezar el sentido que á sabiendas se tuerce, la opinion, cada vez más extraviada y loca, llegará pronto á demostrar la negacion de todo órden lógico, de toda ley física y de toda realidad palpable.

La rutina es un caballo desbocado que en su carrera solo describe un círculo; es la corriente que se desvia de su cáuce, el mazo del batan, que acompasado golpea. Basta que nos diga: «Lo blanco es negro,» para que eternamente repitamos: «Es verdad.» ¿Mas cómo el craso error, la malicia y el engaño pueden sustituir con ventaja al juicio exacto y á la certeza de las cosas? Cerrando los ojos á la luz y los sentidos á la percepcion natural cuando lo exije la conveniencia, cuando lo pide el egoismo, ó lo que es más triste, cuando por no tomarnos el cuidado de desentrañar la exactitud de un hecho ó de un juicio, los aceptamos tales y como se nos presentan, y aun más cuando conociéndolos perfectamente, contribuimos á que se desfiguren en comun perjuicio ó desdoro.

La prensa, mejor dicho, la industria del periódico vividor, es el ariete que más contribuye al desmoronamiento de la justicia y al desprestigio de la fama; es la campana que toca á remate en esta subasta puesta en moda, de elogios, aplausos, dictados, títulos y distinciones personales ó colectivas. Llámase eco de la opinion y reparte dones y mercedes mediante la amistad, el influjo ó los favores que recibe, y sus reclamos hacen oficio de honra para aquellos que mas la buscan por hallarse más necesitados de ella. Otras veces, no pocas ciertamente, sirve de estafeta para dar á conocer, por medio de la gacetilla, la gran-

deza de un enano, el ingenio de un reptil ó la elocuencia de un papagayo, y hay hombres comentados y á tal extremo engreidos con su prosapia social, que pasan la vida escribiendo sus hazañas en los periódicos y se inflan de orgullo al verlas en letras de molde, llegando á persuadirse de que es obra de la opinion el *Auri sacra fames* que á sí propios se regalan.

Para ellos suena el eco de la farsa con estrépito sonoro; en procurar su medro se emplea la prensa, dócil á la influencia de aquellos nombres más oscuros y que no cundirian sin sus halagos, entonando salmódicos himnos en honor de entidades nulas, de indivíduos y sugetos, incapaces unos, prevaricadores otros, é ignorados los más, con tal de que sean amigos y compadres ó cofrades políticos.

Suceder suele, que en un arrebato de tijera, cuando esta arma terrible, en manos de un periodista lego, sustituye á la tijera del sastre con la cual se cortan sayos; en el caso extremo de que el regente pida original y la originalidad del periódico se haya agotado, suele acontecer, que se deslicen elogio ó censura, ajenos al propósito de la redaccion, quedando exento de responsabilidad, ó de buena ó mala intencion, el redactor mecánico que solo atendió á la urgencia de tapar un agujero, ya sea con barro negro ó con cal, segun el material que halle á la mano.

Pero este caso es ménos frecuente que aquel en que, á conciencia del hecho, se maneja y traquetea la personalidad, por costumbre de aglomerar noticias. Supónese entonces que la opinion pú-

blica no puede ménos de acoger con júbilo y de saber con arrebato de entusiasmo, «que el ministro tal almorzó con el diputado cual», «que el embajador H. ha obtenido licencia para tomar baños», «que el escritor G. se casa con la de F.», «que ha llegado á Madrid el banquero L.», «que el opulento banquero ha vuelto á salir de Madrid» y «que L. el opulento, va á regresar en breve á la Córte»; «que el afortunado empresario S. ha escrito á Lóndres», «que han contestado de Lóndres á S. el afortunado empresario», «que X. ha perdido á un sobrino político avecindado en Francia», «que K. ha sido recibido en audiencia», «que la esposa de A. ha dado á luz un niño» y «que en breve saldrá para su posesion de Andalucía la señora de Z.»; «que M. escribe», «que O. prospera en el negocio de gusanos de seda», «que aquel se ha mudado de casa», «que el otro ha sido destinado á las provincias Vascongadas» y «que al de más allá, se le han concedido dos cruces libres de gastos.»

¡Qué amena lectura no contiene el anterior párrafo! Por él se aprenderán muchas letras mayúsculas que en vano se buscarian en el repertorio alfabético de los hombres conocidos y dignos de ser apreciados. Ahí empieza la florida vereda que conduce

«De la inmortalidad al alto asiento.»

Verse citado un dia y otro dia por los órganos de la opinion; considerarse objeto de la atencion pública; ser envidiado de entes desconocidos; tener constantemente alquilada en la prensa una lí-

nea, para que la generacion presente y la posteridad no se den de calabazadas tratando de averiguar lo que hicimos y lo que pensamos, lo que obtuvimos y lo que merecemos; nombre, pátria, hogar, salidas y entradas; vicisitudes de familia; horas de cenas y de almuerzos; posicion, hábitos, etc., etc. ¡Hé aquí la apoteosis en vida, la anticipacion de la gloria póstuma!

De esa fama mezquina y pasajera, de esa fama reloj, que sólo tiene cuerda para veinticuatro horas, alcanzamos las ancas para encaramarnos al trote hácia el pináculo de la historia. ¡Tanto periódico, tanto libro, tanto cartel, tanto anuncio, tanta opinion pública! Aspiramos á la universalidad y la hemos resuelto. *Ecco il problema.* Para el periódico político ministerial: siete ministros, «siete sábios de Grecia.» El jefe del gobierno, «primer estadista de Europa.» Un diputado estudiante y jefe de grupo, «el joven Demóstenes.» El partido, «legion sagrada.» Los amigos «mártires de la idea.» Los parientes «empleados con sueldo de veinte mil arriba y honores de puesto superior.» El mayordomo ó criado, «canónigo» si le tira la Iglesia, y si no sirve para nada «gobernador de provincia.» Y todos ellos con derechos á ser defendidos en el *Diario de casa* y apoyados hasta en sus extravíos.

El periódico ilustrado alcanza de diversa manera que se mueva en su favor el sonajero de la opinion pública. El periódico ilustrado, biógrafo y retratista de cualquier quidam político ó literato que pueda servir de algo á los lucros mercantiles, procura que los dibujos y maderas traidos de Francia salgan bien impresos, y contrata el texto

á tanto por semana, como si se tratara de una obra de albañilería; publica artículos zurcidos sin conocerse y poesías de la juventud literaria que suele cederlas grátis. Dispara una salva en la prensa, cada tres dias, anunciando que la importancia y necesidad de esta publicacion suben como la espuma; que excede á sus similares de España y del extranjero; que los artículos de su último número no se pueden leer sin extremecerse de asombro, y de esta manera se da en el *quid divinum* de tirar una docena de miles de ejemplares, con cuyo producto habria para levantar un lucrativo monumento á la literatura pátria. Tal es el cimiento ó cucaña del editor que en alas del escritor crece y medra. Hay que añadir, en cuanto al periódico satírico, aleccionado en estos medios de prosperidad, que al segundo número ya hace alarde de tener por lectores á los habitantes de las tres cuartas partes del mundo.

Conviene examinar ahora el libro de actualidad. La novela es el primero y más importante, que sólo llega á conocerse cuando abulta poco: si el volúmen es grueso ó la obra consta de dos tomos, valga lo que valiere y cuanto más moral, interesante y acabada sea, adios lectores! No hallará para un remedio más que los amigos del autor, á quien este regala un ejemplar. En cambio el escritor que quiera ser conocido debe coleccionar ligeros tomos de retazos, prosa ó verso, miscelánea gruesa y festiva, cenagosas é indigestas traducciones del francés ó *Biblioteca moral*, con los títulos de:—*Cuento de pega.*—*¡Venga V. acá!*—*Los asesinos de la sociedad*—ú otros por el estilo.

Se imprimen trescientos prospectos que para el público siempre serán *treinta mil*, y en asegurando la suscricion de dos docenas de tiendas de comestibles, de los cocheros que leen en alta voz desde el pescante y de algunas familias abonadas al café, la venta es segura, recibiendo á poco esfuerzo, autor, editor y despachante de libros, título y credencial de escritores *populares*, por haber sabido pintar costumbres reprobadas y enternecer á las piedras, dando al traste con Cervantes y su estátua.

Tambien se puede escribir una coleccion de articulitos sobre *Economía doméstica* en forma de diálogo, poniendo al fin de la obra un catálogo de hombres célebres, entre los cuales deberán figurar los que, con su fiesta de pólvora, contribuyen al brillo y rendimientos de la novísima enciclopedia. Y en caso de que sean inútiles estas y otras invenciones de la moderna industria, fórmese un *Almanaque* con ajenos desperdicios, que no han de faltarle compradores si al márgen del Santo de cada dia, se escriben, en vez de jaculatorias, unas cuantas verdosas cuchufletas, que los susodichos órganos de la opinion se encargarán de reproducir, á mayor honra y gloria de escritores coleccionistas, los cuales no escriben más que portadas é índices de libros y ocupan, no obstante, su asiento en el supremo coro literario.

Otro recurso queda á la publicidad encargada de formar reputaciones, clasificando genios de la política, artes y letras. Sencillo es el procedimiento: fíjanse en las esquinas carteles donde consten las candidaturas para cargos públicos; en ellos sa-

len de la nada los nombres de los agraciados; sus títulos á la consideracion del vulgo y las virtudes que les adornan, y si el cartel es de teatro, aspiran á la inmortabilidad el primer actor y director; el otro primero; el sastre y el maquinista, con más la lista de autores que ofrecen comedias y no las escriben, designados, ya individual ó colectivamente, con las calificaciones de «uno de nuestros primeros....» al que suele ser primero de nuestros últimos, «distinguido poeta» al que jamás hizo poesía ni se distinguió, y «conocido» al que nadie conoce ni por el forro, cuyos nombres se lanzan al espacio pidiendo una limosna de atencion ó una mirada de interés á las displicentes masas transeuntes.

Cómo se forma y propaga la opinion, dónde hay pregoneros de frases, dispensadores de dictados y fustigadores de la humanidad-reata, bien lo sabe y lamenta el que aborrece la moda de la fama.

Y en tanto la imparcialidad sesuda, el recto criterio, se esconden; no los hay para las acciones y reglas de conducta, ménos para el libro, ni para el teatro, ni para la ciencia. Tal ó cual censura de impresion; tal ó cual párrafo inteligente; algun artículo de ciencias exactas aplicadas al ingénio; alguna afrancesada revista y crónica superficial que no profundiza el asunto de que trata. Nada más. Y así anda el juicio sobre materias, de las cuales se apodera el vulgo para ensayar su ilustracion barajando nombres, en cuyo turbion le envuelve la diosa opinion pública.

1872.

EL PASADO

Triste consuelo nos ofrecen los recuerdos de ayer: vaga esperanza la que fundamos en un porvenir que se parezca al pasado. Una sociedad que desconfia del progreso, un pueblo que dice «fuí», un país que se ve obligado á mirar atrás y nunca adelante, son lo que los ecos al sonido, lo que la silueta al cuerpo, lo que la materia al espíritu.

Vivir sin fe es vivir sin luz. Pensar sin un alto objeto, es convertir el pensamiento en una máquina de precision. Perder la conciencia es perder la vida. Los que lloran no lo han perdido todo. Los que rien demasiado, deben sufrir más.

Cierto es que una dulce memoria no puede borrarse fácilmente de la imaginacion; cierto que no apelamos al olvido más que cuando la memoria nos reproduce el martirio, empero es digna de notarse la dolorosa influencia del egoismo sobre el corazon, casi despojado ya de sensaciones y de afectos. Moviánle antes las pasiones; prestábanle calor, jugo, actividad: el huracan de la duda le arrebata el mejor de sus atributos, el amor. Pobre corazon; antes curabas con tu sávia tus heridas;

ahora eres insensible y no padeces; dicho se está que no existes.

¿Y qué es la sociedad sin alma? Un cuerpo muerto ó embriagado con sus goces. Entre ellos aun resta una tabla de salvacion en este constante naufragio; la que nos ofrece el pasado, y no el pasado remoto, sino el de ayer, que forma la conciencia del porvenir, cuyos ocultos misterios mantienen un débil rayo de esperanza.

No cabe una absoluta desconfianza cuando se establece esta comparacion: «Pudimos y no podemos: tal vez volvamos mañana sobre nosotros mismos.» No es cuerdo arrojarse á merced de las olas, porque el puerto se haya quedado á la espalda: un supremo esfuerzo puede hacernos retroceder cuando la experiencia nos haya persuadido de que retroceder es avanzar, cuando la elocuencia del desengaño nos demuestre que vale más andar hácia atrás, que postrarse.

Nuestro campo se halla sembrado de ruinas, vivo testimonio de que, lejos de edificar ó de conservar, hemos tratado de demoler. La política, reina y señora del mundo que poblamos, nos ofrece ejemplo y contraste de lo que fuimos y de lo que somos: ayer respetados, hoy compadecidos. Pugnábamos por sellar y mantener nuestras conquistas civilizadoras, y ahora luchamos inútilmente por rescatarlas despues de haberlas dejado perder. Habíamos mantenido las páginas de nuestra historia escrita con sangre enemiga, y ahora tenemos que borrar los caracteres del fratricidio. La espada y la pluma señalaron nuestro nombre; las asambleas elevaron á ciencia nuestro

derecho; los moralistas explicaron nuestros deberes. Nuestra filosofía se asentaba en los dogmas del cristianismo. Practicábamos la caridad, y la paz nos sonreia; las nieblas de la ciencia nueva no empañaban nuestros horizontes. Éramos españoles ignorantes del progreso cosmopolita; éramos guardadores de una teomitia oscurecida hoy por el humo del cañon.

Los hombres del pasado eran cándidos: la malicia y la audacia es el patrimonio que se ha creado el presente. Entonces se llegaba arriba por el camino real, erizado de escollos que habia que salvar por medio del valor y de la experiencia; no habia más coloso que el *Non plus ultra;* el atajo estaba vedado al mérito, porque no era notable escalar la altura sin llevar el bautismo de sangre. Hoy se cae en ella de pié, como caen los insectos que arroja la nube sobre la montaña.

El pasado tiene estátuas; en torno del presente solo giran pequeños autómatas movidos por el manubrio del organillo. Bailan al son que se les toca, y es de ver esta falanje de héroes y de hombres ilustres formando caravanas que pasan ignoradas por el desierto de la celebridad. Es un cuadro neorámico que representa el caos; sus figuras se pierden en la sombra, y cuando alguna se destaca como por maravilla óptica, no se la reconoce sin evocar aquella otra á quien se asemeja. No se puede decir «Este es el que es» sino «Este es el que fué.» Un dignatario degenerado de sábio. Un estadista trasformado en mómia. Un génio que ha heredado el nombre y no ha heredado el ser.

Otras especies de infusorios que se nutren de

los sedimentos del mal, palpitan en los senos de la sociedad, pretendiendo justificar sus juicios y hechos con hechos y juicios de los hombres del pasado. Hay libres pensadores que andan por el mundo alumbrados por la oscura linterna alemana, hablando una jerga ininteligible y propagando errores. Ninguno de estos pobres filósofos sabe que han existido San Agustin y San Bernardo, Suarez, Bossuet y Fenelon, Pascal, Balmes ó Gratry, y descargan el palo de ciego de sus doctrinas contra la masa indefensa del vulgo que no ve más acá ni más allá del presente, del vulgo que es la clase de las clases; del vulgo, suprema ley é inteligencia suprema de esta época.

A la libertad *primitiva*, que es el poder de obrar bien, segun la interpretacion recta de la palabra, siguió la libertad *renacida* y despues la del *libre exámen* que nos ha conducido á la libertad *racionalista*. Véase un término de contradiccion entre presente y pasado, que desconsuela. La corriente impetuosa del sofisma no logra rebasar el dique de la razon y ya volvemos la vista á la libertad del pasado para rectificar los extravíos de la licencia y del delito.

La mujer de hoy es la mujer de ayer, consecuente con su historia, idealizada con sus rasgos íntimos; probada en el sufrimiento. Es mártir voluntaria á la cual no han logrado redimir las teorías modernas: musa heróica que se inspira en las hazañas del tiempo, para arrullar con ellas á sus hijos. ¿Cómo ha de abandonar el nido el ave que le sustenta? En su feliz apartamiento bendice la esclavitud del amor, porque la emancipa-

cion que ha oido pregonar á los especuladores le asusta. Al pié de sus rejas entónanse himnos fatídicos, el silbo de la serpiente se esfuerza en seducirla, vano intento; la mujer de hoy no existe. Dejad que prosiga su obra santa, su mision salvadora, el angel del hogar, la hija de familia, la vírgen del claustro y la hermana de la caridad; y no preguntéis su nombre, porque el nombre de la virtud sublimada por la modestia no se halla escrito en ninguna parte; basta que resalte con caracteres de oro en la conciencia humana.

Abrid un libro y leed lo que otros libros os dijeron ayer. Recorred la escala de las manifestaciones intelectuales, y comprendereis que el fallo del tiempo no puede conceder á este siglo superioridad intrínseca sobre los que le precedieron. Las costumbres cambian, pero tarde desaparece el espíritu que las dictó, y menos en los pueblos donde lentamente fructifica la planta de la educacion moderna.

El pasado es una religion sostenida por la creencia. El mundo tiene sed de reposo, hambre de verdad y convencido de que no ha de satisfacerla donde se agitan el vértigo de la farsa y las miserias de la vanidad, porque la paz que le ofrecen los pactos de la tierra se halla humedecida de lágrimas, busca una afirmacion en medio de tantas negaciones como le perturban y solo la encuentra en hechos practicados y no en teorías deslumbradoras.

No cabe dudar yá; no cabe esperar; nada han resuelto hasta ahora el estrépito de las nuevas ideas, la constante alharaca de la reforma, nada de-

ben esperar los caracteres pacíficos, ni los ánimos que alientan á la sombra del sosiego público, de la confusion que nos envuelve en un caos de discordias; nada de este *deliramentum* del yo satánico insaciable y dominador. Se inician reformas, se plantean sistemas, pero raras veces se resuelven: el movimiento incesante de la destruccion derriba el edificio en sus cimientos; solo quedan en pié los castillos de naipes de la fantasía ó del cálculo. Lo que la mano derecha levanta lo echa al suelo la siniestra, y cuando se intenta reconstruir por haberse reconocido el error, detiénese el impulso de la buena obra, pensando con mezquino criterio, que por más que sea útil, no debe coronarse el ajeno esfuerzo para no lastimar nuestro amor propio.

«Aquello fué mejor», decimos con frecuencia, rindiendo tributo á la justicia: pero aquello, añadimos enseguida, «no lo hemos hecho nosotros y no lo debemos sancionar.» Así sí se discurre desde la altura donde las cosas de la sociedad suelen verse del revés. Los innovadores son niños grandes que no se detienen cuando piensan que pueden meter la cabeza por una pared.

¡Ah! Cuántas veces nos hemos estrellado contra los muros de nuestra soberbia. Cuántas retrocede nuestro pensamiento á su primer punto de partida. Cuántas rectificamos nuestros propios y acariciados juicios, diciendo hoy «blanco» á pesar de haber dicho «negro» ayer.

Seamos rectos, severos, fuertes con nosotros mismos, practicando la máxima que encierra el dicho vulgar de «Hágase el milagro y hágale el

diablo» y así podremos rectificar la feliz expresion de Jorge Manrique:

Como á nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

1873.

FRASES

El ingénio vivo, chispeante y superficial de los españoles es una expresion exacta de nuestra nacionalidad. Pueblo que derrocha las palabras y cultiva la fraseología, ejercita poco la facultad de pensar. Tiene que parecer niño aun cuando raye en decrépito. Contamos entre nuestras ilustraciones á los primeros *decidores* del mundo; á los primeros hablistas, á los primeros constructores de frases. Una emision expontánea y frecuente de fórmulas vulgares distingue á la raza latina entre las demás: nosotros, á mayor abundamiento, nos distinguimos por la manía de los tropos, la ironía, la alegoría y la hipérbole.

¿Quién si no los españoles se ha atrevido á *hacer tiempo* y á *crear atmósfera*? Tales empeños los realizamos *en un credo;* en *un dos por tres hacemos noche* cualquier cosa, *doramos la píldora*, *olemos donde guisan*, *pelamos la pava*, *cantamos la palinodia* y *hacemos el oso*. Tambien *hacemos la vista gorda*, *chupamos la breva* y *tiramos de la oreja á Jorge; empinamos el codo; armamos* cada *belen que tiembla el universo*. Decimos *papas* y *ca-*

melos y tenemos *camándulas* y *chifladuras*. De cualquier cosa sale un *cien piés* y nos amenazan constantemente *la gorda* y *el diluvio*. Cuando *tenemos la sarten por el mango*, *escupimos por el colmillo; pero al freir es el reir* si no sabemos *caer de nuestro burro*, lo cual no es frecuente, pues aunque damos *una en el clavo y ciento en la herradura*, somos *mártires antes que confesores*.

Aquí todas las causas son *santas*, las autoridades *celosas*, el público *ilustrado* ó *galante*, *escogido y numeroso:* los profesores *acreditados;* los específicos *prodigiosos;* los toreros *diestros; opulentos* los capitalistas; los propietarios *ricos;* los salones *suntuosos* y *aristocráticos;* los habitantes *pacíficos* ó *leales*, los niños *precoces*, los jóvenes *aprovechados*, las señoritas *bellas*, los hombres de Estado *ilustres* como las archicofradías, y las honras *inmaculadas*. Cualquier ente es *popular;* los escritores *conocidos* y *reputados; distinguidos* los literatos y los jurisconsultos; los críticos *profundos;* los académicos *doctos* y los humanistas *sábios*. *Simpáticas* las bailarinas; *concienzudos* los actores; las actrices *eminentes;* los empresarios *afortunados;* el último autor, *uno de nuestros primeros;* los compositores *maestros;* los artistas *renombrados;* los cantantes *célebres;* los militares *bravos* ó *bizarros;* los teatros *concurridos* y los coliseos *clásicos:* las comedias *extraordinariamente aplaudidas; lindísimas* las piezas; los sainetes *chistosos* y los liberales *consecuentes*.

Son los sentimientos *filantrópicos*, los corazones *caritativos*, los padres de familia *honrados* y *desgraciados*, los caballeros *nobles*, los estableci-

mientos *elegantes* ó *magníficos*, las concurrencias *notables*, las ejecuciones *esmeradas; acertados* los desempeños, *cumplidos* los éxitos, los datos *fidedignos*, los sacrificios *cruentos; bélico* el ardor, *proverbial* la hidalguía, *cínico* el descaro, los clamores *incesantes; bastardos* los fines, la farsa *indigna*, las tempestades *siniestras; dulce* el rocío, los vínculos *fraternales*, el lujo *asombroso*, los poderes *arbitrarios, melodiosos* los acordes, la baba *emponzoñada*, la moda *caprichosa*, las circunstancias *azarosas* ó *ajenas á la voluntad* del que escribe; todos los naranjos *verdes*, los recien nacidos *robustos* y el país siempre *desventurado*.

Pero ¿á dónde conduce la rutina, siguiendo paso á paso el sendero de nuestros narradores de costumbres y publicistas cortados á patron? Todos han aprendido de corrido la cartilla del bien decir, todos son elegantes que por un mismo figurin se adornan; todos surten de galas su lenguaje en la misma guardaropía. Para expresar diversidad de ideas y sentimientos se acude al repertorio de frases, y este hábito ha formado en nosotros una segunda naturaleza de discurso y exposicion, uniformada con arreglo al modelo vulgar. La farsa excepcional del carácter francés nos ha contaminado, reflejándose á las claras en nuestra conversacion, en nuestra tribuna, en el periódico, en el teatro y en el libro. La gacetilla háse constituido en propagadora del gusto afectado y del sentido poco recto. Y si del campo literario nos internamos entre la espesa hojarasca de la política, si penetramos en su confuso laberinto, ¿quién podrá comprender ni definir el sentido de tanta frase

hueca, de tanto modismo hinchado y de tanta palabra vana? ¿quién discernir entre la verdadera fórmula del pensamiento y la expresion anfibológica que de tan diversos modos puede entenderse?

El catálogo de sus voces, dichos y sentencias es tan extenso y complicado, que no cabe en la memoria, ni es fácil reproducirle. De ese dédalo de confusiones y de polémicos laberintos salen estereotipados conceptos, lemas y definiciones á cual más curioso y entretenido, capaces por sí solos de extraviar el juicio nacional. Procuremos citar algunos explicando su sentido recto.

Principios políticos, *pudor político*, *conciencia política*, *dignidad política*. Música celestial; mascarillas del estómago.

Funcionario. Hombre en *defuncion*, difunto ó vivo que apura la paciencia de los que no ejercen funciones.

Gobierno, *gobernacion*, *gobernar*. Mantenerse en la cuerda floja del poder. Repartir destinos. Andar en coche. Dominar.

Libertad, *liberalismo*, *libre discusion*, *derechos*, *autonomía*. Decir lo que á cada uno se le venga á la boca ó á la pluma, y hacer cuanto imagine, siempre que no hable ni obre en contra del que manda.

Absolutismo, *dictadura*. A este quiero y á este no quiero; cañones que apuntan y bandos que hablan. ¡Terror, furor, pavor!

Moderado, *progresista*, *constitucional*, *legitimista*, *republicano*, *radical*, *demócrata*, *rojo*. Lucha de fieras que se devoran unas á otras, así en

próspera como en aciaga suerte. Españoles divididos en el mando y en la oposicion. Ciudadanos que se lamentan de las desdichas del país y que cuando mandan no aciertan á ponerlas remedio.

Bandera. Cualquier trapo viejo.

Mártires. Los que se sacrifican comiendo.

Patria, patriotismo. Imágenes brillantes.

Padres de la patria, patriotas. Infusorios de ministros que suelen quedarse en demandaderos de los pueblos.

Paz, órden y justicia. Tiros, barricadas y consejos verbales.

Pueblo. Niño grande que todavía usa andadores. Esclavo de la buena fé ó de la ignorancia. Pelota con que juegan los señores.

Todo para el pueblo y por el pueblo. Broma de buen género.

Soberanía. Ilusion del que sufre. Realidad del que paga.

Socialismo, comunismo, nivelacion.

«Si quieres que yo te quiera
Ha de ser á condicion
De que lo tuyo sea mio
Y lo mio tuyo no.»

Instituciones. Castillos que lleva el aire.

Alzamiento nacional. Pronunciamientos. Jornadas. Funcion de fuegos artificiales por cualquier acreditado polvorista. Tiros que suelen salir por la culata.

Hechos consumados. Muertos que nadie levanta.

Jurado. Reunion de varios sugetos probos.

Capacidades. Hombres de buen genio.

Horizonte. Espada de Damocles.

Combinaciones, comités, juntas. Ollas de grillos; manos que van tras de la castaña: ascua á la cual aplica cada uno su sardina.

Arreglos. Mesas patas arriba; tinteros boca abajo y expedientes al cesto. Facultad de firmar, y cobrar sueldos.

Abnegacion. Contentarse con ser Tesorero ó Intendente.

Garantías. Adorno de lujo para el hombre de bien. Superfluidad para la gente pacífica. Salvoconducto para los pícaros.

Derecho divino, derechos ilegislables. Ideas torcidas.

Deberes. Suprimidos.

Contribuyente. Arbol del que todos hacen leña.

Sufragio universal. Voluntad restringida.

Voluntad nacional. Inercia.

Cuarto poder del Estado, cuarto Estado. Cuartos sin comedor.

Emigracion. Residencia de verano. Oda á la vida del campo.

Economías, presupuestos, créditos, empréstitos. Matemáticas impuras. Juego en que á pocos les da el naipe. Desnudar santos para vestir otros.

Bancarrota. Astillas con que se calienta la Hacienda.

Poder. Medicina casera para curar irritaciones. *Poder ejecutivo.* El que habla. *Poder legislativo.* El que grita. *Poderes.* Instrumentos públicos.

Bienes nacionales. Bienes perecederos.

Constituciones. Libros en blanco con canto dorado.

Espíritu público. Espíritu de contradiccion. Líquido incoloro é inodoro parecido al agua de cerrajas.

Consejo. Tertulia diaria.

Gabinete. Habitacion con muebles.

Crísis. Afecciones nerviosas que se reproducen un dia sí y otro tambien.

Córtes. Casacas, chalecos, gabanes con solapa, chupas y calzones cortos, sacos, americanas y otras prendas. Taller de sastrería.

Candidatura, candidato. Papeles de color de rosa. Cordero con guisantes.

Elecciones. Cenas y almuerzos sin principios.

Electores. Pavos.

Elegibles. Gallinas.

Fórmulas parlamentarias. Apóstrofes y manotadas. Pelotera contínua.

Mayoría. Orquesta, coro y racionistas.

Minoría. Galanes de furia y tramoya.

Centro. Barbas y característicos.

Derecha. Izquierda. Comparsas. Acompañamiento y apuntes.

Estas y otras mil denominaciones surgen de la enmarañada madeja, del constante pugilato donde hierven las pasiones y se agitan nuestras discordias.

Nuestra accion, nuestra iniciativa, nuestra fuerza, se hallan representadas en el vocabulario de la política. La palabra, la arenga, la proclama, el discurso, son sus más poderosos agentes.

Cuando el país se halla en peligro, el poder *ha-*

bla y *habla;* cuando el gobierno necesita el concurso de los partidos, la oposicion *perora;* cuando el volcan estalla, los españoles *hacemos comentarios;* los políticos *murmuran*, y los indiferentes esgrimen contra los políticos nuestra arma más poderosa, *la lengua*.

Concluyo, pues, con una *alocucion* que tenia reservada para este momento. No ha de ser ménos el último miembro de esta gran familia de *palabreros*, por no decir de charlatanes.

«Españoles: Hagamos algo. Fraternidad, reposo, órden. Hagamos nacionalidad, patria, respeto á las conquistas de la civilizacion. Hagamos libertad en vez de licencia. Creémos siquiera un átomo de esperanza en los destinos y las conquistas del porvenir.»

1873.

EL SENTIDO COMUN

Facultad de juzgar razonablemente de las cosas.—Sentido *excepcional* segun le llamó Fígaro, cuando no se habian *universalizado* las luces. Ahora podremos decir con el *Médico á palos*, cuando afirmaba que el corazon está al lado derecho: «Sí, señor; antiguamente estaba al lado izquierdo, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.»

En efecto; el buen sentido ha sido siempre privilegio de muy pocos, pero hoy nos gobernamos de otro modo, resultando que no se halla un adarme de sensatez por un ojo de la cara; que nadie tiene sentido comun.—La humanidad juega á los despropósitos, los sábios discurren futilezas, el empirismo oficial sale por los cerros de Úbeda, los hombres listos lo meten todo á barato, la Universidad no ha leido el *Criterio* de Balmes; el juicio es un problema insoluble; el desconcierto universal nos aturde; la rutina del vulgo nos avasalla. ¿Pues y los filósofos idealistas encerrados en

su alvéolo? Son entes que vagan entre las nebulosidades de un ideal abstracto; la naturaleza no habla en el fondo de su alma; los goces de espíritu les están negados: son unos esqueletos con sombrero de copa y botas de charol, escapados del manicomio y ocupados en describir círculos viciosos con los talones de su entendimiento.

Bajo el cielo meridional de este fecundo país, brotan inmensos raudales de elocuencia; álzase gigante la palma del heroismo; el poeta nos fascina con el explendoroso relámpago de la imaginacion y el talento rebosa, como en desbordada copa, nectar embriagador. Pero fraguad un plan, emitid una idea luminosa, descubrid un oculto sendero del bien y será inútil; la protesta del error ahogará vuestra voz, turbará vuestro cálculo y sembrará de abrojos vuestro camino. El discurso de la razon tiene uno muy ancho, pero nadie va por él; el camino del absurdo es más corto para llegar á la unidad social.

Un ejemplo: cualquier ciego asegura que á las doce del dia es media noche; cualquier sordo ha oido decir que no hay Dios; cualquier mudo manotea un discurso. Congréganse los ciegos y confirman el fenómeno; los sordos oyen sin sorpresa la heregía y los mudos hablan. Tenemos, pues, tres afirmaciones apoyadas en el sentido comun y una negacion de este mismo sentido, que pretende probar todo lo contrario: pues, señor, la prueba es vana; el mundo se compone de mudos, sordos y ciegos, y el sentido excepcional está solo. ¿Cómo, pues, luchar con la opinion general? ¿Dónde estará la razon? ¿Dónde reside el criterio?

¿Quién es el cuerdo? ¿Quién el loco? Sin duda alguna el que intenta torcer el cauce vulgar, el que dice haches, cuando los más dicen erres, el que pretende rectificar el juicio público: el hombre cuerdo que llega á dudar de sí mismo, á persuadirse de que no sabe discernir la verdad del error y á convencerse de que quien no tiene sentido comun es él.

La certidumbre en el órden intelectual se determina por una reunion de motivos y de condiciones invariables; para obtenerla es necesario recurrir á la evidencia de los sentidos; es preciso saber pensar. ¿Y quién piensa ya entre nosotros en nada sério, útil ni grave? ¿Quién sabe despojarse del influjo de los ruines pensamientos? ¿Quién abre un libro para meditar sobre él? ¿Quién estudia ni se ocupa en educar la inteligencia?

No hay más ciencia que la del buen vivir; lógica, la del sable; historia, la de cada ciudadano; geografía, la del sitio en que se dan batallas; lenguas, de murmuracion; letras, las protestadas; artes, música de bombo ó clarin, y literatura de sainete, aleluyas, cajas de fósforos ó anuncios en verso, del negocio industrial. El criterio se rije por el periódico ó la enciclopedia. La política ha levantado un torbellino de ideas nuevas con las cuales nutre la inteligencia.

Todos hablan, todos escriben, todos tosen fuerte, todos quieren imponerse á los demás. La universalidad de talentos y de escuelas ha creado esta pobre sociedad de incrédulos y anarquistas pacíficos. El sentido que más sobresale

es el que se infla para elevarse y sostener el equilibrio contrarestado por los vaivenes de la ambicion.

Los hombres sirven para todo ménos para labrar el bien de sus semejantes. Aptitud ilimitada, capacidad absoluta; el génio de la discordia, cerniéndose sobre la cabeza inocente; malicia y audacia aprisionando á la buena fé. Turbas de audaces y de sectarios nos impelen al abismo; alumbra el exterminio su antorcha de fuego; sus luces naturales nos han sumido en la más profunda oscuridad. Obran movidos por error de su espíritu inquieto: gritan para hacerse entender y nadie les entiende: invocan al amor y siembran ódio. Con este criterio se proponen asentar los cimientos de nuestra regeneracion.

Sus apóstoles han perdido el juicio ó quizás no le poseyeron nunca. Cantan las excelencias de un ideal humano que nos conduzca á la perfectibilidad por medio de la libertad, y esta libertad de casa, nos convierte en siervos, que miran al sol y sólo descubren un candil. La mejor virtud es el desacierto; su imperio constante crea legiones de imbéciles. ¡Cuántas víctimas inmoladas al despotismo del error! ¡Cuántas resmas de papel gastadas en consignar derechos! ¡Qué plétora de legislacion! ¡Qué incesante y perturbador decretar, ordenar y derogar! ¡Qué temporal de prescripciones vanas! ¡Qué delirio constitucional!

En tanto velvemos la espalda al ejemplo de otros pueblos: desdeña nuestra atencion sus costumbres. Nosotros no las tenemos: se olvidaron

las de nuestros abuelos; renegamos de las de nuestros padres; las nuestras obedecen al sistema de imitar todo aquello que nos pueda empequeñecer. Se nos ha enseñado que la gloria es humo; que la experiencia engaña; se nos aparta del hogar; los dioses penates se van y sin ellos no puede vivir nuestra historia; no puede existir el recuerdo de aquellos que la ilustraron con sus hechos.

Para nuestro sentido comun no hay patria, sino individualismo. No hay más que una funesta disyuntiva; mandar y querer ser obedecido, ó negar la obediencia al que nos manda.

Siempre el yo satánico que pugna con la voluntad racional: el criterio de dejar hacer cuando el deseo de alguna parcialidad se traduce por medio del plomo bendito ó por el malhadado petróleo; siempre defendida la causa del delito: siempre en vigor los elementos disolventes de la moral. La religion ha creado mártires, pero no ejecutores; víctimas, pero no verdugos. ¿Cómo se puede civilizar cuando se tiraniza en nombre de la fé?

Fáltanos tambien freno para el amor propio que nos eleva imaginariamente á las nubes. Una sociedad de Narcisos no puede producir un César. La autoridad requiere majestad y no abdicacion. Una alta inteligencia se completa con el concurso de las que le están subordinadas. No es admisible el criterio del hombre que se juzga fuerte, único é irreemplazable, porque dispone de la fuerza de otros.

Vivimos á espensas del amigo; necesitamos del apoyo universal. Acaso nos habrá salvado alguna

vez la misteriosa chispa eléctrica que la imaginacion de la mujer produce en un supremo momento. Hay en esos séres débiles rasgos de fortaleza que puede envidiar el carácter más firme; un instinto de las cosas que se sobrepone á todo. Muestran en situaciones difíciles sentido mejor que el hombre. Sus juicios influyen en nuestro ánimo al extremo de amar lo que ellas aman y de aborrecer lo que aborrecen. Una infeliz ha predicado el amor libre; la oracion de las madres pedirá á Dios que la exima del castigo de tener hijas.

¡Cuántos extravíos como este aborta nuestra época! La aberracion nos aleja á cada paso de la verdad y de la bondad. La imaginacion es la loca que la casa esclaviza. La pasion mezquina ha sustituido á la pasion noble, y en esto tambien se advierte la falta de sindéresis. Con el bien se especula mejor que con el mal. Las buenas acciones forman la atraccion; la repulsion las malas.

¡Qué hermosa aureola la del talento cuando se emplea en cicatrizar las heridas del error! Si los libros se leyeran, ¡qué inmensa gloria para el analizador que nos enseña el medio de conocer la moral, de abarcar los objetos y de medir la extension de las cosas humanas!

De este modo evitariamos que la vida se pareciera, como una gota de agua á otra, al infierno de los mohatreros de virtudes que nos describe Quevedo, donde al ver el juicio de Minos dice:

«Hasta ahora he vivido engañado y ahora veo »el juicio como es. Echo de ver que el que hay »en el mundo no es juicio, ni hay hombre de

»juicio y que hay muy poco juicio en el mundo...

»Miedo me da de tornar arriba, viendo que »siendo este el juicio se está aquí casi entero y »que poca parte está aquí repartida entre los »vivos. Más quiero muerte con juicio que vida »sin él.»

1873.

LA GUERRA

Por más que digan los héroes de todos los tiempos, la guerra es ruina, luto, ignominia, retroceso, barbarie. La guerra es anatema lanzado contra la virtud y la prosperidad: la guerra es el indicio más seguro de la pequeñez del hombre, la negacion más exacta de la libertad humana.

La filosofía ha divinizado la guerra; la lucha mútua de los séres vivientes, obedece, segun ella, á la ley general que pesa sobre el universo. La tierra clama y pide sangre; todo cuanto vive debe ser inmolado en su mismo altar. Nacemos matando, matando crecemos, matando morimos. ¡Ah! ¡Destino horrible!

Pero contra el apoteosis privilegiado de la batalla, contra la exaltacion del fratricidio, contra el heroismo de la fuerza, están los campos yermos, las lágrimas de los huérfanos, la civilizacion herida, las almas condenadas de vencidos y vencedores.

La humanidad no triunfa con la victoria de la guerra: esos vastos pensamientos que se desenvuelven entre el fragor de las armas, son insensatas

utopias; peleando se enerva el cuerpo social; venciendo se engrandece la soberbia; siendo vencidos nace en nosotros la venganza que nos sepulta en el abismo.

La filosofía no teme á la muerte, pero los mortales sí. Las pasiones se alimentan con los despojos de la guerra; la ira es fuerte baluarte; la conciencia, en cambio, pesado remordimiento.

¿Hasta cuándo ha de cernerse sobre los inocentes rebaños de la miseria y del trabajo esa nube que cubre de sombras la tierra? ¿Hasta cuándo ha de prevalecer el imperio del terror? ¿Hasta cuándo ha de dominar al mundo el mónstruo del infierno? ¿Por qué el hombre más grande ha de ser el homicida?

Habia una ley social y ha sido hollada por el individualismo; habia una ley moral que todavía se invoca en vano, y las furias del materialismo la despedazan. ¿Qué es la civilizacion universal en medio de la paz armada y de la guerra sin tregua?

Triste del país que se levanta el primero y no se rinde sino cuando está muerto. Las olas de sus mares reflejan rayos del sol poniente: divórcianse sus campos de los brazos que reclama el fusil: lloran sus hogares injurias de la metralla: tríbus de sus hijos caminan al acaso, temiendo el despojo, huyen de sus fieros penates impelidas por el viento de la disolucion, y desde lo alto de la apartada colina, miran con horror las espesas llamas que desafian al cielo y el humo que envuelve el misterio de su porvenir. ¡Pobre gente errante y sin pan; víctima de la fraternidad del siglo; sumergida en un rio de lágrimas; extremecida por el terremoto

de la guerra; arrullada por el seco estampido del cañon!

Decíase que la guerra era conquista, que era progreso, ciencia, santidad. Si bien se advierte, más parece sistema de vivir; oficio de vagos y perversos. Todos los partidos son rectos, todas las ideas sanas, todos nuestros pechos respiran patriotismo, todos queremos regenerarnos los unos á los otros. Esta es la manzana de la discordia. Con el Evangelio en práctica, hubieramos aprendido á amarnos; con la protesta viva en el corazon sólo sabemos aborrecernos: respirar ódio inextinguible, y tan funesto, como el *yo* que le ha creado. El *yo* nos rebaja, el *yo* nos humilla, el *yo* nos acaba y envilece.

La personalidad famélica y bullidora nos esclaviza; el afan inmoderado de dominio: este error vano y persistente de juzgarnos todos sábios, todos ilustres, todos reyes.

La pueril flaqueza de querer avasallarnos con diversos nombres, con diversas formas políticas, con diversas escuelas, con diversos dogmas, ó, como si dijéramos, con diversos látigos. Esta manía épica de subir, y de subir arrastrando; clavando el diente en la mano que nos aupa; tirando de los pies al que se elevó antes, y escupiendo arriba, sin pensar que luego ha de caernos la saliva en el rostro. Este alarde de modestia, de pureza y de rectitud cuando se está debajo, y de cinismo despótico cuando se manda. Este vértigo de poder con solo querer. Este juego de veleidades trascendentales y de supercherías magnas. Esta infancia de la educacion social é intelectual. Esta carencia de senti-

do en los hombres juiciosos. Esta envidia que nos convierte en autómatas. Esta locuacidad que nos erige en apóstoles del absurdo. Este amor propio que nos roba hasta el afecto que debemos á nuestros hijos; móviles son de guerra, de la guerra á muerte que á nosotros mismos nos hemos declarado, y, triste es decirlo, pocos de los que en ella gastamos pólvora la hemos inventado; ni siquiera sabemos á ciencia cierta, si procede de los fenicios ó de los alemanes.

La historia moderna escribe con letras de fuego la fama de los que consagraron su génio á la destruccion universal; y mientras la filosofía dispara contra el alma, por medio de sistemas como los de Kant, Fichte, Scheling y Hegel, la mecánica destruye los cuerpos, retumbando en los ámbitos de la tierra los nombres de los patriarcas del duelo humano, Krupp, Armstrong, Blakeley, Paixhans, Withworth, Parrot, Cattling y Blumensthill, padres del cañon; Fieschi, de aquella célebre máquina; Orsini, de las bombas; Glaxton, perfeccionador de las ametralladoras; Rutter, inventor de la bateria flotante de coraza, y de su séquito de apóstoles y filántropos, á los cuales se debe el gran símbolo del fusil: Dreyse, Chassepot, Remington, Berdan, Galaud, Poilvache, Albini, Peabody, Nesler, Robert, Mauceaux, Siveder, Charrin, Lenoir, Needman, y otras de tantas estrepitosas entidades contemporáneas.

Al remoto y oscuro siglo IX representa el libro, resúmen de ciencia, bellas artes, poesía, retórica, pintura y cinceladura; de platería y piedras preciosas: al siglo del progreso denuncian las bom-

bas de acero, la granada oblonga, las balas cónicas, el sable rewolver, los torpedos, la artillería de vapor y el nuevo fuego griego, exterminador del cerebro viejo y de la idea caduca: pocos minutos bastan para envolver en llamas un ejército de cien mil hombres, las fortalezas arden y las montañas se desmoronan; con él todo perece en un instante. ¡Qué hermoso símbolo!

En Lausana hubo un *Congreso de la paz*, para asentarla en una *guerra grande y definitiva;* es decir, para crear la paz del sepulcro. *La liga internacional* gritó: «¡No más homicidio!» Se soñó un arbitraje de las naciones que acabara en un ósculo fraternal, y las naciones contestaron á los pacificadores teóricos, con un inmenso torbellino de soldados y un mar de oro y de plomo derretidos en las guerras. Millones de víctimas fueron inmoladas por la pasion y la codicia: el imperio de la fuerza sojuzgó al imperio de la razon, y los ejércitos permanentes en pié de paz, siguen con el arma al brazo y la vista en la presa.

¡Guerra! Los hombres ya no ven en su semejante otro hombre, sino un enemigo. Los Estados erizan de bayonetas sus fronteras en señal de amistad. La fraternidad es un rencor perpétuo; la igualdad un peligro; la paz una amenaza. La artillería es la más alta institucion de todos los países, con ella florece la industria y prospera el comercio. La medicina la ha cedido su influjo, y no hay calamidad que la domine, incluso el cólera morbo, tímido azote que castiga en silencio y al cual se vitupera, mientras al cañon se le ensalza.

¡Guerra! De raza y de familia; de titanes y de

insectos; guerra de mujeres, parecida á la de los circos de gallos. Pelea constante en la que se mantiene todo, ménos el honor. Pugilato de logreros, en que se lucha lo mismo por un trono que por un empleo de dos pesetas.

Guerra que surge allí donde bulle un partido: donde exista uno de los innumerables bandos que nos dividen, que casi salen á fraccion por indivíduo. Guerra de plazuela y de salon; de provincia y de café; de cuartel y asamblea; de club y de ministerio. La república de las abejas es la única que no se bate con los zánganos, aunque ellos siguen comiéndose el panal, lanzados por esos espacios, con flujo de sabiduría, é hinchazones de excelencia. De estos héroes vendrá la victoria, despues de haberse sublimado la caridad, bailando y gozando para restañar la sangre de los heridos, perfeccionando los botiquines y las ambulancias y estableciendo el gran hospital nacional.

¡Guerra, y acabemos! El sosiego es imposible: nadie de nosotros va *á una*, sino cada cual á la suya, y todos *á otra*. La union es la fuerza: unámonos siquiera para destruirnos. Trescientos mil vagos, leprosos y aventureros, no acabarán con Inglaterra; ni el ódio al catolicismo acabará con Rusia; ni con Francia el incendio de las pasiones; ni con Alemania el incendio de los sistemas; ni la universidad libre con Bélgica; ni con Italia sus cien mil sociedades secretas; ni su plétora de autonomía con Suiza: con España, quién sabe si acabarán los españoles que la aman y que quieren hacerla feliz en nombre de la tradicion, del progreso, del derecho y de la idea nueva. Quién sabe

si la sumirán en la miseria, como ya la han sumido en la pobreza, ó si caerá para ser despojo de un conquistador.

¡España, Dios te salve! ¡Dios te salve de la guerra roja, de la guerra blanca, de la guerra negra, y de la guerra azul turquí! ¡España, Dios te salve de tus hijos!

1872.

APETITOS

Vencer apetitos, es virtud de costumbres; menospreciar favores transitorios y fingidas y no durables honras, es varonil fortaleza. Pero andando los tiempos suceden las cosas de diversa manera: los apetitos con nada se sacian, las pasiones toman cuerpo de hombre, la vanidad engruesa, la soberbia no apaga su sed.

El dominio del vencedor se extiende hasta la última fibra del vencido: no hay héroes más que para la contraria debilidad, y el que gana un palmo de tierra abre en él cien sepulturas y puede encontrársele siguiendo el rastro de sangre que deja tras de sí.

Con hábil prontitud derriba y endereza los cubiletes el diestro jugador de manos: un soplo de sus lábios basta á mudar los objetos; cuando la vista los descubre ya han desaparecido, y con igual facilidad que desaparecen vuelven á aparecer. Tal se toman y asaltan las fortalezas humanas, el sitiador esgrime la espada de la justicia ó de la barbarie, y con el esfuerzo de la codicia ó de la venganza, sube al baluarte; ceden los muros,

las almenas se derrumban, desmorónanse las piedras; *abájanse los adarves y álzanse los muladares*, que dice el refran antiguo.

El choque de las ideas y la impulsion ó repulsion de entre ellas, no ocasiona tanto estrago como el vertiginoso impulso del hombre que maquina contra su semejante. Su condicion es tan varia y mudable, como el aspecto de las nubes que le envuelven, como los semblantes del mar de iras en que se abisma. Los favores de la fortuna le engrien tanto como le rinde la desgracia y solo obedece al deseo de acrecentar su peculio.

El estado es él; la ley es él; él la salud de la patria; sus apetitos gobiernan; sus conveniencias mandan; sus aficiones crean costumbres; con sus amistades forma un círculo de hierro; la adulacion le enjaula entre alambres dorados, y como dice un gran pensador, escribe en cera los beneficios, las injurias recibidas en mármol, y las que hace en bronce. Tal es el hombre de esta era accidentada y estéril; el sugeto del problema social; el Homero de esta Iliada humorística.

La fortuna de la guerra consiste en la virtud de la gente, pero cuando luchan los apetitos y no las doctrinas morales, solo alcanza el triunfo la miseria; solo palpita y se mueve el cadáver del hambre. La sociedad representa una inmensa batalla de espectros del mal, que se disputan las vestiduras; un pugilato de caballeros liliputienses que rompen lanzas por un pedazo de pan amargo.

La familia social ha sustituido á aquella otra familia que santificó el hogar: en esta no hay más que víctimas del olvido y desprecio; en la otra

miembros enervados por la codicia. La paternidad, foco de donde proceden los rayos del sol que nos calienta, se extingue al movimiento de los nuevos astros. Los padres son ya compadres ó padrastos: los hermanos Caines, cuñados y enemigos de su raza: los hijos, son hijos de Belial ó cuervos que nos sacan los ojos. En cambio no hay hombre sin correligionario, en caso que no tenga muleta con que correr. De cualquier club, casino ó mazmorra salen pequeñas sectas de apóstoles desnudos y enanos: la familia se ensancha á medida que la sarten humea; los gallofos acuden al reparto de la gazofia y se propinan caricias de palabra y obra para mejor asir la tajada de una secretaría, de un gobierno, de una direccion ó de una toga. Unos engarzan la racion en el sable, otros en la pluma, otros enseñan la lengua con la cual se ganaron el plato; otros comen con los codos por traer las manos sucias; otros prenden las migajas del festin con los alfileres de sus alfilerazos. Cofrades de la trampa, muchos de ellos han aprendido á chupar en el libro de las cuarenta hojas; algunos más se aleccionaron en mohatras y artes serviles para fingirse personas importantes, los menos tienen donde caerse muertos, y unos y otros andan con la boca llena y con la conciencia tiznada, que á este precio se tiene la sarten por el mango.

Todas estas familias son oriundas de la Carrera de San Jerónimo, que es ya la principal carrera del Estado: allí se dejan ver los apetitos rodando por la calle. Al menor indicio de que el poder vacila, anticipan sus correrías y algaradas los grajos

del presupuesto. Un cambio de gobierno es un dia de campo con guitarra y castañuela. Los estómagos impacientes vístense de gala y se asoman á las esquinas, pasados los peligros de sérias contingencias y cuando no hay temor de recibir más pedrada que la de una credencial. Los principios fermentan en cerebros y cacerolas. Todos los congregados se preguntan ¿quién sube? ¿quién jura? ¿cuál es el color de la situacion? Levántase un tremendo huracan de nombres propios y la patria se ha salvado para aquellos que se la llevan en los dientes, y la patria se ha perdido para los que ven vacía su despensa.

Es cuestion de cocina: la cocina es el santuario de la familia. Sus hornillos se encienden en ardor pátrio al mismo tiempo que se oyen rodar los cañones leales. Los lingotes de Krupp no distinguen de ideas; sirven al cocinero que mejor adereza las salsas y son chimeneas por donde suben los humos de la fama. Un ejército disciplinado acaba con las indisciplinas de familia. La temeridad es un exceso de fortaleza que hace al osado vulgarmente glorioso. Un buen apetito se satisface mejor acaso que con cien granos de trigo, con un grano de pólvora.

Dice Galeno que «más mató la gula que la espada.» Aquella se debe vencer con peso y medida para que el cuerpo se mantenga saludable, y no obstante los apetitos de ahora prefieren morir ahitos á vivir en ayunas. Determínanse en las organizaciones flacas, las cuales han resuelto que la vida es un banquete del que no debemos levantarnos hasta que nos retire el sepulturero. Comer no

sólo es existir sino pensar, discurrir, discernir y estudiar prácticamente la fisiología del gusto. La del gasto no hay necesidad de pensar en ella, por ser incumbencia del Tesoro público.

Rica es la órden, decian nuestros padres, mas nosotros no podemos decir otro tanto. La comunidad social consume mucho y no produce: las arcas de la prodigalidad están vacías, y si se procediera á un escrupuloso reconocimiento, tal vez se encontraran los pedazos que dejaron en la huida, las uñas que se emplearon en esquilmarlas.

Todo se debe aquí; todo se toma al fiado, ó á título de conquista. El contribuyente es el único que no saca nada en limpio, y en vano oculta su bolsa debajo de siete estados de tierra, pues allí van á buscarla los apremios del fisco, del trabuco, ó del libre-cambio nivelador.

La mejor ciencia está en dar con la ajena fortuna; con el ahorro saneado y limpio del trabajador. Pocas son las haciendas bien ganadas, y por eso despiertan mayores arterías en su contra. La máxima de «más vale saber que haber» háse sustituido con la de «entre el saber y el haber, lo primero es el tener».

Quien tiene puede y quien puede no sueña en otra cosa que en acrecentar su poder. No importa que este haya de brotar de la ruina de otro; no importa que se adquiera á costa del pundonor: bagatelas son estas en que no dan ya más que los necios cumplidores de máximas mandadas recojer. En esta variedad de apetitos y de voces famélicas que ahogan los gemidos del combate y los lamentos de la miseria ¿habrá quien piense en la re-

generacion de la sociedad, quien sostenga una piedra del edificio que se desmorona, quien enjugue una gota de estéril sudor? ¿Aquella elevacion de espíritu, móvil de actos verdaderamente grandes, dónde está?

Rencor intestino, civil contienda, disolucion de las fuerzas que mantenian nuestro equilibrio; fratricidio elevado á potencia, nos despedazan y conducen al último extremo de postracion reservado á los pueblos indómitos. Y es triste pensar en remedio difícil y costoso, y más desconsolador todavía que la bruma del horizonte aparezca cada vez más densa, sin que basten á disiparla esas ráfagas errantes que asoman su luz para caer de nuevo en la espantosa oscuridad del bien.

¿Será tal vez, que pasaron los hombres y sólo nos quedan los errores? ¿será que el brazo flaquea y la inteligencia amengua? Aquellos patriarcas con sobrenombre de *divinos;* aquellos mártires de las ideas; aquellos hombres libres que besaban la mano de los reyes; aquellos guerreros que libraban á la patria de enemigos y á quienes se recompensaba *atendiendo sus servicios y modestia y á no haber solicitado premio alguno;* aquellas espadas que rendian á diez y ocho mil franceses; aquellos soldados que apenas llegaban á generales despues de una vida de combates en los cuales caian vencidos á millares, los invasores de nuestro territorio; aquellos hombres de gobierno, jamás avaros de los bienes de fortuna; aquellas nobles figuras que crecian en la expatriacion y en la desgracia; conquistadores de tronos en cuya empresa empleaban su fortuna, escalando el pináculo

del poder para morir pobres. Héroes de la patria que justificaban haber merecido este título. Generales que morian en extranjero suelo dejando un nombre insigne por herencia. Periodistas, filosófos cuya memoria veneranda perpetuan mármoles y bronces. Militares políticos y literatos que ocuparon los primeros rangos de la nacion y hubo que costearles el entierro. Amigos de la humanidad que sacrificaron su vida á los progresos de la educacion pública.

Caractéres extraordinarios: hombres que fueron. Ilustres patricios en los que no cupieron los apetitos desordenados que empequeñecen á sus hijos.

1874.

LOS CÍRCULOS

¡Ay de tí! mortal desventurado, que andas en línea recta: ciudadano retraido que te escondes entre los pliegues de tu capa: indivíduo de costumbres apacibles que no frecuentas siquiera el café: hombre manso que gimes envuelto en las tinieblas del taller, entidad vulgar que no has merecido nunca el elogio de la prensa, ni el *bombo* de la gacetilla; que no has obtenido jamás un piropo de la fama. Pária infeliz, hongo ignorado, amapola silvestre de color de sangre; huérfano de la sociedad convertido en paño de tus lágrimas, en bálsamo de tus heridas y en consuelo de tus propias amarguras; para tí no hay remedio humano; tu enfermedad es incurable; tus dias están contados; tu noche será eterna.

Tú habrás oido hablar de un espíritu llamado de asociacion y ese espíritu no está contigo. Tú habrás oido el canto seductor de una sirena que se llama amistad y te divorcia de tus semejantes. Tú no habrás gustado el sabroso manjar de la igualdad, porque rara vez sale á la mesa; tú eres, pobre mortal desventurado, barco sin brújula, reloj sin

cuerda, voz sin eco, cuerpo sin sombra; eres escrúpulo arista, molécula; eres una negacion; humo, polvo leve, nada.

La asociacion dije, y me interesa prevenirte de sus medros; la amistad, y quiero que sepas que de ella ha salido el mal parentesco de los ánimos; la igualdad, y fácilmente te persuadiré de que así como en lo físico no hay dos gotas de agua iguales, en lo moral no existen dos voluntades armónicas. De ella sabrás que está escrita para cebo de incautos; de la amistad que es pasajera cuando no la mantiene el recíproco interés: de la asociacion que es mina en la cual penetran muchos y no extraen metal más que unos pocos.

La igualdad no es sino caramillo de soñadores. Esta varia naturaleza, que no admite uniforme, esta diversidad de caractéres, ruedas de entorpecida máquina; esta multiplicidad de gustos que cada cual alambica, y sobre todo esta brillante sinfonía de derechos y deberes que cautiva los sentidos y enfria la razon, quedan reducidas á una fórmula: la igualdad, igual á cero. Cuento de cuentos, donde se intenta destruir el axioma de que el universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos: donde se olvida que los elementos batallan, que con el alma pugna la materia, que los tiempos mudan, que las edades se contraponen, que los temperamentos se combaten, que las condiciones de los hombres luchan, y que la general discordia palpita aun más violenta é implacable en las pasiones, triunfadores de la flaqueza humana.

La igualdad produce enemistad, aleja las distancias sociales y alimenta la emulacion que con-

duce al rencor. Un amigo verdadero, dicen los moralistas, ha de pasar los límites de lo humano: ha de querer para otro, tanto ó más cuanto para sí apetezca; la amistad, añade un filósofo, es sangre del alma. Pero ¿y la envidia que nos enerva y constituye la pasion de las pasiones? Creadas efímeras gerarquías y sentados fueros y preeminencias, el de abajo punza al de arriba porque no puede elevarse hasta él; el de arriba oprime al de abajo porque pretende asaltar su puesto, y el igual odia á su igual porque compiten entre sí. El corazon viciado por la malicia, tiene alegría para el dolor ajeno y duelo para la prosperidad del amigo. Las historias exageran ó se engañan cuando juzgan que puede sacrificarse hasta la vida en aras del amor al prógimo.

¡Amigos, iguales y asociados! ¡Oh, que bello sofisma! Mortal, sepultado en los antros de la modestia, no dudes un momento que la fuerza está en la union, que al individualismo avasalla el colectivismo y que los ménos manejan á los más, cuando los más enmudecen y se dispersan y los ménos se confunden en un brazo, en un aliento, en un solo hombre. Los ménos bien puede ser una docena, un grupo subversivo, una trailla, un pequeño avispero; pueden ser cuatro furias que arañan á discrecion: los más padecen dejando hacer, y se anulan filosofando en su gabinete sobre las veleidades de la fortuna; los ménos lo hacen todo, y extraen el jugo y la vitalidad de los más.

La asociacion ha creado esos refectorios políticos llamados centros, casinos, círculos, tertulias,

clubs, donde el pensamiento se alimenta del cálculo; donde se discute el plato y se desmenuza el presupuesto del Estado; en ellos se cursa la ciencia utilitaria, se estudia el *modus vivendi* de cada asociado y se forman escalafones de las carreras, á gusto del consumidor. La educacion y las costumbres públicas poco pueden esperar de estos conciliábulos de murmuracion. Allí no se pregunta á nadie de dónde viene con tal de que se sepa á dónde va. Las miserias y los rencores de los partidos débiles suelen tener asiento en estos banquetes de la ilusion, donde los hombres importantes defienden sus principios con igual teson que sus postres. La voracidad de apetitos y elasticidad de conciencias, forman opinion para elegir pontífices y sacerdotes: aquel que más exige es el que más puede; el que más suma es el que más vale. Fuera de aquellos privilegiados lugares, en vano se expiden patentes de aptitud y superioridad, que si no han sido refrendadas en la cancillería de la agencia, serán declaradas nulas y por ende desheredados sus posesores.

La ciencia de la universidad, la elocuencia del foro, el explendor del genio y las conquistas del entendimiento, en el campo erial del arte y de la literatura son estériles, si no se revisten con las galas de la política. Los derechos de sus afiliados son preferentes á los de los ciudadanos que no conocen otro credo que el que nos enseña la doctrina cristiana. Es preciso llamarse blanco, negro violado ó rojo para figurar en el arco iris de nuestra redencion. Es necesario ser satélite de algun astro opaco para relucir en este cielo terrenal preñado

de nubes pardas y henchido de rayos fulminantes. Para vencer en la batalla del poder, que no acaba nunca, es indispensable aquel tacto de codos que recomienda la táctica de los partidos.

Las grandes ideas que elabora el progreso humano, necesitan espacio para desarrollarse; una inteligencia, por vasta que sea, no es capaz de producir esa suma de bienes que nos ofrece la asociacion. Cualquier sábio enjaulado escribe un libro, y nadie le lee; cualquier hombre de ciencia explica alguno de los infinitos misterios de la naturaleza, y nadie le entiende; cualquier pensador abstraido, resuelve un problema velado á la inteligencia vulgar, y el vulgo, sin prestarle atencion, sigue imperturbable su camino de herradura. Desata, por el contrario, el tribuno su charla rimbombante, perora cualquier ciudadano rural en el congreso de su barrio, ó vierte su semilla locuaz, á la sombra de un guarda-canton, y los transeuntes de la errante familia española, conviértense en orejas, ávidas de gozar de aquella armoniosa música y serenata de conceptos vagos y ampulosos. Sí, todos oyen cuando habla la lengua, y todos cierran los oidos cuando modula sus ayes la razon.

Los pobres cuerdos solitarios, son tenidos por locos: encerrados en su laboratorio, parecen nigromantes ocupados en evocar el espíritu de verdad, el espíritu de paz que reina en las desconocidas regiones de la dicha. Los locos de la farsa, en tanto, dominan á las multitudes y las magnetizan con sus estudiados aspavientos: matizados de cien colores, deslumbran la vista del espectador de sus zambras, y tal maña y prisa se dan en vestirse y

desnudarse, que no es fácil conocer al guerrero que se trueca en arlequin, ni al mendigo disfrazado de prócer. Cambian de casta, de la misma manera que ciertos reptiles cambian de camisa y ruedan de la circunferencia al centro y del centro á la circunferencia, con prodigiosa actividad. Las mudanzas del tiempo empújanles de un lado para otro, dentro de la meta, y así niegan como afirman, así suben como bajan, y así avanzan como retroceden. Hoy dicen: «soy» y mañana: «yo no he sido». Ayer exclamaban: «atrás» y hoy gritan: «adelante».

¿Pues y cuando corneta ó esquilon tocan á asamblea de pitanza? Entonces, ¡oh mengua! las bocas se abren, las bolsas vacías se inflan, hínchanse las vanidades, los círculos se ensanchan, la asociacion murmura entre jubilosa y descontentadiza; los merecimientos son tantos qne chocan en la resbaladizas corrientes de la ambicion: el papel sube, la industria de los empleos prospera; todos los afiliados piden, todos exigen, todos mandan. La procesion de pretendientes llega hasta el calvario, y allí todos son sacrificados ménos el mal ladron.

«Si el temor de decir cosas harto notorias—habla un insigne escritor apartado de la espinosa vida pública—no embargase mi pluma, acaso consiguiera demostrar cuán poderosa rémora es el adelantamiento de las ciencias y las artes la fiebre política que al presente aqueja á casi todos los entendimientos; aun cuando paréceme demostracion clara, á la par que triste, ver postergados y con la capa deslustrada á los hombres distinguidos que á la políti-

ca no rinden culto, y rozagantes y bien halladas á las medianías que la cultivan.»

¡Ah! entre la calma de un placiente olvido y la asociacion que bulle en recintos estrechos, sin que de ella brote una flor ni un rayo de luz, el espíritu recto y el criterio sensato preferirán la soledad, llamada «patria de los fuertes».

1874.

EL PERSONAL

El sábio no sé quién, en el capítulo no sé cuantos, de una obra moral escrita no sé dónde, formula este sencillo apotegma: «La personalidad es la suegra de la gran familia española.» En efecto, la personalidad es la mentira de la individualidad, la gallina que más cacarea y ménos pone; manía contagiosa, aberracion, prueba constante de antagonismo; es gérmen de odio, alimento de envidia, calamidad social. Borremos la palabra personalidad de nuestro diccionario y nos habremos salvado.

A tal doloroso extremo nos conduce la personalidad, que ante el individuo desaparece el hecho, ante el nombre la obra, ante el amigo la justicia, ante el enemigo la razon. La simpatía crea fama, virtud, heroismo; todo: la antipatía borra la huella más perceptible del bien. Se estudia la fisonomía de la personalidad para deducir por ella las condiciones intrínsecas del indivíduo. La vista es el primer juez de las cualidades ajenas: cuando un hombre nos agrada es un santo, cuando no nos *entra*—tal es la frase—un demonio.

Andando tan en boga la personalidad, no es de extrañar que el personal lo absorba todo. Un personal apto *para la ineptitud* constituye la principal ciencia del dia. La política requiere un crecido personal de ambos sexos: la buena sociedad se forma con un personal escogido. Todas las grandes agrupaciones exigen más personas que entendimientos. Se vence ó se domina por la fuerza del número y del personal.

Los ociosos, que abundan, ponen todo su conato en hacerse de personas. Una golondrina no hace verano, una lengua no mete ruido, un garbanzo no compone ni descompone una olla. Es preciso formar cuadro, establecer sociedades de elogios mútuos; celebrar juntas, dar programas con muchas firmas; es necesario brujulear el juego del vecino, hacer prosélitos, alistar gente dócil, moverse mucho, erguir la cabeza, ser sectario ó cuando ménos partidario de cualquier compadre, y sobre todo y más que todo, con nada se entretiene la holganza mejor que con un empleo; con un empleo público bien retribuido. Esta es la clave, el *quid divinum* de la existencia, la piedra filosofal; esta es la madre del cordero.

Por natural sucesion, de la personalidad descendemos al personal de la Administracion; así como por inclinacion natural, la mayor parte de los españoles procuran descansar de las fatigas de la holganza, en el colchon de muelles del presupuesto. Para tal empresa no se requieren condiciones de idoneidad, no se exige ilustracion, no se necesitan títulos ni conocimientos. La carrera es corta y sembrada de rosas para los cojos que

la andan á saltos: los que la andan cargados de trabajo y de experiencia recogen las espinas.

Basta el querer de un amigo pudiente para que el hombre se haga hombre. La ineptitud sienta plaza de sábia. El gas de la política nos hincha y eleva majestuosamente hasta dar con el vacío. Las tres cuartas partes de los ciudadanos son ó aspiran á ser funcionarios; la otra cuarta la forman los gobernantes. Un empleo se daba antes—todavía en este siglo—por medio de un memorial; en él se hacian constar los méritos y servicios del solicitante; pasaba á informe y se resolvia por el Rey con audiencia del interesado. Pero esto era en los tiempos de la oscura covachuela, cuando los empleados madrugaban, cuando llegar á oficial era picar en Flandes, cuando se despachaba con manguitos, cuando se tomaban las once y cuando la consabida tablilla de *Tiempo inclemente* anunciaba que el Estado no debia salir á la calle. De aquellos tiempos se recuerda que en cierta oficina concedióse un empleo á un D. Fulano de Tal, para que como premio, descansara de sus fatigas; excepcion convertida en regla general allí donde existe un pupitre y un tintero, pues raro es el oficinista que no descansa en el ocio temeroso del mañana, desconfiado del hoy y remordido del ayer.

A los memoriales han sustituido volantes y notas. Cualquier politicastro las pone pidiendo la cabeza de uno ó más inocentes, y la guillotina del personal los decapita. En el volante escribe un ministro *Hágase*, y el homicidio queda consumado. Hágase, quiere decir que se deshaga la

justicia. Hágase, que no se haga lo que la razon manda. Hágase, que se atropelle al desvalido en la vía pública de los destinos. Hay que quitar á otro para colocar á este, pues salga el libro del personal, caja de Pandora que al abrirse desata los vientos de la iniquidad y del estrago. En aquel libro funerario están todos los nombres y cada uno de ellos tiene al márgen el nombre de su protector. García, por ejemplo, acurrucado á la sombra de Lopez: Sanchez, tendiendo su mano á Rodriguez, y Perez, manteniendo sobre sus hombros á Gonzalez. Estos no suelen padecer persecuciones de la justicia en tanto que puede respirar fuerte su respectivo mantenedor; mas si el báculo se quiebra, á Dios mi dinero: tristes huérfanos desheredados de la nómina, caen en la sima de la cesantía tal vez para no levantarse jamás, y sucede otra cosa peor, que cuando en el libro fatal no hay ningun nombre pudiente al márgen del nombre del empleado, la muerte es terrible, voraz é instantánea sin que le salve ni la bula de Meco, así sea el tal, un pozo de ciencia ó un titan para el trabajo.

Los influyentes, convertidos en nodriza ó despensero de sus deudos, amigos, correligionarios y electores, ¡qué de impaciencias sustentan y qué de iniquidades fraguan! Movidos por el amor á la influencia llegan al personal, piden el libro y con la yema del dedo borran un nombre, condenando á eterna afliccion á un padre de familia benemérito por *dar de comer*—frase hecha—á cualquier galopo que no sabe leer ni escribir. Hay hombre importante que recibe diez mil peticiones de empleos en

un mes y tiene montada una oficina para contestar cartas: pero á bien que puede ahorrarse el gasto de franqueo gracias al buzon gratuito. ¿Pues y la casa del bienaventurado que dispone del personal? Asediánla los apetitos en formidable desconcierto de suspiros, lamentos y desmayos de estómago. Padres, madres, hijos y esposas, llegan, llaman, piden, ruegan, porfian para sacar mendrugo, hasta que el hombre principalísimo reniega de haber nacido á la vida de la popularidad. Los amigos le aprietan para que barra las oficinas y las limpie de reaccionarios—ya se sabe que reaccionario lo es todo el que cobra más de un año.— Las altas damas amigas de su encumbrada esposa, exigen favorcillos tales como una presidencia, una consejería ó una faja; los chicos de casa recomiendan á los papás de sus compañeros de colegio, y tras estos vienen la costurera, la planchadora, el barbero y el limpiabotas de S. E. que reclaman una rebanada del presupuesto. Las señoras de sus maridos, desean á veces, hablar al hombre público aunque se halle descansando de sus vigilias: cuando se pide con urgencia, no se repara en nada. De estas hay algunas cuya voracidad no se sácia á dos tirones, y piden para el esposo, para el hermano y para los niños: los niños abundan en las oficinas y en ellas entran por el lugar más alto, pues ya no hay barbilampiño ó cursante en derecho que no pida con imperio una credencial de jefe, y mientras se clama contra la inercia de la Administracion, los escasos rendimientos del Estado y la impotencia en el órden civil ó financiero, salen por arte de birli-birloque, de un fosforero de café

un administrador de rentas, de un carpintero un oficial de gobiernos, de un labrador un diplomático de gramática parda, y son declarados capacidades para todos los cargos vagos, y gentes advenedizas.

El personal político establece turnos para la posesion y disfrute temporal de las prebendas de la Administracion. ¿Dos magnates se disputan un empleo? Pues para dejar contentos á los dos, nómbrase al ahijado de uno, y se le quita al mes para que le sustituya el protegido del otro, cayendo este á su vez trascurrido igual tiempo, para que el cesante vuelva á subir; y repitiéndose este juego con la frecuencia que exijan las circunstancias.

Las aspiraciones burocráticas llevan del mostrador de comercio al de la Hacienda pública; del oficio privado al oficio del Estado, y de la nada al pináculo del poder. Los que ménos saben son los que quieren más; los que ménos tienen se hallan en aptitud de obtenerlo todo. El secreto está en los sueldos, y estos se codician y alcanzan en relacion al tiempo que han de durar: el que pide mucho es porque espera vivir poco, y el que poco logra y ve la muerte al ojo, procura fortalecer su ahorro para mantenerse en la otra vida.

El nigromante favorito ó confidente que mejor resuelve y facilita las combinaciones del personal es el astro que más brilla en el Ministerio. Este sér privilegiado y no exento de pasiones vive en abreviatura, huye de la luz, imprime á su mano derecha movimiento eléctrico destructor; anda en zancos y viaja en globo; niega hasta el saludo para no interrumpir sus hábitos severos y júzgase se-

ñor de todos los nombrados. Su antesala es baluarte erizado de esqueletos y de momias ensangrentadas sobre las cuales salta al salir y entrar; su escalera la del calvario; su calle la de la amargura. Tiene rostro de hereje para la desgracia y dobla el espinazo en cuanto descubre la silueta del Ministro, en cuyo nombre dispara saetas contra los predestinados y resucita Lázaros sin camisa. Un jefe del gabinete particular..... ¡Ah, qué gran figura! Rayo de Júpiter transeunte con hinchazones de pavo real y conciencia de goma elástica, tiene siempre la mesa servida, los dientes de los demás se le antojan huéspedes y *pone á la firma* la destruccion del género humano cada vez que hace arreglo de la despensa oficial, en beneficio de esos altos principios de que nos habla la mitología política y que al cabo vienen á morir en la cocina.

Describe su órbita soberbia el astro del personal, y sus satélites los funcionarios que ascienden, cantan un himno diurno al sol que les calienta. Hay empleados hongos que se nutren de los desperdicios de la tierra; los hay de situacion, que se estancan en el signo de *Cáncer* del zodiaco; los hay de un hombre, que pasan cuando el hombre pasa; otros hijos de la adulacion y entusiastas de las miserias de encima; otros indispensables por la fuerza de la rutina; otros de expedientil actividad que suplen la inteligencia con la *agencia;* algunos que gastan la esperanza y el asiento, y no falta quien gaste coche para ir á la oficina. Prácticos sin brújula, papeleros de toda clase de papeles y enjambre inmenso de ellos, sujetos al desti-

no de su destino y asidos á la cadena de esclavitud tal vez más dura que la del negro que no pierde nunca el pan de su trabajo.

El personal registra tambien á los ciudadanos armados que despachan con el fusil y gastan pólvora por arenilla; á los viajeros de escaramuzas donde se pescan empleos y efectividades, y á miles de parásitos que no actúan más que cuando firman la nómina. Los partidos se levantan como un solo hombre allí donde existe un solo empleo, y á pesar de esta táctica y de esta unidad de paladares, las conciliaciones se rompen casi siempre por diferencias en el reparto del botin. Leyes se piden para remediar males tan hondos y arraigados; la prensa clama; la moral gime al mirarse escarnecida, y en tanto la personalidad crece, y para el personal se estira el crédito del presupuesto. ¡Escándalo! grita el espíritu recto de la opinion, y el eco contesta: ¡Bah!

1874.

LOS INTRANSIGENTES

Transigir, en lenguaje castellano, significa obedecer, servir, humillarse, ser esclavo ó todavía peor, un pobre hombre. *Intransigir*, si cupiera este verbo, seria dominar, protestar, rebelarse, ser amo y señor de las vidas y haciendas de los demás; ser, en suma, un hombre importante.

Háse dado en llamar intransigentes á ciertos caractéres mal avenidos hasta con sí propios; á ciertos entes que inventaron la palabra *autonomía* para su uso particular, llevándola en el bolsillo como se lleva un rewólver y amenazando con ella á los entes pacíficos, para quienes no se han fabricado los derechos naturales.

Estos intransigentes de nuevo cuño, monopolizan un dictado que pertenece á una raza entera, se atribuyen una cualidad que no es patrimonio exclusivo. Toman el todo por la parte y se apropian una fisonomía por la cual se reconoce á tiro de ballesta á los hijos de una nacion, tanto más soberbia, cuanto más desdichada. Intransigente, pues, á mi juicio, no quiere decir político,

ni revolucionario, ni socialista, ni emancipador; intransigente, quiere decir, español.

El gran Cervantes en su Ingenioso hidalgo, nos describió el perfecto tipo del español intransigente. Espejo de cuerpo entero es aquel libro portentoso en el cual constantemente nos reproducimos. El caballero andante figura que se desliza de generacion en generacion, por el ameno y variado campo de nuestra historia.

Pensar poco, hablar mucho; desenvainar la espada y volverla á envainar tinta en sangre inocente. Pasar de parte á parte un pellejo de vino, alancear un carnero, arremeter á un molino de viento, invocando siempre la legalidad. Llenar nuestros vacíos á costa del vencido y mostrarnos siempre opuestos á la razon y al comun sentido. Gritar no y siempre no. *¡Non serviam!* como el réprobo á quien le fué negado el paraiso. Pelear con nuestra sombra y darnos de calabazadas contra una esquina: tal es la flexibilidad de nuestra inflexible idiosincracia: tal es el hombre de barro con la máscara de acero.

En política todos son intransigentes: cuando mandan, porque lo exige su propia conservacion; en la oposicion, porque no se gobierna con sus principios. Los españoles poco afectos al trabajo, no pueden vivir sin ellos: por eso se los disputan, luchando para conservar la sarten el que la tiene por el mango, y pugnando por arrebatársela el que sólo disfruta del olor.

Sangre pide el intransigente rojo; cabeza el guillotinador, que no la tiene segura ó que carece de ella; lomo el conservador; corazon el carlista;

hígados el radical, y apenas si queda el rabo por desollar, para todos. Unos pescan con bombas, otros con caña de Indias, otros con red; los más, á rio revuelto.

La edad media, ó decrépita, ordena y manda; los timoratos santiguan; la idea nueva se dispara por boca de cien mil fusiles; los civilizadores descuelgan las campanas para hacer cañones, y todos pegan, todos sacuden, todos gastan plomo, todos practican la *hermosa* máxima del homicidio ilustrado, del homicidio *legal;* del homicidio independiente del Código; del homicidio que se emboza con el manto de los Césares ó que tira la piedra y esconde la mano detrás del indulto ó de la amnistía.

De estos intransigentes nace la fraccion de los *benévolos;* nacen los jóvenes que hincan el diente en el pecho de su nodriza. Hijos de la patria que, no bien asoman las narices, ya huelen dónde guisan. Su primera y principal mision es la de pedir. Gritan, patean, arañan, y sólo descansa su infatigable anhelo cuando tienen la boca llena y la pesadumbre del estómago les invita al sueño. Duermen en la cátedra, soñando con el materialismo de la gloria; allí siguen exigiendo; allí desenvainan la espada de la asociacion y esgrimen teorías que nada tienen que ver con los problemas didácticos. El estudiante es un intransigente en agraz; un político menudo, un pájaro que tiende el primer vuelo á través de las mallas del latin. Muéstrase su espíritu inquieto á las primeras lecciones; aprende á mandar y no á obedecer, y si alguna vez presta sumision, suele ser al vicio, sobre el

cual no ejerce influjo la ciencia moderna. Respira así el ciudadano intonso el aura primera de una libertad presentida y no razonada; fórmase á imágen y semejanza de la madre que le dió el sér y guió sus primeros pasos, la sociedad; y, como diria Nicasio Gallego, deja á un lado los estudios de San Isidro y por la *calle del Burro* sale á la *plaza del Progreso.*

Tenemos aquí un hombre hecho y derecho que como nada sabe, no transige con nada, y que como nada tiene, nada teme perder, jugando siempre al gana, gana. Por medio de la enseñanza libre, se encarama á un puesto administrativo, donde se le nutre con un bocado soberbio, ó penetra en la redaccion de un periódico por el agujero inferior del folletin. Funcionario público, no transige con sus deberes; huye, como de la peste, de la oficina, firma en casa la nómina, y se rie de los expedientes. Periodista novicio, descarga á diestro y siniestro contra todo lo que se le pone por delante, por tener aprendido que este es el único medio de acreditarse. Al nivel de estos, rotíferos con ínfulas de culebras, se halla cualquier desventurado de esos que no aciertan á tenerse en pié derrengados por la holganza.

Un vago es por naturaleza intransigente. ¿Cómo ha de ver con paciencia que lleva camisa limpia el vecino? ¿Cómo ha de conformarse con que asista á las corridas de toros? ¿Podrá sufrir con calma que haya quien conserve un duro cuando él se ha gastado á sí mismo y no le basta? Así es que se le erizan los cabellos de coraje cuando piensa que puede haber felicidad en el mundo.

Los hombres industriosos tambien son intransigentes. Cualquier vendedor ambulante sostiene con teson la tarifa de su mercancía y saluda con una andanada de interjecciones al comprador que defiende su bolsillo. Cualquier comerciante formal y acreditado impone á sus parroquianos una contribucion sobre los precios usuales de sus géneros, para sostener el lujo de su tienda y asegura muy formal que no hay en el mundo industrial que le aventaje. Todo el que vende no transige más que cuando gana.

Ved en tanto, al dios automedonte, al rey cochero, arrellanado en su pescante, trono como cualquiera otro movedizo; vedle ostentar la fusta por cetro y el hongo por corona. Vedle gobernar á latigazos á bípedos y cuadrúpedos, imperturbable en su carrera, motora de vuelcos, á los cuales no alcanza su responsabilidad. No olvideis la intransigencia del barrendero que os empolva, ó del manguero que os descerraja un golpe del líquido Lozoya, comparables con el perito sacamuelas que monda la boca por sorpresa ó el artífice de la murga que á traicion os sacude un trompetazo.

Estos y otros entes forman el catálogo de autoridades abrogadas que nos imponen su yugo, ni más ni ménos que pueden hacerlo los delegados de la ley ó cualquiera de tantos pelagatos constituidos en dignidad. Cierto que un centinela no transige con nadie, porque se lo veda la severidad de la Ordenanza; lo es tambien que no puede haber cobrador de contribuciones sin recargo ni apremio, porque el poder que representa es el pri-

mer intransigente; pero dígase si es posible soportar la intemperancia de un portero de estrados, cerrojo humano adherido á una mampara; la de un guarda de campo, que pasea su bandolera con jactancia, escapándose el tiro de su certera carabina cuando la hoja de un árbol se mueve sin su permiso; ó la del vetusto sereno, benemérito intransigente, atalaya ambulante y para-rayos de beodos transeuntes, que á las veces se dobla rendido á los halagos de Morfeo, enderezando el chuzo cuando sus propios ronquidos le despiertan y amenazando con la prevencion hasta á los canes fugitivos. De esta laña suelen ser los agentes, investidos con delegacion de autoridad: ellos mandan con imperio y los demás desobedecen con orgullo, sucediéndoles lo que á los espectadores de un teatro cuando la *claque* se empeña en que prevalezcan sus aplausos.

El jaleador ó aplaudidor intransigente es un derivado del cómico, como el actor es un reflejo del crítico. Bailarines, músicos y danzantes, revisteros, censores, autores y empresarios. ¡Oh, qué cúmulo de intransigencia! El cómico más altivo cuanto ménos sagaz, se hiergue en el café, taconea en la calle, se hincha en paseo. Observadle atentos, escuchadle, y siempre se os figurará que representa, siempre le vereis como si en aquel instante acabaran de llamarle á la escena. Suele ser este tipo un intransigente bufo, con resabios de monarca, vulgaridades de plebeyo y excentridades de sábio. Nada ignora, todo lo desprecia; ve pasar al vulgo por debajo de sus tacones y derrama sobre él una mirada de compasion, excla-

mando: «¡Cuán pequeño eres y cuán grande soy!» Es una raza anémica consumida por el maldito amor propio.

El crítico inerudito se cierne por los espacios ideológicos de su olímpica majestad, perdonando vidas de todos los que caen bajo su férula. Atento con las damas y devoto de las empresas, zurra al autor débil y no transige ni con su conciencia, cuando la ocasion es calva de decir todo lo contrario de lo que dicen los demás. ¿Cómo habria crítica si el censor opinara de acuerdo con la opinion general? El crítico no puede transigir si ha de acreditarse de entendido y evitar que le califiquen de mulo de reata.

Por análogo patron se hallan cortados bibliófilos académicos, literatos y anticuarios; científicos especialistas, intransigentes de diversas condiciones y escuelas, aferrados á los textos de los libros, comentadores é intérpretes de apreciaciones y deducciones ajenas: eruditos é investigadores que rasgan las telarañas de la historia: los filósofos y los sectarios, los maniacos y los inventores de un nuevo credo social.

No cabe mayor intransigencia que la de un propagandista del espiritismo, por ejemplo: *Medium* sematológico ó tiptológico, que escribe con los codos y habla con las puntas de los dedos: apóstol de la ciencia del alma perfectible, que no admite el infierno sin duda por temor de caer en él, desde que tiene metida en los sesos una devanadera.

Tal es el fanatismo intransigente; la ridícula preocupacion de clase, la exagerada teoría de las

democracias absolutas. Locos de fuera, locos de dentro; jaula inmensa en la cual se desuella y despedaza viva la humanidad.

Quédasenos en el tintero la mujer intransigente, cuyo carácter requiere un estudio más subjetivo. ¡Una mujer hermosa, una vieja verde, una bailarina, una patrona, una verdulera, una suegra!.... Con ellas se completa el cuadro de los intransigentes, trazado á vuela pluma con el fin de probar que ni el temperamento, ni la educacion, ni las costumbres, ni el carácter de los españoles se prestan al bello idealismo de la armonía social.

1873.

LA OBRA DEL AMOR

Caridad, palma de los mártires, aureola de los santos, espejo de los hombres, sentimiento purísimo que enlaza las almas: tú brotas en el desierto de las ideas como númen salvador: tú germinas en el árido campo de batalla como flor ingerta en azucena blanca dechado de pureza, en amapola roja emblema de sufrimiento: tú conviertes las penas en palmas inmortales: tú imperas en los dominios de la muerte, la arrancas sus víctimas y como á Lázaro le dices: «levántate y anda.» Máxima de virtud cristiana, latido suave y persuasivo de la fé católica, obra sublime de amor.

Allí donde se sufre el castigo de la osadía, ó donde gime la pobreza esclava; donde la tempestad del encono brama; donde padece la miserable opulencia; allí donde el egoismo triunfa y las montañas se extremecen bajo el peso del furor salvaje; donde la sangre salpica al cielo y el cielo piadoso desciende en blanca nube para contener el estrago de la sangre que se pierde; donde el humo incesante oscurece las glorias del progreso humano, donde el vértigo enloquece, la pasion perturba y

el error mata; donde todo acaba sin que renazca jamás la aurora del bien; donde el genio de la fuerza bate sus alas de cuervo hambriento de carne putrefacta; donde el plomo forma el poema de la civilizacion y el bronce y las piedras cantan el heroismo; donde aun se escucha la carcajada de Cain lanzada á través de los siglos bárbaros; allí va la caridad con sus dones á erigir hospitales y levantar altares en cada lecho de dolor. La cruz es el símbolo que aplaca las iras de la venganza, el lábaro de paz cantado por el poeta.

Se levanta la cruz, signo de duelo,
Cerrando augusta con el pié el profundo,
Con la excelsa cabeza abriendo el cielo,
Y con los brazos abarcando al mundo.

Aquellos brazos reparten por igual su ofrenda entre amigos y enemigos, entre vencidos y vencedores. ¡Ah espectáculo consolador!

¿Pero basta la piedad de la cruzada que padece con los que padecen, que llora con los que lloran, que alienta á los débiles, que restaña la sangre de los heridos y que abre ignorada sepultura á los muertos? ¿Basta el esfuerzo del brazo que sostiene el cuerpo ó el afecto del alma gemela del bien, que en el supremo trance procura salvar otra alma? ¿Basta levantar al que cae? ¿Basta la obra del amor que acude despues de la caida?

Hay que meditar sobre la negra página que mancha la historia de esta edad; sobre los ímpetus maléficos que nunca se aplacan; hay que meditar sobre el bárbaro azote fratricida. No cura por sí

sola el vértigo social, la caridad. Dejar hacer y querer reparar los daños del error cuando el error está consumado, es obra tardía é infecunda. Volved la vista á las causas de esta division de razas que dentro de una misma raza se intenta establecer y encontrareis el gérmen de la enfermedad social del siglo XIX.

No hay paz ni puede haberla en el campo, cuando la guerra nace en el hogar é invade los pueblos. No hay paz ni caridad que baste contra el virus corrosivo del engrandecimiento personal. La guerra está muy honda y hay que combatirla en los senos de su abismo. La caridad es ley de salvacion, pero la moral es ley de salud, y sin salud no puede haber vida. Vivimos muertos para los goces del espíritu, para las puras emanaciones del alma, para la conciencia del bien y nuestra herida es más profunda que las que pretendemos cicatrizar. Ante el cadáver yerto de un soldado el corazon se estremece, pero es necesario que la cabeza medite. Las hilas y vendajes, los socorros pecuniarios y la ciencia de la medicina no han llegado á tiempo de salvar aquel cuerpo muerto; como no es fácil librarnos del error si no se le combate de raiz, como no es posible salvar el cuerpo sin salvar el alma de la sociedad.

Mientras veamos que el derecho solo está en las armas, que el amor al prógimo pende de una batalla, que los estados revueltos semejan el estado de la familia y la familia el estado de los partidos y los partidos se pudran en la discordia y esté la ignorancia en el poner de las leyes humanas con detrimento y menosprecio de las leyes divi-

nas, no habrá paz, la caridad será impotente y la guerra triunfadora, ruina y perdicion perpétua.

La moral es virtud de costumbres y las nuestras han sido escarnecidas por el extravío de la vanidad, de la codicia y del lujo. Las señoras se asocian para contener los horrores de la guerra. La madre reza, la esposa hace hilas mientras el esposo se bate, las hijas postulan para llevar alivio á las necesidades de la guerra. Por amor de Dios se ruega, por amor de Dios se pide, por amor de Dios se eleva universal plegaria despues que ha sonado el estampido del cañon. Por amor al prógimo, primer amor que nos fué revelado, podia y debia haberse combatido antes, el desenfreno de las pasiones locas y de las perniciosas costumbres.

Fastuosidad, incontinencia, inmodestia, vano alarde de pompas humanas, por un lado; por otro, intransigencia, hipocresía y fanática fiereza, luchan en guerra homicida y perenne desconcierto. Las señoras asociadas completarian su obra de amor y de virtud, enseñando con el ejemplo á amar y obedecer; á sentir ajenas desdichas, á metodizar y perfeccionar la existencia en costumbres sanas y elevados principios de moral. No hay goce más tranquilo ni lícito que el de la paz del corazon. El ánsia de otros goces y la funesta manía de que prevalezcan los que del bien nos apartan, han creado frios antagonismos y enemistades sin cuento. Al lado del hombre vano se educa la mujer superficial: él, racionalista estéril; ella, frívola optimista. Los hijos crecen á la sombra, en la sombra se agitan, á la sombra vejetan como árbol sin fruto, y en la sombra mueren á manos

de sus semejantes, sacrificados por sus amigos, vencidos por sus hermanos. Se invoca la civilizacion para justificar el crímen. Horrible sarcasmo la gloria de la guerra; menguado honor el que decide la suerte de las armas. Negad que pueda ser santa cualquier causa que conduzca al exterminio; fundad la paz en el amor humano y esa será la mejor y más noble conquista de la civilizacion moderna.

Caridad, paz, libertad, progreso, religion, derecho, regeneracion social. Hermosa síntesis de felicidad soñada. Los hombres las proclaman, pero no las practican porque no saben sufrirse los unos á los otros y en lugar de emprender la gran obra del amor realizan la obra de destruccion, que no deja en pié un símbolo ni saca incólume una idea. ¡Cuán trabajoso y difícil es cumplir con la obligacion que tenemos de salvar á la sociedad! Ciego el que empuña una lanza ó un fusil para sojuzgar la tierra, y demente el que celebra sus hazañas. La guerra nunca es justa, rara vez necesaria, y su craso error está en creer que el dominio de la razon se logra con vencer á la naturaleza, cuando lo que hay que vencer no es el poder brutal del hombre, sino su malicia. El enemigo es útil porque descubre la verdad que ocultó la adulacion del amigo y entre el fragor de las batallas sólo un hecho resplandece, el de la fuerza: sólo una voz habla, la de la muerte.

La guerra, ha dicho un profundo filósofo, es el ideal del pecado; la paz, el ideal del cristianismo. La obra del amor, activa y perseverante, creará la paz duradera cuando se proscriba la

guerra del pueblo y la guerra del Gobierno, la guerra de las ideas y la guerra de los libros, la guerra de las sectas y la guerra de las clases, la guerra doméstica y la guerra social. No dejemos crecer la cizaña de la envidia, ni de la soberbia, ni de la fastuosidad: no midamos el terciopelo como el percal, ni exprimamos el ágrio limon del sensualismo; no pensemos en el hoy sin abrir limpios horizontes al mañana. Procuremos evitar el incendio del mal antes de sufrir sus amargas consecuencias. La desgracia ofrece una elocuente enseñanza; y ¡ay del pueblo que gime en el ócio de la indiferencia! ¡Ay del que mira sus manes calcinados y exclama ébrio de goces materiales: *Panem et circenses*, olvidando que sobre la obra de la caridad está la gran obra de la moral y que sobre la cruz roja y la cruz blanca, está la cruz que redimió al mundo.

1874.

EL PROBLEMA

Veamos cómo cada cual resuelve este árdúo problema, manzana de discordia de nuestros tiempos infelices, en los que todo arte y diligencia se encaminan al logro de cosas vanas, á procurarnos medros y placeres con insaciable afan, aumentando los daños de la vida, las turbaciones del ánimo y las miserias del espíritu y corriendo á saltos la escala de las mudanzas, de las pasiones y de los riesgos que empieza en la accidia y acaba en la hidropesía del oro.

Roto el freno de la conciencia, háse desparramado por la tierra una mancha que cubre sus dilatadas regiones, mancha de negras y bullidoras hormigas, bandada de cuervos errantes, los cuales se disputan hasta la última migaja del pan amargo del trabajo.

Todos vamos á un mismo fin, aunque por diversos medios: todos andamos buscando resortes para satisfacer antojos de la avaricia y deseo desordenado de hacienda; todos cerramos los ojos y abrimos la mano; todos pensamos con la codicia y

sentimos con el cerebro del cálculo. Traicion, engaño, perjurio, violencia, falsedad, dolor, mueven contínua guerra á la sociedad honrada y esta corre dispersa, asústase de sí misma y huye del contagio del mal, sin pensar que el bien que se acobarda transige ó se apoca, merece ser abatido por enemigo inferior que no cede, ni perdona, ni se sácia, ni se abate.

De este modo aumenta el rebajamiento moral; el negocio ensaña su juego á la multitud; el ánsia materialista palpita hasta en el seno de la modestia, y la fortuna hace primer papel en la comedia humana. Tras ella van ciegos festejando con ilusiones sus apetitos los que no saben sufrir, los que no saben hacer, los que no saben labrar: hombres tan solícitos en plañir angustias y en quejarse de privaciones y escaseces, cuanto perezosos en procurar remediarlas. De estos son los más, aventureros y siervos de la holganza que esperan á que les llegue el agua á la boca para beberla: vémosles renegar de su destino mientras el ócio les consume y odiar á lo que sudan machacando en el yunque de la adversidad.

Así se resuelve el problema del presente y del porvenir: el comercio social al por menor crea capitales y rentas, réditos y *bonificaciones* que cobran en metálico y pagan con crédito. La gran empresa explotadora de caudales llama, á campana herida, á concurso de acreedores y todos lo son de la hacienda ajena: unos viven de ardides, otros de arte lucrativa de pecunia, del ágio, de la limosna pública y muchos de la menuda exaccion autorizada. De la propina vive el servicial obrero,

el artesano y el industrial maestro: del ochavo que por abusiva costumbre nunca se devuelve en los cambios, se vive tambien: los criados sisan á los amos y los tenderos dan á cambio de buena plata averiadas mercancías. La estafa cunde disfrazada con el manto de la caridad y hay mendígos ilustrados que engañan por escrito, en visita y excitando con fingidas lacras la compasion de sus hermanos.

La socaliña es otro de los recursos de vividores y mohatreros. El apretado ocioso y el pobre vergonzante inventan rifas que nunca caen, promueven suscriciones y forman sociedades de socorros mútuos donde no se socorre más que el fundador. Hay socaliñas en el descuento de sueldos y donativos forzosos que acometen á traicion y se llevan las maldiciones de los donantes. La ciencia especula con los indoctos, mediante un título académico ó un nombre famoso. No hay tarifas para el boticario que prepara pócimas, ni para el médico que exagera sus honorarios, ni para el abogado que ordeña el bolsillo del cliente. Un proyecto facultativo suele costar más que la obra que anuncia y se paga tanto por un plano como por la construccion de un edificio. Los agentes de intereses ajenos miden por su codicia la ganancia y los negociantes tienen por axioma que «más vale una hora de trato que ciento de trabajo».

Otra ley funesta que avasalla al menesteroso es la usura, la usura encumbrada y jactanciosa, intransigente y puntual, el tanto por ciento aterrador. Consorcio infando que se nutre de lágrimas, obrador de miserias, abismo de galas carco-

midas y de joyas cuyo brillo se pierde en reclusion ignominiosa. La usura mata el recuerdo del pasado, empaña la reliquia del santo vínculo ó de la fé jurada: tras ella va la prenda del amor ó el trofeo de la hermosura y en el fondo de su antro oscuro, yacen olvidados y ganando el rédito de la miseria, ropas y ajuar del víctima infeliz del prestamista. No de otro modo se improvisan rentas é indignos haberes en contratos y juicios verbales donde se estipula que los bienes del débil pertenecen al fuerte y que el jugo del pobre debe absorberle el capital del rico; de ese rico que, segun el Evangelio, acumula riquezas de iniquidad y que justifica el dicho de que «los ricos son injustos ó herederos de la injusticia».

Los empleos públicos tambien cobran su rédito; cóbranle las dignidades y honores concedidos al favor. La agencia de manos puercas busca un influyente ó allegado á los dispensadores de mercedes y el servicio se aprecia por el producto del negocio. La gabela crece y abúltase en proporcion del contrabando, gusano roedor del tesoro de la Nacion: el contrabando es calamidad establecida por los encargados de impedirle, así como las rentas peninsulares y ultramarinas se amenguan por el fisco del Estado. Sobre la Administracion ultramarina pesa el censo de merodeadores oficiales que fueron desnudos y en plazo aprovechado y corto desembarcan vestidos y forrados, sin que advierta estas mudanzas la justicia envuelta en telarañas de escribanos y curiales que entienden que las leyes se hicieron para los flacos. Y hay bienes nacionales que se adquieren y pagan en valores

negativos y patrimonios que se malversan ó desmembran, á título de conquista.

El especulador de granos y el provisionista de vituallas no aprovechan ménos las situaciones favorables al monopolio concertado y con ellos acuden al asalto de la propiedad, bullangueros mercaderes que alzan empréstitos y por mezquina granjería, se ponen al servicio del que grita. Gritos hay que han costado mares de sangre y filones de oro empleados en la especulacion de algaradas y revueltas, y si se liquidara la cuenta de la revolucion política de Europa, resultaria que con el importe de sus gastos podria crearse una nueva civilizacion y un vastísimo imperio.

El crédito suple al capital en transacciones concertadas entre los que no tienen dinero y los que le buscan: el crédito es la mejor carta de este gran juego de la miseria universal: se vive del crédito, con crédito se cumple, con crédito se contrata, con crédito y sin él se gobierna: las operaciones de crédito forman la página más negra de la revolucion económica. El papel nos abruma y nos envuelve; el papel nos ahoga; el papel, no obstante, nos mantiene. Con él opera la sociedad anónima, el Banco, el comercio y la Tesorería. Se emite y se cobra, pero rara vez se paga y el negocio va engarzando intereses de la deuda como se engarzan las cerezas unas en otras. ¡Qué red tan complicada y tan hábil la del crédito! En ella se prenden incautos y ambiciosos, devorados por los linces agiotistas.

La Bolsa tercia tambien en el juego de la especulacion culpable, y millones de millones rue-

dan al fondo de su abismo. El que sorprende los secretos financieros la explota: sítianla los satélites de la banca y en su torno se agitan levas de zurupetos atentos á la oscilacion del *alza* ó de la *baja* de su bolsillo. Lícitamente juegan capital imaginario, valores convencionales, palabras al aire, que en aire suelen convertirse; se *cierra* sin escrúpulo, se negocia sin medida de la pérdida y *en firme* vende y cobra *en firme*, el que no tiene que perder y sí que ganar el peculio de los demás.

El procedimiento del juego de azar es más breve, y no importa que sea ménos honrado ó que imprima una deshonra que admiten los hombres clasificados de caballeros. Un caballero juega al *monte*, al *treinta* y *cuarenta* y á la *ruleta* por rendir culto á la costumbre *fassionable* de altos círculos: juega por elegancia y bien parecer y gana por no desairar su juego. El hijo de familia juega por pura distraccion, pierde y se pierde en consentidos tugurios, y algunas mujeres tallan por amor libre al ochavo ajeno. Cruel y por todo extremo sanguinaria es la guerra doméstica del ochavo, que acaba con la paz del espíritu y es uno de los más fecundos gérmenes de la guerra social, en la cual libran batalla deudores y acreedores, venciendo siempre los primeros. Con rezar *perdónanos nuestras deudas*, juzgan los timoratos petardistas haberlas satisfecho, y en tanto la deuda flota como nube siniestra sobre el espacio, procurándose santificarla con esta moral sentencia: *Se hace lo que se debe, aunque se deba lo que se haga.*

Triste y dura asechanza contra la propiedad es

la que corrompe nuestras nobles costumbres. Atentado contra el trabajo, que exprime hasta la última gota de su sudor. Organizacion del hurto, más fuerte que la ley y dígase de una vez: latrocinio perfeccionado ó ciencia de hacer pobres. El robo primitivo y en su estado natural y grosero, no es más inícuo que la invencion moderna creada por la soberanía industrial, por el feudalismo del oro y por la accion abusiva del que para lucrarse, aprovecha los medios que le ofrecen el alto puesto ó la posicion social, artes y prestigios, de los cuales proceden la intriga, la exaccion disimulada, el privilegio, el monopolio, la subvencion, el negocio, el fraude, ruina crónica y lenta devastacion del linaje humano. ¡Ah! Ese amor desmedido al dinero, que, segun un profundo pensador, constituye la idolatría universal, inspiró sin duda á Proudhon las siguientes frases:

«En medio de este silencio se ha formado una conviccion, una especie de profesion de fé tácita, que en el ánimo de la muchedumbre ocupa el lugar de las antiguas pasiones políticas y sociales, á saber: que de todos los medios de hacer fortuna, el trabajo es el más precario y el ménos ganancioso.»

¿Será verdad? Es necesario probar que nó, aunque cueste una suma de trabajo estéril. Es preciso acabar con los ladrones francos y con los ladrones embozados.

1874.

LAS POTENCIAS DEL ALMA

La memoria, segun la definen los libros, tiene á la vista lo pasado para gobernar con discrecion lo presente y prevenirse para lo futuro y es una parte integral de las virtudes que yacen olvidadas de sábios é ignorantes.

Solemos hacer memoria suponiendo que de esta manera hacemos entendimiento y es lo mas triste y desconsolador, que nuestros recuerdos se cifren en todo aquello que debiera estar olvidado. Se hace memoria para alimento de recriminacion y disputa: raro es el hombre que reserva y disimula las acciones malas de los otros y muchos son, en verdad, los que callan y aparentan desconocer las buenas, como si en confesarlas redundara agravio ó menosprecio para las propias.

Esa ilícita ocultacion de la verdad oscurece la verdad de la moral y del progreso. Con el ejemplo se marcha adelante; derívase de la admiracion la imitacion de los buenos principios en que descansa la probidad de un pueblo y allí donde no se emulan virtudes, es vana toda esperanza de correccion. El cuerpo social como el individual, ne-

cesitan un espejo que reproduzca sus facciones: el rostro aprende en él leyes del tiempo y realidades de la naturaleza, y el trascurso de la vida, enseña que todo empieza donde acaba. Tal vez por esto, el brazo que se levanta borra y destruye la huella que ha de volver á trazar; suceden á las instituciones viejas probadas instituciones; los castillos caen y se fortifican las ciudades; álzanse trincheras y baluartes donde extendian su línea divisoria los muros del cláustro; al feudalismo sustituye el imperio y la dictadura y cuanto el empeño de las nuevas generaciones pretende negar y contradecir, se consolida y restablece á impulso de las evoluciones sociales.

En ódio á la tradicion que perpetua hechos y advierte riesgos de mudanzas, hánse cerrado las páginas de gloria y permanecen abiertas las de luto. Vive en la memoria de los hombres la saña implacable del pecado, y parecen escritos en el agua los preceptos del Decálogo. Ejercítanse las potencias del alma en especulaciones del ingénio. No hay recuerdo de lo que fué y es conocido por lo que existe. La cronología que apuntó las fechas memorables rige condensada en la efeméride de un almanaque pegado á la pared. Una hoja efímera celebra el aniversario de un invento, de una conquista, de un rasgo grandilocuente; en esa página suenan ecos y armonías de la civilizacion.

¿Qué memorias nos quedan? Hablan las que nos dejaron impresas los cronistas; hablan los muertos mejor escuchados que en vida. Repiten los vivos sus hazañas que han de durar lo que dure el ejercicio de su lengua. Sabidores hay de me-

moria que podemos comparar á los mármoles, los cuales ostentan letras, inscripciones y sentencias que ellos no entienden ni perciben. Recopiladores mentales de textos, especies y citas vierten la doctrina que recibieron del manantial; son los *eruditos á la violeta* de Cadhalso, hilos conductores de una ciencia que no les aprovecha por falta de inteligencia y de raciocinio para emplearla en beneficio propio y ménos en comun utilidad. La memoria en tales hombres, suple á las cualidades intelectuales y con el barniz enciclopédico, se deslumbran unos á otros, creciendo así esa falanje de bachilleres que llenan los estrados de corporaciones, jurados, trincas y tribunales de censura. Aquel que se sabe de corrida algo de lo que dijeron los Santos Padres de la Iglesia, pasa por teólogo; arqueólogos y numismáticos son moluscos de ciencia; licenciados que tuercen el derecho válense de él para enderezar las cosas humanas; letrados que saben algo de letras y poco de gramática, son académicos; historiadores de memoria, los hay tambien y todos ellos y otros más, forman jurisprudencia en la gran cátedra social con el concurso de principios de autoridad ajena; pozos de ciencia de un metro de profundidad de donde se extraen palabras, epígrafes, conceptos oscuros y nombres propios, amontonados en discursos pulcramente impresos, en los que no suele resplandecer la ciencia legítima, producto de la instruccion y del talento.

El talento ilustra al mundo, pero no le gobierna; manéjanle los medianos entendimientos y los hombres de memoria. Hombres astutos, traviesos

y sutiles, entes bulliciosos y puerilmente discretos, hombres listos y agradables, son los que hallan cohexiones con la masa comun. Esos que bullen y aparentan; que se anuncian á sí propios en cualquiera acto de la vida; que repiten en tonos y escalas sonantes «aquí estoy:» esos viven en olor de sapiencia, porque á más no alcanza la nariz del vulgo, del vulgo ingobernable formado por talentos mínimos y voluntades tíbias, del vulgo coro del universal sufragio, donosa mentira de esta edad.

Los grandes entendimientos constituyen una raza pasiva que se halla fuera del nivel social; una raza de criterios aislados que trabajan para hacerse entender de gentes superficiales y apenas si logran ser escuchados. El lenguaje de aquellos es rudo y franco; combaten la simulacion y aborrecen todo género de supercheria; son celosos amantes de la verdad y la justicia; dificilmente se acomodan á las condescendencias que allanan la popular aceptacion; penetran en la sustancia de las cosas y suelen descuidar el modo; combaten sin tregua ni descanso la perfidia, el fraude, la apariencia y la mentira; realzan el espíritu y no dan paz al espíritu malévolo; dicen, en fin, lo que sienten y razonan lo que piensan, huyendo de igual manera, de la adulacion y de la vanagloria. Tales circunstancias abultan caracteres vigorosos y talentos independientes: empero, esa viril entereza mirada con envidia y recelo por los espíritus débiles, viene á suceder que se tenga por arte de ostentacion ó de inquinia contra sus semejantes, llegando la nimiedad de la censura hasta suponer que

los hombres sensatos son una turba de dementes incapaces de atencion y hueros de sentido, por declarada malignidad de los ignorantes que brillan á sus espensas.

Téngase por cierto que la verdadera virtud se halla en relacion directa con el verdadero entendimiento: créase que para ser hombre de bien hay mucho adelantado con ser hombre instruido. Sépase de una vez, que como la virtud, la ciencia tiene sus hipócritas, graduados en mundología y aptos para emplear esa tintura de las letras que suplanta el fondo de las doctrinas.

Así adviértese que, al paso que el entendimiento ha originado grandes ideas, no ha creado hombres *importantes*, sino sugetos pacíficos envueltos y abstraidos en la modestia de su saber. Hombres laboriosos que no han sabido brillar á la luz del fósforo, hombres sencillos y demasiado humanos que, mientras sus explotadores dominan con sus voces á la sociedad, ellos la avisan el error, procurando evitar que caiga en el abismo. Hombres que se anticipan al comun pensar, como el centinela que da el alto al enemigo: entendimientos observadores y conspícuos que se paran antes de dictar soluciones, bien al contrario de los doctores de la universal panacea que recetan todos los dias la felicidad y el mundo sigue postrado y enfermo.

El entendimiento conoce, la memoria conserva lo conocido, la voluntad, reina de las potencias del alma, se emplea libremente en hacer y deshacer y debe obrar de concierto con la prudencia. Distinguimos, pues, de entre todas, la voluntad

vírgen, la voluntad que obedece á su primer impulso, la voluntad esclava. Esta voluntad no es secuela del entendimiento: no es producto del pensamiento; no es auxiliar de la razon. De esta voluntad se excluye toda conciencia del deber. Allí donde se enseña á los niños á ser voluntariosos, crecen los jóvenes soberbios y de éstos salen los hombres desengañados.

Por regla general, la voluntad que no se modera y educa, es blanda y dócil al yugo; aunque cuando se anticipa, suele arrastrar á las demás. La perseverancia es cualidad de temperamentos mansos y de mediocres inteligencias; donde hay obstáculos, los salva con terquedad mas que con energia, pues la energia que nace de la ocasion y obra por sistema, no es la que forma carácter; no es la que se hace respetable; no es la apacible y sensata voluntad que se impone por la persuasion. Donde nadie obedece, no hay voluntad posible, no hay mas que confusion y desórden. Del choque contínuo de las voluntades, brota la chispa del incendio de las pasiones: las malas voluntades engendran las guerras domesticas y las guerras civiles, y de la voluntad tarda para la obediencia y repulsiva al trabajo, vienen el ócio y la inercia que consume: de la carencia de voluntad viene la duda y la tibieza de espíritu. Sucédense aquí, con frecuencia, las cosas involuntarias, y así como se copia con mas facilidad que se inventa, en nuestro modo de ser, ejerce marcado influjo la casualidad. Por casualidad se acierta, por casualidad se ponen en uso nuestras dóciles facultades, por casualidad ó por extremo de nece-

sidad, nos acordamos de nosotros mismos. Quede todo para mañana, y mañana en España es nunca, como dijo un poeta.

Y si de la voluntad individual pasamos á la colectiva, infaustas experiencias nos dicen que las voluntades nada concilian ni establecen, que las divisiones y los enconos son cada vez más hondos, y que la aspiracion de un hombre ilustre en los fastos de la guerra, de que se cumpliera la voluntad nacional, ni se ha logrado todavía ni se sabe á ciencia cierta, tal voluntad cuál es.

Será, en suma, la decrepitud del alma, vicio de los hombres y no de los tiempos; será verdad el dicho de Séneca: *Hominum sunt ista, non temporum;* será una en todos los siglos, la naturaleza humana; pero por arraigado que esté el mal, no ha de negarse al ánimo esforzado el honor de combatirle.

1872.

EL VAPOR

Seduce la mágia de este dón característico del siglo XIX, de este poderoso agente que, segun los sábios, asegura el imperio del hombre sobre el globo. Wrouski vió en él un nuevo y benéfico designio de la naturaleza; y desde Arquímides á Papin, y desde Papin á Fúlton, el vapor ha señalado una série no interrumpida de progresos que asombran á la humanidad.

Lindo modo seria este de dar comienzo á una investigacion científica sobre las aplicaciones del flúido, de la atmósfera y del magnetismo á la invencion del vapor; pero la rudeza del vulgar discurso no alcanza á sondear misterios de la naturaleza, ni resolver este linaje de problemas y sólo observa que si en el mundo físico que ciertamente marcha, ha arraigado el dominio humano, la impaciencia del hombre le precipita por la pendiente del error moral é intelectual.

De prisa andamos sin saber á dónde. El pensamiento deserta del cerebro; los piés corren tras él, la conciencia vuela, el vapor nos impele y envuelve. El tiempo trascurre sin límite ni medida;

corremos, volamos para no llegar tarde y nunca acabamos de llegar. Ansia febril nos devora y con el afan de mirar adelante, cruzamos el desierto de la vida sin ver clara la luz. El vapor representa ese túrbido anhelo de felicidad, esa codicia amarga del bien imaginario que tanto más se aleja cuanto á él queremos acercarnos. Entre utópias, negaciones y veleidades del ánimo, soñamos con el mañana, renegamos del ayer y aborrecemos el hoy. Hemos improvisado una historia con desperdicios de costumbres, sobre las cuales lanza el siglo su anatema; empero esas costumbres nos imponen el yugo de su ley; la herencia es forzosa y no podemos renunciarla.

Vida íntima, gozos interiores, paz del espíritu, sombras vagas de recintos oscuros, cierran el oido al universal rumor de las conquistas modernas. Extremécese el alma al eco pavoroso de las guerras, al rumor de fraternales y encendidos ódios; en el alma palpita aún el latido de fé, amor y caridad; en ella va despacio el temor de los males y se apresura el remedio de los bienes; en ella son llevadas con paciencia las cosas temporales y esperadas con calma y resignacion las eternas. Esta alma es de aquellas cuya genealogía resplandece en olvidados textos; de aquellas almas inmutables que así en placeres como en pesares, en los trabajos como en los descansos, en las honras como en las deshonras y ante el fiero espectáculo de la ambicion y del dolor, levantan cabeza y erguidas avanzan por el camino de la redencion y del progreso de la verdad. Empújaselas, y se detienen á considerar el peligro de la caida; se las quiere ar-

rastrar y su peso específico evita el impulso del vapor. Mas en la vida íntima, en el mundo apartado, tambien se corre: fermentan las pasiones en la gran caldera social y pueblan la atmósfera gotas y moléculas de ella desprendidas. El vapor empaña á los pueblos nuevos, como su ambiente agosta á las flores; apenas nacidos, quieren gozar; apenas ascienden, se cansan; á los primeros pasos suelen resbalarse y caer en el paroxismo ó en la muerte. Van deprisa hambrientos de favores é hidrópicos del mañana; corren desbocados y ya no saben volver.

Vida pública, engrandecimiento, oropel, farsa; verdes cañas que alegran la vista y no persuaden al corazon, cañas vacías; vedlas cómo se agitan, cómo se doblan, cómo se mueven al soplo de la vanidad. Los haberes corruptibles de la tierra las alimentan; para ellos crecen, se ufanan y pretenden tocar las nubes; su ruido se asemeja al de la locomocion humana. En la vida de las miserias, favores é ingratitudes, van en revuelto tropel avaricia y desengaño, cálculo y desvergüenza, envidia y ruindad. Se puede poco en la vida del poder, porque se puede muy deprisa y lo que hace la osadía, la intriga lo deshace. En esa vida no se piensa ni medita; la vaporosa opinion del vulgo exige que todo se haga sin pensar. Su criterio es este: «hágase pronto lo que sea,» es decir, «hágase la nada» y rodemos presurosos á su abismo. El empirismo gobierna porque su accion es breve; el desgobierno es la obra del dia y la organizacion de un país desorganizado, la empresa de un siglo que no es el nuestro. Los pueblos saludan á las

revoluciones con jubilosos extremos, pero es porque las ven pasar pronto; lo que de ellas queda lo aprovechan, no sin mirarlo con recelo. Los hombres que viven de la admiracion pública y del entusiasta aplauso de estos tiempos, son chispas eléctricas, fuego fátuo, relámpagos fugaces, estrellas corridas, cuyo rastro desaparece á la vista. Así se les juzga, así se les comprende, así se les soporta y cuando no escriben sus hazañas en piedra, el tiempo injuria sus hechos con la misma facilidad que ellos emplearon en abultarlos.

¿No advertís cómo pasan, se estrellan y oscurecen? ¿No veis cuál se disipan entre las nieblas del vapor que los creó? Con ellos caen sus teorías, leyes y sistemas: con ellos la ciencia del Estado, escrita en taquigrafía para mayor prontitud; la ciencia hablada y no practicada; la ciencia y el consejo, ménos durable que el rastro *velocipedista*, trazado por los atropelladores. En los rails de la política toda ilusion resbala, las gerarquías pasan, el hierro se gasta y los trenes descarrilan. Mandar es imponerse, en castigo, la obediencia al porvenir: el poder es la obra de un minuto; rayo el imperio que no se alza en hombros de la opinion.

La ciencia es ciencia abreviada de extracto y revista, ciencia en compendio. Con un baño de ciencia se galvaniza un sábio; con una tintura de ilustracion se acredita un libro; con humo de oro se dora la ciencia de hacer pobres; el barro sobredorado produce estátuas y monumentos de gloria. Y es que la falsificacion, que la suplantacion de la legitimidad todo lo invade; así lo material como lo inmaterial, la cosa tangible como la concepcion

abstrusa, un billete de Banco como una buena accion; la virtud, como la moneda corriente; las ideas, como las coronas. Se falsifica el saber y se acepta en el mercado de las letras y de las artes como bueno. ¿Y por qué? Porque la crítica no pasa de la superficie del papel, así como las letras no pasan de la superficie de la imprenta, ni la exposicion de un principio fecundo pasa de los lábios, ni la ciencia pasa del cláustro, ni la gobernacion de la *Gaceta*, ni la verdad del dominio de la mentira; porque al apresurado y errante siglo XIX se le impide ver más allá del horizonte inflamado con la fulsomania ó fama rauda del vapor.

El vapor ha creado espejismos y auroras boreales en cosas é ideas. El nos trasporta á esos mundos encantados y optimistas donde la imaginacion suple al talento, donde una ráfaga casual simula al disco el sol; donde se sueña, donde se finge, donde se deslumbra con el brillo del insecto nocturno. El nos ha enseñado la meta que describen espíritu insaciable, voluntad terca y empeño vano de ir más allá de lo posible. El regula las horas, que se nos antojan siglos cuando en pos de sí no dejan alguna liviana satisfaccion, cuando no halagan el amor propio, cuando no se aderezan con galas de color de rosa, cuando pasan tranquilas sin un suceso nuevo, sin un crímen que referir, ó una historia envenenada que contar. Vivimos de impresiones momentáneas, de emociones fuertes; nos nutrimos de salsas picantes y la exaltada fantasía inventa absurdos y certifica hechos legendarios y propios de los héroes de la caballería andante. Somos, en fin, trasmigracion del

génio aventurero, que enristra lanza y desface entuertos, cabalgando en locomotora y alborotando al mundo con sin igual lamento.

Dejadle correr, y síganle en impetuosa carrera legiones de soberbios, hordas de mendigos y turbas de holgazanes. De tan gallarda y feliz manera llegaremos todos á un tiempo, al bello ideal de aquesta vida. Rico será el pobre que más corra, privilegiado en mercedes el que ménos sienta, sábio el que ménos discurra y feliz el que más se aproveche de los despojos de la huida. El viento huracanado de la tierra siega las tiernas plantas y hermosea con su vaiven las altas cañas huecas. El hombre que no sepa rodar no avanzará; el que no meta ruido pasará ignorado; el que no tenga piés renuncie á la esperanza del futuro, aunque ande de cabeza.

La tijera, la espada, la pluma de acero, el cañon rayado y la coraza, símbolos son de la movible civilizacion contemporánea; cortad, herid, calumniad, destruid *al vapor;* no os pareis, no observeis, que sin razonar, creer, sentir, ni estudiar, se llega pronto si se va á galope; el medio es seguro, el campo ancho; corred, aunque os caigais muertos.

1874.

EL ENEMIGO

Dad al diablo lo que es del diablo y á la flaqueza humana lo que le es peculiar. Aquel inspira el mal y esta alimenta los rencores de la tierra, de entre los cuales levántase como el más imperioso de todos, el rencor que contra sí mismo esgrime el hombre. Este vive labrando su desventura y como la mariposa, se agita en torno de la luz que ha de quemarle las alas, cuando no las construye de cera pretendiendo en vano remontarse hasta el sol. El hombre ávido de gloria se envilece cobarde; sediento de oro se materializa y desde el alto trípode de su engrandecimiento, pequeño y débil se descubriera si llegara á mirarse con piedad y no con ojos de lisonja. Todos somos esclavos de la mentira y de la verdad defraudadores; todos presumidos, ciegos, ilusos; todos vagamos entre las nieblas del infinito, como los átomos vagan en la atmósfera. Ayer se privó de la vida un pobre; hoy se envilece un rico; lo mismo hacen los sábios que los ignorantes; de igual manera sucumben los débiles que los fuertes; así caen los que no aman ni

esperan; los trofeos y las coronas, como las hojas secas autumnales; las vanidades como las pompas de jabon; así es vencido el hombre por el hombre, su enemigo natural é implacable.

Hay muerte de hastío y desengaño; de ira; de esperanzas malogradas; de frio del alma; de miedo al mundo y á nosotros mismos; de impaciencia por llegar antes al término señalado; muerte de juventud decrépita y de vejez anticipada. Estamos ¡ay! cercados, asidos, estrechados por el destino; ninguna cosa nos sirve ni aprovecha, ni podemos vivir sino con los despojos de la naturaleza y cuando invocamos sus derechos para atentar contra nuestra existencia, pensamos que los males acaban con la muerte, juzgando antemural contra la justicia eterna la losa del sepulcro. Cuando creemos que la materia inerte es la que sufre y que para dar descanso al alma basta el arma homicida; cuando concentramos en el alma nuestro agudo dolor, patentizamos el error de filósofos antiguos y modernos empeñados en demostrar lo indemostrable; que la existencia no es nada á los ojos de la razon. ¡Ah! si esto fuera así, ¿qué le quedaria al materialista cuya vida no tiene más allá y tras cuya muerte nada espera?

Principio es el tal que invade la sociedad é intenta socavar sus cimientos. Vivir para sufrir es locura, dijo Séneca, mas el Areópago ateniense condenó en el suicidio la mayor degradacion de la dignidad humana; Tebas arrojó ignominiosamente á las llamas el cuerpo del suicida y las teologías de todas las edades y los códigos de todos los tiempos, condenan un crímen que ultraja de igual

modo á la moral, á la religion y á la naturaleza.

El enemigo de sí mismo que admita el castigo lento, puede matarse y vivir á la vez, saboreando el placer de su propia venganza. Duelo pone en el corazon la bruma del desierto y no ha menester el alma para abismarse, que la empuje el plomo, el tósigo ó el acero del crímen. Basta á su propósito de perder la sensibilidad, la lucha incesante, el ánsia fiera, las breves mudanzas, los peligros, los temores, las turbaciones, las miserias dulces y las amargas realidades.

Muerte es saber que no hay deseo logrado ni dicha completa; que el persuadir está cada vez más lejano del anhelar; que una duda pequeña levante un poder más grande que la voluntad. Ver que se corre y no se llega; que se habla y no se escucha; que se escribe y no se lee; que se enseña y no se aprende. Muerte es sentir la agonía de aquellos hermosos trasportes, de aquellas grandes pasiones que ennoblecieron el alma. Muerte es la miscelánea de sucesos contemporáneos que cada dia anuncian un nuevo gérmen de division ó lucha; la historia que cada hora registra una página de sangre. Muerte es vivir donde todo se desune ó fenece.

¿Qué honras son estas tan perecederas y deleznables que en un instante pasan? ¿Habrá peor muerte que sentir la ambicion, el desencanto de la fantasía, la envidia, el ódio, la deshonra y la injusticia? Antes que con la pena eterna se padece con el sacrificio de la existencia moral, con el castigo de la vida material, con la muerte sombría de cuanto nos halaga, sonríe y recrea.

Enemigos de sí son los hombres de la prosperidad á quienes el cálculo perturba y la ambicion arrastra; cuanto más reciben más quitan; cuanto más logran ménos disfrutan. Esa voracidad sin límites los enerva para el bien; someten sus acciones á la tabla de multiplicar, reducen á guarismos los sentimientos más puros, improvisan cábalas y van elaborando su felicidad con la ruina ajena. Para ellos no ganar es perder. Zánganos de la colmena del trabajo, explótanla y se nutren de adulacion pero no de amor; de riquezas pero no de honras; de favores pero rara vez de merecimientos. Allá van estos hidrópicos á donde la fortuna quiere llevarlos y, cuando volviendo en sí, ajustan la cuenta de lo perdido y ganado, advierten que les sobra capital y que les falta justificacion, sin que al morir un rico de esta laña se vea libre del juicio público que exclama: «¡Dios haya perdonado al pobre!»

«El hombre hace lo que puede, y la fortuna lo que quiere.» Este era el mote del rey de los lacedemonios y esta la máxima que aprovecha á los que emprenden las aventuras del poder. Este poder—entendámonos—no es el de la conquista de las armas, ni el de los linajes, ni el de la ciencia; este poder es el de la vanagloria que tiene asiento y medida en la casualidad y que más alto se encumbra cuanto es más leve la nube de humo que le sostiene. Envueltos en ese humo asfixiante, suben nombres oscuros, estirpes nuevas, entidades rústicas, que como dice Cervantes, empezaron grandes y acabaron en punta y en nonada. Ingenios plebeyos, figuras de forma campanuda, pró-

ceres y dignatarios cebados con el viento de la jactancia; unos á otros dánse la mano para empingorotarse y luego descansar sobre blanduras y el que antes toca á la cucaña y habla récio y en son de adelantado en la partida, va aupando á los más, y todos ya reunidos y ayudándose en la recluta de mercedes, póstranse ante el que los redimió de su llaneza, le festejan, encomian y aparejan con el dictado de varon fuerte y animoso, en tanto que el gran diestro tapa á todos la boca con el más sabroso manjar de la alacena. Es caso peregrino y refaccion muy digna de contarse, aquella en que se destapa el condimento y en ménos de un jesus desaparece. Todos los agrupados en mérito de adhesion comun á sus personas, reparten favores á los que vienen detrás refunfuñando por no haber subido los primeros. Cobran soldada y ánimo de volverla á cobrar los que se han incautado de la viña y el regocijo de la trinca se extiende á deudos, allegados y compadres, no quedando títere sin cabeza, ni deseo fallido, ni malograda vanidad, ni apetito que deje de holgarse de haber sido satisfecho.

Juntos y erguidos van por el calvario de estas glorias, los miembros de la familia soberana; juntos y despidiendo olor á incienso y tomillo, avisan al curioso y enseñan al inadvertido, que es efímero el reinado de la vida y que la ostentacion de sus aumentos recuerda el breve espacio que media entre la dorada cuna y la terrena sepultura. Empero el enemigo de sí mismo que juzga de las cosas grandes por livianas satisfacciones del amor propio, empéñase en esta lucha del ser y del no

ser, con vulgar denuedo y afan perseverante, y en tan menguada tarea, le imitan hombres de diversas condiciones, estados y fisonomías y así hallamos en los ásperos senderos de esta inquieta generacion, daños mil provenientes del desacierto en el obrar y del criterio extraviado de aquellos que, sin conciencia de sus actos, labran su menosprecio ó dañan sus intereses, hasta extremo tal, que no parece sino que todo su conato se cifra en perjudicarse y empequeñecerse.

De estos hombres se sabe que nada les satisface y contenta, perturbando su ánimo y prudencia accidentes de la vida, ya favorables ó adversos, pues estos suelen mirarlos como castigo y aquellos como merced. La fortuna hace infelices á los que lo son de propia naturaleza; á los que en sí llevan su mayor enemistad; á los que con nada conciertan, ni se acomodan á ningun linaje de satisfacciones; á los que ruedan y descarrilan de igual suerte con el carro de la fortuna ó con el de los muertos; á los que estando ahitos de glorias perecen de hambre de adversidad. Almas enfermas, gastados paladares, espíritus turbulentos, cráneos volcanizados; aduladores de sí mismos, que tienen un microscopio para ver en él, abultadas sus acciones.

De pobreza á riqueza y vice-versa sólo hay un paso; la una porque quita gustos y la otra porque niega los medios de satisfacerlos. Así el enemigo habla en el hombre pidiendo lo contrario de lo que posee. Cambio de oficio y ejercicio del que no aprendió; achaques para la salud y mudanza de tiempo, sea este bueno ó malo. Cualquier temperatura le daña tanto como el partido que gobier-

na. Si llueve, si truena, ó si hace calor se queja; si el cielo se nubla le quiere despejado; si el sol sale se pone cara á la sombra. Pinta la libertad cargada de cadenas y llora desdichas del esclavo. Los blandos clamores del deleite le seducen; las honras le hinchan; sube como el globo por falta de peso y al verse arriba se asusta pensando de que lado ha de caer. Busca, en fin, el enemigo para sí, todo aquello que más le ha de perjudicar ó envilecer.

Médicos hay que propalan la nulidad de la ciencia y la confirman con sus juicios y diagnósticos; como hay letrados que en vez de la suya, defienden la parte contraria: políticos que yerran practicando doctrinas que siempre combatieron: oradores y tribunos que no despliegan el labio más que para injuriarse: literatos cuya reputacion de entendidos justifica su silencio y que cuando escriben protestan sin saberlo de la fama de su nombre: críticos que para persuadir enseñan el látigo y que alardeando cultura, hablan de hundir en el cieno á la que califican de turba multa de ignorantes: industriales que arma en mano, forman núcleo el dia de la asonada y que aconsejan la paz en que descansa el fomento de la industria: mantenedores del órden que se revuelven contra el que manda: artistas que truecan por el pincel la brocha ó el carbon, en desagravio de las artes: obreros que acreditan su derecho al trabajo y la inmunidad del libre albedrío, predicando y exigiendo la huelga de sus hermanos: cerebros extraviados y trastornadores del vulgar sentido, que aumentan la confusion de nuestros tiempos y la division de

nuestra raza: locos como aquel que, para espantarse las moscas, cortóse con la izquierda la mano derecha; hombres, en fin, que no aprendieron ó han olvidado la máxima del templo de Delfos «conócete á tí mismo.»

1874.

LAS CIRCUNSTANCIAS

Triste y ridículo es el legado de las circunstancias. Desde que la política ácre y menuda invade el suelo español; desde que hay partidarios que no conocen su partido; desde que blancos y negros, rojos y violados, pónense de oro y azul por un «quítame allá esas credenciales;» desde que el exclusivismo domina á gobernantes y gobernados; desde que el juego del quita y pon sustituyó al de las instituciones; desde que en esta baraja de ases turba la espada con el basto y el oro con la copa, las circunstancias vienen sustentando una multiplicidad de rutinas, reflejo del espíritu mezquino que las dictó.

Las circunstancias no saben crear ni consolidar otro estado que el absurdo. Unas á otras se parecen y todas aborrecen á sus predecesoras; las de ayer son enemigas acérrimas de las de hoy, y estas forzosamente han de serlo de las de mañana. Para ellas son letra muerta respetos sociales y deberes mútuos: á su influjo y en su nombre justifícanse acerbas represalias: sus veleidades atropellan costumbres; sus rencores son ariete

constante y catapulca del derecho; su imperioso brazo destruye incontinenti todo cuanto edificaron otro brazo y otro pensamiento.

Las circunstancias aconsejaron siempre medidas extremas y actos violentos; la envidia, obediente á sus mandatos, cebóse en tercas y prolongadas enemistades; los partidos afilaron sus armas en la piedra de toque del escándalo; los antagonismos crecieron entre el estruendo de las armas producido por el vértigo de la tribuna ó la intemperancia de la prensa; las bellas teorías cedieron el campo á los denuestos y voces de asonada; gritóse «¡viva!» y en vez de una idea se entronizó á un hombre; las turbas bramaron «¡muera!» y derribaron un ídolo para sustituirle con otro; y en tales convulsiones y escaramuzas populares, cayeron doctrinas y se levantaron codicias; alzáronse los ódios y sucumbieron los dogmas.

Bajo la capa de un cielo nebuloso, camina sin brújula la nave del Estado sobre la superficie alborotada. Las circunstancias impiden que se discuta y razone; las circunstancias, funestas para el bien, suspenden el ejercicio del entendimiento y abren las presas de la barbarie. Las masas vulgares, entonces no discurren; obran impulsadas por el instinto destructor; caminan ciegas á la venganza y no ven el fondo del mar que las agita, sino un enemigo en cada objeto tangible, un estorbo en cada piedra, una ofensa en cada recuerdo del pasado, un motivo de recelo en cada inscripcion y de enojo en cada nombre que ha salido de la oscuridad. En ella vivir suelen contradiciendo el sueño de un mundo aderezado con las galas de la

perfeccion humana, y entre las multitudes vegetan refractarios de la estética y materialistas del negocio, los especuladores de ideas, que caminan á tientas tropezando y cayendo y derribando los símbolos de la historia.

Hay circunstancias en que se niega la fé, proscríbese la moral y la religion se escarnece. El alma errante en el desierto de la duda vaga á merced de la hermosa utopia del libre albedrío, y aquella diosa razon, producto de cerebros delirantes, deslumbra la mente enferma, y precipita el alma al abismo. El incrédulo triunfa y las lámparas oscilan en el templo que ha de servir de cuartel: profánase el sagrado como antes se ha profanado el hogar; los siervos del fanatismo juzgan, en su estrecho criterio, que para regenerar es preciso sembrar de ruinas la tierra: la piqueta demoledora destruye el altar, horada el hierro la roca del baluarte, ceden las murallas protectoras que luego hay que reedificar para defenderse del que las arrasó. Socávanse los cimientos que empezaba á construir el vencido régimen : no hay torres que se derrumben, porque apenas si quedaban en pié. El obrero teje y desteje la tela de Penélope de las circunstancias, y estas obligan al poder á sancionar caprichosos desvaríos y terquedades de la plebe.

Las circunstancias, de tiempos no remotos, suprimieron sedas y piedras preciosas, telas y gualdrapas, lechuguillas y guarniciones, puños y manteos y cuellos y valonas. Las circunstancias restringieron el uso de adornos y carrozas, de coletas y zarcillos, y con su tijera inexorable cortáronse capas, galgas y bigotes.

El espíritu inquieto é innovador de los hombres superficiales que buscan en la forma exterior la resolucion de los más árduos problemas, ha creado despues circunstancias graves, difíciles y azarosas, exigentes por extremo y fautoras de desmanes y empresas en las cuales dominó el sistema reformista. La observacion más perspícua se pierde en un dédalo de nimiedades y de actos de detalle que revelan pequeñez de miras, pueril intemperancia y resabios de escuela, cuya tenacidad en vano han combatido los criterios sensatos.

Las circunstancias, en sus diversas manifestaciones, han adoptado los colores del arco íris. Ni respetaron siquiera las del pabellon que á todos nos cobija: la bandera cambió, cambió el escudo, los lemas cambiaron, y mudáronse los nombres sin mudarse las cosas. Los nombres han alimentado la funesta preocupacion nacional. Modestas, pero antiguas y respetables instituciones, perdieron sus nombres: mudaron los suyos los partidos y la manía de la innovacion se ensañó en los pueblos, los barrios y las calles. A cada revolucion ó cambio de Gobierno, descendian un escalon las doctrinas y se elevaba la personalidad que representa hoy el progreso de nuestra raza, subdividida hasta el infinito y clasificada de dos maneras; esto es, raza de perseguidos y de perseguidores. Cuando suben los unos borran los nombres de los otros y estos á su vez los de aquellos, justificándose así la donosa frase de fray Gerundio, de que este es el país de los vice-versas.

De ciertos políticos no se sabria ni cómo se llaman, á no bautizarles las circunstancias: nombres

ayer oscuros y que mañana se escriben en las esquinas por gracia especial del comun ó de sus administradores más celosos del nombre ajeno que del propio. Cuando por acaso los rótulos se borran, húndense en el polvo estas genealogías. Los alcaldes huyen despavoridos al anuncio de los corregidores; juegan al escondite diputados provinciales y consejeros, ciudadanos y cortesanos. Entran turbas y salen camarillas, pega la porra y corre el látigo: la asociacion cierra los conventos y abre los clubs, la igualdad fuerza á los voluntarios y abre el siglo á las piadosas mujeres consagradas al claustro. ¿Y dónde nos dejamos la activa reforma municipal? Ella funda en el viento sociedades cooperativas para mejorar la condicion del proletariado, asociaciones de tiro que no dan en el blanco, colonias de obreros con casitas de las cuales se deben hacer propietarios; ferro-carriles urbanos y plantaciones y parques de follaje que siempre están verdes, y lo que es más consolador todavía, una hermosa *Necrópolis* cuyas calles principales se llamarán de la *Reforma*, de *Jerusalen*, de la *Meca* y de la *Humanidad*, con el propósito de que en un espacio de tres millones de metros cuadrados, reposen juntos iguales y tranquilos, un millon de cadáveres católicos, protestantes, israelitas y mahometanos.

La municipalidad, dócil al servicio de las circunstancias, remueve las estátuas agrupadas de Daoiz y Velarde, trasportándolas al centro de un camino; subió á Mendizabal en la plaza del Progreso y no le ha bajado todavía; acorraló y acaba de volver á su pedestal de la Plaza Mayor, á don

Felipe III, y en cubrir y en descubrir, colgar y descolgar lápidas reales, constitucionales y representativas de diferentes sistemas, hánse invertido mucho tiempo y muchas pesetas durante las épocas de 1812, 1814, 1822, 1833, 1840, 1843, 1854, 1869 y 1873, y otras que como estas, señalan eras ominosas, períodos de luz y frecuentes cambiazos que han traido y llevado á este país constantemente envuelto en los pañales de la prosperidad, de la grandeza y del honor.

Pesado yugo el de las circunstancias impuesto á los poderes, aunque más que otro período haya servido el que corre, para ahogar el grito de la razon. Ese yugo creado por las manías políticas y sociales subsiste cada dia con más fuerza; la pasion extravía al hombre y le vicia en extremos de crueldad. El ideal de los partidos no resplandece en la elevada region de la ciencia y del derecho, sino que se ejercita en la represalia. Las aberraciones del espíritu nacen de la ignorancia de que es fruto tambien, el exclusivismo. Con tan contradictorios elementos se proclama la union y se intenta asentar la fuerza, pero sus armas hieren el cuerpo, lejos de sanarle del virus ponzoñoso que le corroe. El mal está alto y se apela á bajos remedios; profunda es la dolencia moral y la medicina no pasa de la epidermis.

Los grandes y benéficos principios modernos, se ciernen entre utopias; cúbrese la filosofía con el manto del sofisma; el error es la planta que fecundiza el suelo; en suma, queremos volar y apenas si andamos; queremos hablar y nuestras obras ahogan las palabras; queremos tomar puesto en el

concierto universal y nuestras circunstancias anublan el horizonte del porvenir.

¡Malditas circunstancias! Funestos granos de arena que levantan montañas de roca. Mares de espuma cuyas olas nos envuelven. Imperio infeliz de la discordia: no habrá brillo para tu sol, ni estrellas para tu cielo, ni gloria para tus armas, ni aplauso para tus letras, ni fama para tus conquistas, si no resuelves el árduo problema del trabajo, paz y nacionalidad; si no levantas estátuas en vez de derribarlas; si no escribes tu lema en plancha de oro con punta de diamante para que no se borre jamás; si no edificas con piedra; si no legislas con arte; si no instituyes con fé. Nó, no verás lucir dia próspero, ni eternizarás tu nombre, si no sustituyes el hecho arbitrario con el derecho de la justicia.

1874.

LA FRATERNIDAD

Por más que se estudie la época presente, nunca será bien descrita: su rasgo más característico es la variedad dentro de la negacion; sus atributos, el cañon y la piqueta; sus fórmulas, la protesta hablada, la protesta escrita, la protesta en accion.

¿Cómo explicar lo indefinible y absurdo? La vaguedad superficial no cabe donde se agita el fondo de este mar preñado de tempestades; no cabe tomar á risa lo que hiere el alma de la sociedad; no es posible ser poeta, es necesario ser filósofo.

Pero bien pensado, ¿á qué fin puede aspirar el nuevo Jeremías que se lamente de nuestros males, postrado sobre ruinas? ¿Estos rudos entuertos que nos abaten, podrán desfacerse con la punzante ironía de una pluma mal cortada? ¿Seremos redimidos por medio de una docena de cuartillas cargadas de sales áticas? ¿Podrá templarse el encono de las pasiones bastardas que nos devoran, predicando el santo mandamiento que prescribe amar al prójimo, ó la obra de misericordia que perdona las injurias? ¿Qué valdrá una exígua dósis de humanas teorías cuando la práctica siembra el terror,

la division, el encono y la lucha? ¿Hará la paz el que persuada? ¿Encauzará esta corriente impetuosa la razon serena? Esta es una de las dudas más amargas.

Sólo habria un recurso de salvacion, y es la moral; pero la moral que no restringe las acciones de los hombres; que atropella el derecho por exceso del derecho mismo; que rompe el lazo de los respetos sociales; que se cubre con el manto de la anarquía; que se doblega á la fuerza inculta, esa no es la moral cristiana, es la moral acomodaticia de falsos teologistas, es el cálculo de especuladores que ejercen su tráfico auxiliados del raciocinio vulgar.

Si el pueblo no ha aprendido que su mayor error consiste en juzgarse señor de sí mismo; si no discurre que los dominadores no pueden brotar de la ignorancia, madre de esclavos; si gime atado al carro de la fortuna; si le exalta la utopia; si su libre albedrío doblégase á un poder superior que, sea cual fuere, siempre ha de parecerse á la tiranía, ¿para qué invocar la fraternidad que no se practica?

Fraternidad, palabra hermosa y vana; cebo de incautos; virtud con que se disfraza el egoismo; sentimiento que mantiene alianzas del bien con el mal. Donde este no se sabe discernir, tendrá que haber dependencia, servilismo que se ajuste á la voluntad ajena. Dad un carácter débil y se os devolverá un malvado; cualquier brazo de hierro obedece á su mecanismo impulsor.

Decantada fraternidad, égida del amor de los hombres, todos hermanos, todos unos, todos igua-

les. Cristo nos mostró la senda del mútuo deber; el pecado original sembró en ella el primer abrojo; Cain la interceptó con el cuerpo de Abel; desde entonces..... ¡Ah! desde entonces es inmenso el paréntesis abierto por la envidia y su asechanza. Hermanos de secta, hermanos de sangre, hermanos bastardos, hermanos de la raza de Cain.

En nombre de la fraternidad humana, las guerras del mundo han sacrificado, en espacio de veinte años, dos millones quinientas mil almas; precioso dato para la historia de la regeneracion social. Emblema de la civilizacion, los estados y colonias, centinelas avanzados de la muerte, ríndenla un permanente tributo. Donde no se pelea se afila el arma homicida. La fraternidad que no se subleva disfama, conspira ó desobedece; el don de la obediencia es síntoma de pueblos viriles donde no caben falacias íntimas, ni caractéres exaltados.

Todos somos más que el hermano; todos valemos más que el hermano; todos pretendemos que el hermano se nos subordine. La asociacion calumnia; la amistad ahoga con su abrazo; la fraternidad de la víspera del triunfo, sirve para que el hermano merezca á costa del hermano; la del dia de la victoria para que se disputen salarios y trofeos.

Ni siquiera nos une el espíritu conservador de la desgracia. La adversidad espolea el hambre de dominio. No hay hermanos subalternos; todos son primeros actores, todos jefes, todos ejercen autoridad. Los grados se ganan fácilmente; el manejo de la espada los decide, y surgen amos y

señores de la nada, y créanse héroes y titanes al minuto. ¡Siempre los mismos humos y las mismas chimeneas!

Examinadas las costumbres, la vida interior de las clases constituidas en familia, observémos la fraternidad en los gremios, en la industria y en la banca. Enemigos los hermanos de un oficio, pugnando por arruinarse los especuladores; la cábala fraguando siempre el engaño: el negocio agostando las afecciones más nobles; el mezquino interés, la hidra del hurto despedazando á la sociedad. El vampiro que extrae la esencia de un cadáver; el cuervo que se nutre de los desperdicios de la muerte, no son tan voraces como los hermanos que chupan su misma sangre.

En torno del tapete tambien se ostenta dolorosamente tranquila la fraternidad. El *gancho* ha conducido allí á su hermano para recrearse en su suerte, como el que cae soldado y con ardides se libra, lleva á perder la vida al suplente.

Y en álas del progreso y la fraternidad, ¿no va el hermano á los toros á presenciar aquella homicida lucha? ¿No ve en ella sucumbir á un semejante entre el ardor del fraternal entusiasmo? Débilmente impresionado por aquel humano suceso, pretende cubrirse el rostro con el pañuelo, va á buscarle, y el pañuelo ha desaparecido, merced á otro acto de fraternidad por el cual se demuestra el nivelador axioma de que no hay nada de nadie, ni tuyo ni mio, sino que *todo es nuestro*. En esta proporcion todo muda de domicilio y se reparte en beneficio de la hermandad, y hay escuela de *tomadores*, donde tiernos niños aprenden ese ofi-

cio lucrativo, y centros de mancomunidad, donde puede acudir en queja cualquier indivíduo que se halle poco conforme con tales fraternas.

Trátase de recuperar un reloj, recuerdo de familia y que sin duda no era ménos estimado para aquel que le escamoteó, por formar parte de la gran familia humana. Llega su dueño á la mansion de Caco, y dirigiéndose á un hermano viejo, entáblase el diálogo siguiente:

—Me han quitado el reloj.

—Es natural; le haria falta á otro.

—Quisiera que vuelva á mi poder.

—Tambien eso es natural. ¿Cuándo le perdió usted?

—Ayer.

—Ayer yo *no trabajé*. ¿Y dónde?

—En el Prado.

—El jefe de ese distrito está malo y trabaja por él un intruso que no quiere devolver nada *de lo que gana*. ¿A qué hora fué?

—Al oscurecer.

—A esa hora se oscurece todo.

—¿Y qué haremos?

—Buscar una recomendacion para ese maula, que quiere vivir á costa de *nuestro sudor*.

—¿Asiste á esta reunion?

—No se le admite: aquí todos somos personas decentes.

—¿Y quién conocerá á ese sugeto?

—El es amigo de todo el mundo y dice que no ha querido un empleo por no abandonar el *arte*.

—¿Qué arte?

—El nuestro. No crea V. que es fácil: se necesi-

ta mucho estudio para llegar á ser un buen *tomador*. Tenemos clases fomentadoras donde se aprende á extraer desde un alfiler ó un pañuelo, hasta un millon ó más.

—Todo eso es bueno, pero mi reloj no parece.

—Consistirá en lo que V. deje por el hallazgo.

—Su valor.

—Es poco. Si da V. el duplo, yo le rescataré.

—¡Oh, fortuna! ¡Oh, moralidad! Juzgábase perdida para siempre aquella alhaja y por un acto magnánimo del hermano tomador volverá á poder de su dueño mediante el doble de lo que vale. ¡Hermosa sociedad la que fortalece sus vínculos con apretados nudos corredizos! ¡Bendita fraternidad, sin la cual no volveríamos á ver nunca nuestros relojes!

Fraternidad preciosa: tú sonríes al padre que reconoce en su hermano al raptor de su hija; á la mujer cuando una amiga la clava el dardo de la calumnia: tu ropaje engalana á los negociadores de honras, atentos á acrecentar la suya en perjuicio de la ajena. Buscas reparacion á tus agravios en la conciencia de un juez recto, de un magistrado paternal, sin advertir que su silueta puede parecerse á la de un escribano conculcador del Código. Diríase que un ente tal no pertenece á la gran familia humana; error: los escribanos tambien son hermanos nuestros; hermanos como los médicos, que nos sentencian por medio de una receta; como los cirujanos, que nos aplican el cauterio y como los verdugos, que nos ejecutan, sin haber sido condenados á muerte.

¡Ah! Quien descubra la huella de la fraterni-

dad en las heridas que las manos benéficas producen en la sociedad, así como en los árboles indefensos ó en el amor con que el arriero derrenga á palos á su asno; quien la vea resplandecer en la lengua del maldiciente parecida al látigo del esclavo, no podrá ménos de pensar si entre el vaiven del universal afecto que las criaturas nos profesamos, brotará un lauro para la fraternidad moral en la estadística del vicio. Léanse anuncios de tribunales y juzgados, que denuncian agio, malversacion y estafa y llenan las cuatro caras del *Diario Oficial de Avisos;* apúntese la proporcion creciente de cerca de la mitad, entre los hijos naturales y legítimos; obsérvese el incremento de la mancebía, que mina los cimientos del matrimonio; y para fin y coronamiento de la gran obra civilizadora, la huelga y asociacion tenebrosa de fanáticos dementes que ponen duelo en la sociedad y esgrimen el hierro asesino contra sus hermanos.

¿Tendrá la fraternidad su parte de gloria en estos renuevos de la Edad Media? ¡Quién sabe!

1873.

EL TEATRO

Si la escena en los estados modernos, como dice un escritor insigne, sigue el casual progreso de su ilustracion, amargas son las deducciones que debe sugerirnos el espectáculo que ofrece el teatro español, de cuya suerte y abandono se lamentaba el eminente repúblico aludido, á fines del pasado siglo, entreviendo la consoladora esperanza de su mejoramiento para ante la generacion que habia de sucederle. No se han cumplido, en verdad, sus vaticinios, con relacion á los adelántamientos de que en otros ramos del saber hace alarde la época presente.

El teatro español «puesto en toldo y vestido de gala y apariencia» por Lope de Rueda, segun la expresion de Cervantes; innovado por Navarro, Juan de la Cueva, Rey de Artieda y Virués; perfeccionado por el Fénix de los ingénios, y enaltecido por Calderon y Alarcon; el teatro, en cuyas singulares creaciones se inspiró el númen de Moliere, para devolvernos con sus obras la sávia que habia adquirido de la inagotable musa castellana;

el teatro, purgado por Moratin del carácter exclusivo que le habia impuesto la escuela francesa, y que renace en nuestros dias, aderezado con galas de García Gutierrez, sal cómica de Breton, vigorosos trasuntos de Vega y rasgos felices de Zorrilla; ese teatro que demandaba, no há mucho, público para sus representaciones, apoyo para sus empresas, ilustracion para el criterio que habia de juzgarle; que se despoja del yugo que le habian impuesto, corruptelas y espíritu de pandillaje; que abre sus puertas para dar entrada á una multitud ávida de invadirle; que ve aparecer nuevos ingénios, poseidos de entusiasmo y ansiosos de templar sus armas en tan arriesgada lid; ese teatro, en fin, que rompe la mayor parte de las trabas que se oponian á su prosperidad y engrandecimiento, fluctúa, languidece y desmaya; cuenta con elementos y los desaprovecha; el desacierto reina en sus empresas; el desaliento cunde, en la juventud literaria, que aun desconsiderada, escribe y acecha la ocasion de ofrecer el fruto de su trabajo; y los actores que pueden reputarse como sucesores dignos de los maestros del arte escénico, vagan dispersos ó mercenariamente empleados en explotar viejos repertorios ó ensayos incapaces, siendo raro el cuadro de compañía donde existe un conjunto aceptable; y los coliseos de verso se cierran y abren con deplorable frecuencia, y todo en este órden de cosas, se halla subordinado á la utilidad pecuniaria, que no se logra, por tales medios; á la especulacion mercantil, que ahoga el sentimiento artístico; al negocio mal entendido, al cálculo peor imaginado, á las

exigencias de los actores, á la desunion de los poetas y á la débil tolerancia del público.

El público no demuestra tibieza en su aficion á los espectáculos nacionales, antes bien responde con su presencia al llamamiento de los carteles: rara vez paga, con injusticia, los desvelos del escritor y el estudio de sus intérpretes; pero sí se muestra intransigente con las obras españolas y considerado con las extranjeras, y más cuando vienen precedidas de fama, ya sea la que avalora, ó la que simplemente despierta curiosidad de conocer resabios del teatro francés contemporáneo. Impresionado con las producciones cómicas de chistes picantes ó grotescos, rie cuando escucha una frase saliente, ó cuando le sorprende una situacion falsa, y suele permanecer indiferente oyendo pensamientos delicados ó diálogos urbanos, donde el poeta se engolfa en el encanto de la forma, dando motivo á que ciertos autores recurran á jocosidades de género vedado, para producir hilaridad. El público, ansioso de goces para la imaginacion, desperdicia aquellos que se comunican con la razon ó el sentimiento: aficiónase más al movimiento de la accion que le hiere, que á la belleza literaria ó moral que puede instruirle, y llevado del palpitante interés de un asunto rico en peripecias y pasajes, ó de efectos de *garrucha* y *contrapeso*, transige hasta con el absurdo. El público, otras veces que, dicho sea en su honor, no son tan repetidas, juzga de autores y actores, rindiendo su criterio á la rutina, soportando las manifestaciones favorables de los amigos de la empresa, y contribuyendo con su indiferentismo á estos males.

Estéril la crítica para encauzar el sentido del teatro, porque la gacetilla, redactada muchas veces entre bastidores con interesada condescendencia ó adulacion enemiga, despierta la vanidad más oculta en el fondo de la discrecion; los actores jóvenes, se desvian, en su mayor parte, de la senda trazada por sus modelos, adquieren resabios, abandonan el estudio de su profesion, así como el de sus papeles, no observan, analizan, ni aprecian estas cualidades importantes para la imitativa, y encerrados en los límites de su propio carácter, piensan, hablan y expresan sin calor ni entusiasmo, desnaturalizando los sentimientos que deben fingir. Unos, cuídanse de su persona y de su traje más que de la parte que se les confia; otros, ponen á prueba su eficacia en el estreno de una obra y recitan con frialdad en las sucesivas representaciones; pléganse otros á un patron trazado; algunos, revelan, hasta en sus ademanes, la vanidad que les domina; los más, no han penetrado ni conocen, la sociedad en que viven y que tan frecuentemente se ven obligados á reproducir; ménos todavía han de conocer la historia y literatura de su país.

En cambio, juzgan de las obras dramáticas *á priori:* fallan sobre su mérito ó demérito con risible aplomo y despues de representadas y aplaudidas, suelen atribuir á su modesta cooperacion el éxito de la jornada. De aquí ha partido el arrojo con que un número considerable de actores escribieron comedias, sin que haya sobresalido ninguno, digno de emular glorias legítimas. Víctimas de miserias que les mortifican y dividen y de

fútiles rivalidades, se juzga cada cual á mayor altura que los demás y todo su prurito se cifra en ver su nombre estampado el primero y con letras de á tercia, en el cartel. Su situacion cada dia es más precaria y contribuirán al menosprecio de su arte y al desdoro de la escena, si no ponen límite prudente á puerilidades y exigencias, contrarias á la sensatez de algunos pocos, que con laboriosidad y talento se han abierto un lisonjero porvenir.

Pero la exactitud de los hechos exige disculpa para las faltas y desvaríos de los actores, si se examina á la luz de la razon la conducta de los periódicos. La prensa, con señaladas excepciones, no analiza ni critica en materia de teatros: de sus columnas rara vez brotan, doctrinas y razonamientos que ilustren al escritor, ni observaciones y consejos para el actor: la prensa relega á la superficial gacetilla, la importante mision de juzgar las obras dramáticas y manifiesta, comunmente, tendencia al elogio de empresarios y actores, reservando su acritud para el autor. La trompa de la fama noticiera resuena con deplorable frecuencia; el diccionario de frases encomiásticas se agota, especialmente en servicio de los actores empresarios, y el criterio artístico no sale bien parado en esos párrafos ligeros, fruto de plumas incompetentes, donde no suelen resaltar otros móviles que la amistad, el interés ó el compadrazgo. Con tan pernicioso sistema, el público ha aprendido á desconfiar de elogios y censuras, cuyo alcance no es ya tan extenso como en tiempos en que se *rompian* voluntades y *cortinas*.

La inmodestia admite, no obstante, como artículo de fé, esas falsas apreciaciones; con ellas se juzga que acrece el prestigio, y resulta que nunca se hallan los defectos más en evidencia que cuando la pasion indiscreta pretende convertirlos en cualidades recomendables. Actores hay que fundan sus títulos en el contínuo repicar de la gacetilla, cuando para nadie es ya desconocido que hay sueltos, elogios y noticias, á los cuales puede aplicarse la frase de *Va sin enmienda*. La conciencia no dicta ya sus fallos: falta independencia y rectitud para dar á cada uno lo que es suyo, y lo que es más vituperable, se pervierten el sentido y la opinion del público, del público-vulgo, cuya carencia de sindéresis oblígale á prestar sumision ciega á la mentira.

Las empresas, en tanto, escudadas con la impunidad, juzgando que para aumentar sus intereses basta resolver la cuestion del negocio, desdeñan el auxilio de la literatura, consideran el arte como una idea abstracta y de resultados indirectos, limítanse á desarrollar su industria, y vendido el teatro á la especulacion mercantil, amortíguase la aficion al espectáculo nacional; el poeta dramático se retrae de escribir; el público se cansa de esperar obras originales, y la nociva moral y el fárrago parisiense, toma carta de naturaleza entre nosotros. Las empresas, entregadas á manos inespertas, ó dirigidas por personas, á cuyo exclusivismo y pequeñez de miras se debe la mayor parte de las calamidades que pesan sobre la dramática española, lo esperan todo de la casualidad ó de la suerte; pintan cuatro trastos y telones;

aumentan los precios de las localidades y no se cuidan de la índole de las comedias, ni de ofrecer garantías á los escritores que cultivan el teatro; reciben obras de poetas conocidos y las rechazan, sin comprenderlas, ó retrasan su representacion, perjudicando sus intereses y los del autor.

Los derechos siempre cercenados del poeta, se tasan á capricho del empresario ó se ajustan y regatean, mediante la condescendencia de autores noveles ó mendicantes, algunos de los cuales no sólo rebajan sus derechos á las empresas, con tal de que se admitan sus comedias, si no que de los cortos resíduos que puedan corresponderles, ceden otra parte al actor encargado de dirigir la obra: lamentable estado de postracion de aquellos que constituyen el primer elemento del teatro y que así se doblegan á entidades que debieran estarles subordinadas. Otros vicios existen no ménos reprobables, que merecen el abandono en que mucha parte del pueblo, tiene los espectáculos: uno de ellos, es la introduccion en nuestras costumbres de la *claque*.

Esos impertinentes agitadores de oficio, que atruenan la galería con destempladas voces y huecas palmadas; que interrumpen los diálogos para celebrar el gesto grotesco de un actor ó la palabra ménos culta del escritor; que sublevan al auditorio pacífico con sus gritos y demostraciones, siendo causa frecuente de que el espectador que paga, se revuelva en dicterios contra una obra que, tal vez, hubiera tolerado; esos perturbadores del sosegado juicio público, ocasionan gravísimos perjuicios á autores, empresas y artis-

tas, porque siendo ruin su inteligencia para comprender lo que deben aplaudir, alborotan sin plan ni oportunidad, y no tienen siquiera el mérito de dar expansion á su ánimo ni de representar en esta época lo que en el pasado siglo significaban los *Mosqueteros, Polacos, Chorizos y Panduros.* Aquellos respondian á un espíritu de parcialidad grosera, pero hija de sus convicciones; éstos son agentes de las empresas, instrumento de su descrédito y máquinas inútiles de hacer ruido; porque si los errantes espectadores de los teatros de París necesitan alicientes de farsa para impresionarse, los españoles, ménos severos y más expansivos, prodigan, con justicia y aun sin ella, sus aplausos.

Tarea interminable seria detallar los abusos con que los coliseos de Madrid apuran la paciencia de sus abonados y favorecedores, defraudándose en su inmoderado afan de lucro y de ganancias. Las exageraciones del reclamo que oculta la verdad de los estrenos, y el engaño de los carteles anunciando que tal ó cual obra ha sido *extraordinariamente* aplaudida, cuando en realidad hizo fiasco, producen efecto negativo. Al llegar á este punto enmudece el decoro sonrojado al recordar los medios á que se apela para pedir limosna de entradas que sostengan pantomimas estravagantes y un género de farsas caidas en desprecio. Y si los empresarios son actores, y como tales directores, y como directores *eminentes,* ¡qué de arbitrariedades no cometen en beneficio propio y detrimento de sus compañeros, los más, dignos de estima! Las comedias entonces, se admiten si el que las reparte ó sus allegados tienen buen papel;

habiéndoles lucidos para otros, ¡desdichado autor!

El empresario puede contar con la propiedad de algunas obras; no importa que las gentes las reciten de corrido, que sean conocidas y gastadas; por cada ciento de éstas, que eximen el pago de derechos, se representará una obra nueva, y aún deben dar las gracias el poeta favorecido y el abonado complaciente. Y dado que la empresa no sea propietaria de obras antiguas, no importa; establécese entonces un taller de traducir protocolos ó *vaudevilles* modernos y el resultado viene á ser el mismo. El empresario puede exclamar impunemente: «El Estado soy yo: el autor un cero á la izquierda.»

El poeta dramático viene desempeñando el papel de mártir ó de víctima espiatoria en la eterna comedia que nunca se acaba de silbar, de telon adentro. La escena es el palenque de sus triunfos, los más difíciles de obtener, y por lo mismo los más legítimos; pero la escena, en relacion con el poeta, significa el calvario á donde llegan los ingénios españoles con la planta teñida en sangre y el corazon hecho pedazos. Desde que sienten el primer rayo de inspiracion, hasta que la opinion pública corona su esfuerzo ó castiga sus errores, media un abismo tan profundo y distante, como la línea que separa al talento que crea, del empresario que suma, del actor que cobra un sueldo que no gana, ó del espectador que juzga una obra que no entiende.

El poeta, tiene pecados de que arrepentirse, el novel autor, decepciones de que avergonzarse; pero ninguna de sus flaquezas puede costar más

cara á la institucion del teatro, ni esterilizar afanes, ni agostar esperanzas del porvenir, tanto como la inaccion y desamparo de sus derechos, á que voluntariamente se hallan condenados los mantenedores de esta noble lucha de la inteligencia. Trasládase á la lengua de Cervantes cuanto la Francia escribe y emborrona; nuestros autores no han trasplantado todavía la asociacion con que en aquel país se afianza la influencia y la fortuna de los suyos. Fuente la literatura de cuantos adelantamientos señala el teatro europeo; primera base de la representacion escénica y de sus glorias y productos, apenas se acierta á descifrar ese incalificable apartamiento en que viven los ingénios españoles, demandando cada uno de por sí y á veces por reprobados medios, el auxilio del actor y del empresario. No hay palabras bastantes á condenar ese abandono, esa falsa independencia.

Jovellanos, en 1790, calificaba de pasion universal el amor á la escena, y para excitar á los talentos á cultivarla, pedia al gobierno recompensas de honor y de interés, reclamaba que se abriese concurso y se establecieran premios para recompensar los dramas de mérito. El arte de la pintura, de la escultura, de la arquitectura y de la música, los merecen y alcanzan. ¿Dónde están los poetas dramáticos que no se aunan para lograr el mismo galardon? ¿Serán, acaso, ménos dignos de obtenerle? Lo serán sin duda alguna, si no se elevan, alentados por comun esfuerzo y tendencia noble y única, al lugar que de derecho les corresponde.

1867.

EL TEATRO

Y LA EDUCACION DE LA MUJER

Sube de punto la licencia en el teatro español; impone séria meditacion el aspecto que presenta la escena glorificada por los poemas de honor, pátria y familia. Causa pena la perturbacion moral, el desacato de farsas y juegos impúdicos, espejo de la degradacion y sensualismo paganos. Si se considera espectáculo civilizador y culto aquel que fué condenado y mereció castigo en sus orígenes, si se aceptan, aun como mera diversion, esos actos repugnantes que el decoro rechaza y la razon reprueba, no es que progresamos, es que retrocedemos al reinado de las tinieblas.

Volvamos la vista á la escena primitiva, prostituida por los excesos torpes de Anaxandrides. Refiriéndose á ellos dice Tertuliano: «Estas suciedades representaba Artellano y tambien Mimo, por medio de mujeres, perdiendo de tal manera la vergüenza, que la que tuvieron en lo secreto de su casa, de los actos que allí hacian, no la tenian de hacerlos en tanta publicidad.» Ciceron condena la

gran deshonestidad de los mimos; Ovidio dice que son imitadores de las cosas mas súcias y torpes; Platon que dieron ocasion, á los mancebos, de hacerse viciosos, y Aristóteles escribe: «Téngase cuidado de la gente moza, no oiga ó vea estos entretenimientos viciosos, y entienda el legislador que, entre otros males que tiene obligacion de evitar en la república, uno de ellos es desterrar de la ciudad las acciones y el lenguaje deshonesto y torpe que se habla en los actos públicos, porque le aprenden los mozos.»

Tras estos juicios de la elocuencia del orador ó de la sabiduría del filósofo vienen los rigores de la ley y las severas penas impuestas á esa turba de séres despreciables, caricatura demoniaca del vicio, que son conocidos con los nombres de mimos, pantomimos, timélicos, histriones, ludiones, juglares, y matachines. Fueron declarados infames; incapacitados para servir de testigos; se les prohibió usar sedas, oro y joyas; desterróseles de Roma, aun en tiempo de Neron; se les inhabilitó para recibir órden sacro y fueron escomulgados por el Concilio cartaginense. La constitucion de Tiberio prohibia á los senadores entrar en casa de los pantomimos: la ley *del repudio* autorizaba al marido á separarse de la mujer que, sin su licencia, frecuentase estos espectáculos. Los emperadores Valente y Marciano dictaron otra ley para que las mujeres representantes del estado de los mimos y pantomimos, no se pudiesen casar con los senadores, ni con sus hijos y nietos, y por último, Plauto refiere que Rómulo dió una ley en la que consta: «Que el representante que hiciese ó dijese cosa

torpe ó lasciva en presencia de las mujeres, fuese castigado con pena de muerte.»

Del pueblo griego y romano, cabeza y señor del mundo, parece que resucitamos el escarnio á la virtud; pero ya que nuestra ceguedad necesite de otros guías no ménos ciegos, que, como los saltimbanquis extranjeros, nos conducen á la ignominia, abramos los ojos á la luz de la ilustracion, contengamos á este pueblo de *pan* y *bufos* que se inclina á la barbárie de los espectáculos *Florales* de Roma, donde se pedia que se desnudasen los actores y las actrices, y como Canton de Utica, huyamos avergonzados de estos lugares infectos, para que con el ejemplo de la honestidad se eviten los constantes ejemplos de escándalo que se nos ofrecen en ciertos teatros de Madrid; y con César Augusto, rígido ante la salud de las costumbres, el cual desterró al representante Pílades sólo porque señaló con el dedo á uno de sus oyentes que, con razon, protestaba de sus actos, fortifiquemos el derecho de autoridad y excitemos á que se emplee con todo rigor, contra los cómicos-histriones, bailarines-timélicos y empresarios que explotando el atraso y vulgaridad de sus oyentes, desdoran á la pátria escena. Así deben condenarse demasías de poetas, Archilocos de estos tiempos, que no saben darse trazas de ingeniosos y festivos, ni aciertan á ser alabados de su particular auditorio, si no inventan simplezas y estravagancias grotescas, ó no ponen en lábios de sus deformes interlocutores frases, por todo extremo reprobadas, y que se sonrojarian de oir de boca de sus hijos.

Ni merece ménos atencion de parte de los que

procuramos el triunfo de la abatida musa dramática, esa inclinacion funesta del pueblo español á recrearse con pasos y entremeses exentos de atractivo. Era una sociedad la antigua, gastada en placeres, refinada en gustos, decrépita en las puras sensaciones del alma: no se habian creado en ella estas clases medias que yacen agobiadas por el trabajo cuando no por la desdicha, y parece que debian gozar con el tránsito del mal al bien. La felicidad buscaba allí su límite en lo extraordinario, en el vértigo insaciable de los sentidos: la felicidad aquí debe encontrarse en la reproduccion de los rasgos característicos de estas clases, en las impresiones dulces, en las acciones nobles y elevadas. Y no obstante, allí donde no se habia aprendido á sufrir, sabíase admirar, y aquí, donde predomina el sentimiento, tiénese á costumbre la indiferencia, el entusiasmo á maravilla. Diversos problemas ofrecen igual solucion; opuestos caminos conducen al mismo fin. ¿Será el materialismo? ¿La abyeccion de una sociedad desatentada? No, es el atraso en la educacion.

Anda esta generacion como por vereda tortuosa y erizada de malezas punzantes, tropezando y cayendo en lucha de miserias y dolores, de ambicion, soberbia é ignorancia. El hombre se recrea en la destruccion y no edifica más que castillos en el aire de su vanidad y flaqueza. Parece que reside en él la debilidad que naturaleza reserva á las organizaciones enfermas: de su turbada conciencia en el fondo, brota el impulso de conocer la verdad para salvar á la sociedad y salvarse á sí mismo, y, como en todas las situaciones di-

fíciles de la vida, torna la mirada á la mujer de quien, recibe perfumado aroma de piedad y virtud, fuente de verdades eternas.

Allá en su recinto, estrecho para el mundo, pero grande para el estúdio de las perfecciones humanas, contempla á esos séres dóciles y tiernos, creyentes y fervorosos, inspirados y sublimes, cuyas sencillas prácticas forman elocuente contraste, enseñanza viva, con las teorías y sistemas del sexo fuerte y pensador. Reconece la sensibilidad, bondad, fé y fortaleza que resumen la primera máxima de la mujer cristiana «vivir es padecer». Mas júzgala incompleta si no se educa y dispone para ejercer con más exacta medida, los altos fines sociales á que se halla destinada. Pretende librarla de la tutela de rancias preocupaciones y somete á juicio público sus derechos y deberes: aspira á la perfeccion del hombre por medio de la perfeccion de la mujer.

Útil empresa para el bien si en máximas inmutables se cimenta: peligrosa, por el contrario, si decide el porvenir de este sexo un exagerado principio de emancipacion ó independencia. «Casa donde la mujer está afligida, no tardará en extinguirse,» dice una sentencia india; sociedad en que la mujer gima esclava de sí misma, se disolverá entre los horrores de la criminalidad griega ó de la gigantesca degradacion romana. Y allí eran libres y señoras del mundo; sábias como las Aspasias dominadoras de Atenas; recreo de la república; útiles para preparar legiones de guerreros, y madres de la pátria antes que de sus hijos. Pero en este punto es de notar que el honor de la mujer no

brilló hasta los tiempos bárbaros, elevándose á una alteza que no habia alcanzado de los legisladores antiguos, y que de entre las nebulosidades de la civilizacion china nació la educacion de los hijos por las madres, la ley que hacia responsables á los padres de las faltas de sus hijos, conteniendo sentenciosas cláusulas de moral sus leyendas.

La mujer impulsa la educacion intelectual, sustituyendo los ejercicios físicos: los recreos sociales conviértense en placeres de la imaginacion. Mientras Heredoto y Empedocles leen historias y poemas en el gimnasio de Olimpia, Corina vence á Píndaro en el certámen. Esquilo, Sófocles, Eurípides representan sus trilogias, y no se escasean laureles á Temístocles. Crece el influjo de la mujer sobre los docentes y poderosos y prepara el gran suceso de los siglos, el advenimiento del cristianismo que levanta la Cruz sobre ruinas de la disolucion pagana, y anuncia la libertad proclamada por la fé en el Evangelio del discípulo predilecto de Cristo.

«Si vosotros perseverais en mi palabra, verdaderamente sereis mis discípulos.»

«Y conocereis la verdad, y la verdad os hará libres.»

Aparece la mujer asociada á la obra de redencion, amando el alma y hundiendo en el polvo la idolatría del cuerpo; la precursora de la virginidad; las viudas diaconisas que velan sobre las tumbas de sus maridos; el apostolado de las fundadoras, reinas, matronas y santas afirmando los cimientos de aquella sociedad nueva, combatiendo por la fé,

purificando el amor, elevando la oracion; mujeres pacientes y militantes, como dice San Jerónimo, y madres que dieron hijos como Agustin, Juan Crisóstomo y Basilio.

Tras ellas, el ente ideal de la Edad media; el espíritu de las batallas, de la poesía, de los torneos, de las córtes de amor. Establécese legal la cortesía propia de aquel emporio caballeresco, y sus frivolidades y sutilezas no impiden que se rinda culto exagerado, pero necesario, al honor. En pugna con lazos groseros, toma incremento la pasion espiritual: todo cede en desprecio de la mujer sujeta de nuevo al vicio y al pecado por incentivo de la lisonja y flaqueza de su sér: señales infamantes designan la morada de la impúdica y adúltera, hasta que en el siglo XVI alcanza la dulce compañera del hombre, culto ménos factuoso, pero más digno, derechos más estables, respetuoso tributo á sus virtudes domésticas.

Vacila su estado entre múltiples evoluciones de épocas sucesivas; su imaginacion artística abrillanta las creaciones del génio; apasionada ó ascética, sierva ó señora, heroina ó mártir, siempre ocupa en la historia lugar preferente; asóciase á las conquistas de la civilizacion moderna, influye en los destinos del hombre hasta el extremo de abrogarse sus esenciales atributos; pero su victoria es más segura y sólido su imperio, cuando iluminada y profetisa de la familia, agita desde el hogar las alas del progreso creyente, lanza rayos de luz al caos, con su ejemplo, y se alza majestuosa como atalaya que anuncia el puerto salvador á las tribus errantes de la duda.

Digna de participar del espíritu de igualdad que proclama el Evangelio, la reconocen las edades: empero la tradicion histórica no acepta su concurso en las soluciones de la colectividad humana. Su educacion, sus hábitos, su estrecho criterio requieren perfeccionamiento, y éste forzoso es que comience por el estudio de la mujer considerada primero como madre y despues como ciudadana. La sociedad contemporánea concede de buen grado á la mujer preeminencias que merece su especial carácter. Importa que le conserve: no es posible que le pierda, ni que reniegue de su orígen, ni que se agoste la flor bendita que brotó en la cima del Calvario, sin que se tuerzan los destinos de la humanidad. La historia lo enseña, la civilizacion lo reclama. Haced familia y hareis Estados prósperos; haced madres perfectas y hareis perfectos ciudadanos.

La rutina en que vegeta la mujer española, el régimen automático de sus costumbres, su desvio de la consecuente atencion que reclaman los hijos, mal avenido con la pasion que les consagra, necesitan pulimento de doctrina moral, la explicacion del *por qué* de su soberano influjo, del *para qué* de sus actos, como madres. Su ternura no exige abdicacion de potestad; consentir á un hijo no es amarle; admitir placiente, la educacion que á su madre devuelve protestada, es aborrecerle. Que comprenda la mujer su principal mision, y altísimo sacerdocio; que profundice la ciencia práctica de la vida; que su ojo escrutador no se aparte del abismo abierto á la irreflexiva juventud; que atienda al pacto intelectual entre padres é

hijos; que vigile la asociacion de sus diversas razas morales. Y vosotros, legisladores y magistrados sociales, trabajad en la obra regeneradora para que el periódico ilustre, para que el libro no pervierta, para que el orador no deslumbre con utopias, si no que persuada con máximas puras. Velad por los deleites de la imaginacion, por los recreos de la mente; no juzgueis pueril tendencia la que entre nosotros adquiere formas alarmantes, de alimentar los sentidos con torpes juegos escénicos escarnio de la dignidad humana. Preparad la transicion de la mujer, no la apresureis, y mientras nuevos Píndaros canten alabanzas á *las fáciles jovencillas ministras de la persuasion en la opulenta Corinto,* alzad vosotros un himno á las doncellas pudorosas que han de convertirse en madres, y á las madres sábias que han de crear hijos para honor y gloria de la república.

1869.

EL TEATRO POR DENTRO

Diversos juicios y formas distintas pretenden resolver la grave cuestion del estacionamiento de la escena:—«¡Los manes se van!» dicen unos.—«¡El génio desfallece!» dicen otros.—«No hay arte, porque no hay artistas,» exclaman los más. Busquemos la decadencia del teatro introduciendo el escalpelo analizador en vicios que son patrimonio de este género de empresas.

Consideremos, pues, el teatro como industria, como especulacion y nada más. Descendamos de las sublimes esferas de la creacion á los pasillos del coliseo: observemos causas triviales, que producen dificultades sérias, para el mayor lustre de los espectáculos: hablemos del régimen administrativo, de la organizacion rutinaria, del mal entendido espíritu de lucro, de la imitacion de costumbres francesas; pongamos, si podemos, el dedo en la llaga del desbarajuste y confusion que reina de telones adentro.

Primer cáncer del teatro es el espectador abo-

nado, parásito que con tan admirable verdad retrató el *Curioso parlante*. Uno de los más temibles es el abonado de Comedia; censor perpétuo de obras que aprende de memoria sin penetrar en su fondo, de conceptos que explica sin entenderlos y de frases que declama de carretilla. Protesta, murmura, expone sus opiniones á gritos, influye con alardes de autoridad en el juicio del público indiferente, y lleva su intransigencia al extremo de no reconocer más criterio que el suyo, en virtud de la ciencia infusa que le conceden las dos pesetas á que *le sale* diariamente la butaca. Oidle perorar sobre la obra que se estrena; comentar situaciones, desmenuzar diálogos, señalar defectos si el autor le es antipático: ved cómo interpreta las intenciones y propósitos del que la trama inventó y cómo procura rebajar su mérito suponiendo ó recordando que se parece á tal obra, escrita en francés ó en polaco. Cansado de embrollar el asunto, se revuelve contra el autor y le acusa de ignorante, añadiendo que en España no hay quien sirva para el paso. La segunda noche repite lo mismo en ante-palcos y pasillos, y la tercera entra tarde á dormirse en su asiento, á leer los periódicos de noticias que desdobla cuando se alza el telon, ó á charlar con el inquilino de al lado; y cuando una pieza se repite varias veces, recházala entre impertinentes y ruidosos bostezos, quejándose de que la empresa no presta variedad al espectáculo. Cuanto peor es una comedia más le agrada, porque ha de durar ménos, y así se divierte atado al yugo que voluntariamente se impone este hombre libre.

El abonado de Ópera es papagayo que se parece al susodicho, aunque se diferencia, en la viveza de sus preocupaciones musicales. Canta las notas á la par que los artistas; las corrige, se queja de que la tesitura está alta ó baja. Su entusiasmo intempestivo y reglamentado no halla término cuando llega la hora y no la ocasion, de decir en alta voz «¡Bravo!» «¡Brava!» Alza las manos muy altas para que se vean sus aplausos si está de humor de benevolencia, ó producen sus lábios murmullos impertinentes cuando el desempeño agrada á los demás. Asiste á los ensayos para anticipar sus juicios, y al debut del artista ó la *diva* quienes, salgan pez ó rana, le oyen siempre exclamar: «Ya lo habia yo dicho.» Establece comparaciones con los artistas que en la misma ópera tomaron parte anteriormente, recuerda al dedillo, la historia de todas las derrotas habidas y por haber, y en un dia de sordera, publica este anuncio: «Se cede un turno sexto,» cuando pasan las primeras veinte funciones y háse cansado de oir gorgoritos y de pagar entradas, sin advertir gran desarrollo en su sensibilidad.

Resta el abonado Bufo, que no es el ménos interesante, por sus rudas fatigas de constancia. Para éste no hay otra dicha que el corredor ó el tablado, ni más ocupacion que el ensayo de los coros, ni más sueño feliz que el que se goza en el oasis de las *suripantas*. El abonado bufo es un ingerto de literato y zapatero, y lo mismo siente la belleza de un par de escenas que la de un par de botitas de raso muy verde. Su mayor encanto es la luz de bengala, su sonrisa una carcajada histérica,

su pátria el *saloncillo*, su familia *varias*, su hogar la llama de la batería de proscenio, su atmósfera los gases del teatro, su política tener siempre puesto el sombrero, su dios el *can-can*. Es administrador, llevando al céntimo el alza y baja de la entrada diaria; censor, admitiendo ó desechando las zarzuelas que se leen; alabardero, aplaudiendo al empresario en su cámara oscura y á la bailarina al pié de los arrojes, y pintor pintándola, y maquinista maquinando, y actor dando voces, y músico metiendo ruido entre bastidores y tocando el bombo en los periódicos amigos. Este abonado interviene más ó ménos directamente en los actos privados y públicos de los cómicos y demás dependientes del teatro: si visten así ó andan asá, si madrugan ó tienen sabañones, si deben mucho ó poco de alquiler al casero, si toman chocolate sin ó con canela, todo lo observa, discute y aconseja, y desde el empresario hasta el barrendero del teatro, no hay hombre bufo y sus derivados á quien no ame frenéticamente, ni mujer bufa á quien no dedique su pasion bucólica.

El aplaudidor, vulgo *alabardero*, es un ente de la misma familia que el abonado, aunque menos heróico. El primero paga dinero por la facultad de aplaudir, el segundo recibe diariamente billetes por que aplauda. Elevada esta ocupacion al rango de oficio, pronto ha echado raices entre nosotros: en España no se explica; resabio es extranjero, y las empresas madrileñas no pueden bajar el telon ni levantarle, sin el auxilio de esa muchedumbre que, para mostrar su asentimiento, descarga densa granizada de palos sobre los

antepechos de las localidades, produciendo estrépito infernal.

Sin la *claque* francesa hubiera faltado vida á sus espectáculos; calor al público cosmopolita que acude á sus teatros en alas de la curiosidad más que del entusiasmo, formado de espectadores errantes, pues sabido es que aquel pueblo no sostiene por sí solo sus diversiones. Entusiasma á las masas flotantes, ávidas de sorprender misterios de una fama realzada por el pincel, la luz eléctrica, las gasas y atavíos y el colorete de mujeres, que se pintan solas para deslumbrar al incauto. Estos artificios que hieren la vista y distraen la imaginacion por un instante sin dejar huella en el alma allí adormecida, no hubieran podido existir sin esplotarse en beneficio de la industria, sin la vocinglería de asistentes asalariados que rien y lloran, ensayados como el actor, y que repiten todos los dias sus estudiadas manifestaciones.

El público de Madrid insuficiente para tanto coliseo, y reducido á ciertos círculos de familias acomodadas, cuya ausencia se advierte cuando no es funcion de moda ó dia de la semana destinado á la *buena sociedad,* ha caido en tal indiferencia, que acude al espectáculo como por máquina. Aquella animacion expansiva, con que se diferenciaba de los demás, ha desaparecido. Si le agrada la funcion se contenta con bostezar afirmativamente; si no le place permanece mudo hasta que le vuelve á tocar el turno de aburrirse. Las localidades están llenas, pero el teatro silencioso, y por tanto, vacío: era menester prestarle carácter alistando compañías

de alborotadores, con la cooperacion de alborotadoras.

Compónese el cuerpo de un jefe, de un segundo y de las secciones diseminadas por el coliseo; aquel, es un caballero particular que viste con más elegancia que la que exige su modesto cargo: acude á los ensayos, y en ellos toma nota de las situaciones ó momentos importantes en que es forzoso desatar los vientos del fanatismo. Reune sus huestes de mañana para entrar en batalla por la noche: explica la escena, el paso ó chascarrillo que hay que celebrar, y á la hora consabida, los exploradores se hallan en sus puestos. Nuestro práctico, que ocupa una de las principales butacas, y al cual no quitan ojo sus satélites, hace la seña convenida, en el que juzga instante oportuno, y la explosion estalla, pocas veces *á unísono* por impericia de los palmoteadores y muchas en forma de guerrillas, que disparan, á interválos, palmadas de diversos calibres y sonidos, algunas de ellas de *tableta,* que suelen excitar el enojo ó la risa del pacífico auditorio.

Hay ocasiones en que el libre entusiasmo de algun indivíduo que trabaja por su cuenta, se suele manifestar en desconcertado tono, y ante el peligro ó la protesta del sentido comun, todas las manos se alzan y dispáranse todas los voces de los aplaudidores intransigentes, contra el resto del público. Si es ópera ó zarzuela, las piezas se repiten por órden préviamente indicado y número de veces que se ordena: si es comedia cómica, alboroto general y limpia carcajada en cuanto mueve los lábios el gracioso: si es drama,

pañuelo al aire y lágrimas al canto. Cualquier escena de efecto, sea poética ó prosáica, es fuerza que se repita tambien; las tiradas de versos que los autores fabriquen para buscar en su final un apluso, deben hallar su merecido, y no importa que en ellas cien dislates se acumulen, con tal de que retumben décimas, cuartetas, redondillas ó romances.

En cuanto el público se descuide, permitiéndose celebrar, de veras, un detalle, una situacion, un coro, una pirueta, un telon, ó el prendido reluciente de alguna actriz ó bailadora, es de rigor llamar á las tablas al poeta si lo hay y si no al autor ó traductor de la obra. El telon de boca se alza por extremo complaciente á los salvajes gritos de— «¡Qué salga!» y nuestro hombre se presenta más ó ménos abrumado á recibir la palma del génio, el holocausto de la gloria, de antemano preparados.

Hay además aplaudidores parciales y *serventes* obligados que arrojan un ramo de flores por minuto, á una amazona *dada;* ó corona semanal á una actriz expléndida. Otros aplauden á jornal á éste ó al otro actor aspirante de eminente, que paga localidades y cena; otros seducidos por la amistad del vate novel; otros que gastan el dinero por puro amor á las formas plásticas y siempre dedican su ovacion á unas mismas castañuelas. ¡Son tan varios los matices con que la humanidad reviste su simpleza! Vivimos de la superchería y de la farsa, falsificando en sociedad el sentimiento. ¿Qué malo que haya alabarderos aplaudidores y que esto constituya un *modus vivendi* en España?

El revendedor de billetes es otra de las ruedas que se mueven en el interior de los teatros. Abonado, alabardero, aplaudidor, espectador, participa de todos estos caractéres. No sólo perjudica al público con el recargo que impone los billetes, sino que menoscaba el prestigio del arte. Cualquier revendedor de arraigo, sostiene el abono diario de cien butacas, algunos muchas más, tráfico que esplota la noche que hay demanda; pero aquellas en que el público no asiste, el papel del revendedor baja hasta el suelo, y por evitar la pérdida completa del tanto que satisfizo, ofrece los primeros asientos á precio insignificante: los pocos asistentes que se acercan á la rejilla, dan preferencia á los expendedores ambulantes; la empresa pierde su venta, y el autor sufre las consecuencias tristes de un negocio que disminuye su tanto por ciento y la fama de la obra y del teatro.

El revendedor no es ya, como en otro tiempo, un simple mercachifle de billetes: es entidad adherida al empresario, como la hiedra al tronco del árbol; es tambien un caballero como el aplaudidor, un comerciante autorizado que anuncia su profesion en fina tarjeta de Bristol, de la manera siguiente: «Fulano de tal, corredor de espectáculos.» No falta quien le mime y proteja, ni tampoco quien le tome diversiones al fiado y no le pague, ni empresario que no le busque para sostener el éxito de la temporada.

Con él no termina una série de tipos teatrales, que merecen ser descritos, como la mona del palco, el oso de los gemelos, la costurera de galería,

los forasteros que ven la funcion colgados del *paraiso*, los que disfrutan grátis, merced á las *entradas* de favor que por el cartel tan amenudo *quedan suprimidas*, y otras cien figuras de la linterna mágica social.

1872.

LOS MUERTOS

Los pueblos antiguos y modernos, el mundo pagano y el mundo cristiano, todos los Estados y religiones, han consagrado el culto de los vivos á los muertos. Así en los campos funerarios de los hebreos, como en el campo de sueño de los griegos, como en las cristianas catacumbas, los despojos mortales del hombre se consideraron como tributo á los dioses ó como reliquias de piedad y fé. *Nemesias* y *Februales*, ofrecieron expiaciones en honor de los manes de los muertos: el amor y la gratitud, la ternura filial y los vínculos sagrados, acrecentaron el brillo de los sepulcros y mantuvieron la solemnidad de las ceremonias fúnebres, creándose en Francia é Italia necrópolis vastas y en España ostentosos panteones, testigos de grandezas y virtudes que pasaron y que ensalzan templos y catedrales, donde, así como en los campos bendecidos, duermen las extinguidas generaciones.

¡Paz á los muertos! objeto de honras y plegarias de los vivos. En tanto que los recordamos desde el fondo del hogar y al tibio resplandor de

candelillas que la piadosa tradicion consagra á las ánimas; mientras tenemos suspiros y lágrimas que se exhalan y corren sin que los interrumpa el bullicio de la multitud, ni la prestada conmiseracion del mundo, observado habremos los deberes que nos impone la religion, en cuyo nombre conmemora la Iglesia el dia de los sacrificios, de los recuerdos, de las justicias y las penas: la religion, cuyo advenimiento en la corriente de los siglos cambió el semblante del mundo, alzándose victoriosa la eterna verdad, que convirtió la tierra en cielo, regándola con la sangre de los mártires, sustentándola con el pasto de sana doctrina, y creando la concordia, la paz y el amor infinito del siglo de oro de las vírgenes, de los héroes creyentes y los santos.

Id al cementerio á recordar el dia de la Resurreccion y la noche de los muertos; mas no vayais con ojo enjuto y resplandeciente faz de alegría á empujar el oleaje de la popular y descompuesta algarada, de la romería que invade el campo de santidad donde yacen cenizas de los que fueron: no vayais con la mundana gente que turba el reposo del padre, de la esposa, del hijo y del hermano; con el vulgo, movido de curiosa indiferencia, que vocinglea, perjura ó se distrae ante la vista del mármol esculpido ó afeminado; que goza viendo abigarrados pabellones de los cenotafios, las mil baratijas, adornos y figuras cerámicas que hacen de nichos y panteones escaparates de tienda de quincalla, ó las intempestivas y profanas leyendas que, en lápidas y mausoleos, trazó la mano del coplero aficionado: no vayais con los que ofen-

den las más tiernas afecciones del alma, con los que borran la huella del bien perdido, tuercen los móviles del corazon; tornan el llanto en risa procaz y destemplada y forman concurso de espectacion pública, llevando á la mansion de los muertos ruidos de zambra y espectáculo.

¡Triste vanidad de vanidades! ¡Menguado espíritu el de los que piensan que no hay modo de velar por la memoria de los suyos si se descuida la ostentacion y lujo de las sepulturas! Proscriptos por la Iglesia en tiempos de exaltado fervor y de pompas vanas, Pio V negó á las sepulturas ese fausto y pueril ornamentacion que á la inmortalidad empequeñece. Hoy van los fanáticos y entusiastas de piadosa exterioridad, cargados de abigarradas coronas para los adultos ó de juguetes para los niños, que en holocausto colocan y ostentan en la portada de la última vivienda, familiarizando la vida con la muerte, humanizando el templo del dolor. Huyó el alma, y solo queda allí el calor del mármol, resplandores del áureo bronce; yertos despojos que no se abrigan con el afecto y el calor de los que aquí quedamos para sentir y orar.

Quedamos para recordar méritos, cualidades, prendas y acciones de los muertos; timbres que una sociedad ganosa de prestigio no debe olvidar para que se trasmitan á la generacion que nos suceda, y los padres exciten con el ejemplo las dotes morales de los hijos. Y si es empleo útil el de las crónicas que perpetúan nombres, caractéres ilustres y obras labradas para engrandecimiento del espíritu humano; si la justicia póstuma es don re-

servado á los que señalaron su paso por la tierra, abriendo nuevos y dilatados horizontes á la idea y contribuyendo al progreso universal, justo será tambien que no se extingan lazos que aún más allá de la muerte, deben unirnos á los hombres de recto juicio; á las madres ejemplares y mujeres firmes en la lucha del bien y del mal; á los amigos que nos ilustraron con su ciencia, consejo, y perseverancia en el trabajo. Justo es loar en páginas de gloria, á los que del trabajo hicieron culto en las rudas empresas y afanes de la vida.

Y no ha menester cláusula de celebridad ó aureola de fama este tributo, sabiendo que rara vez son legítimas la fama y celebridad que por acá nos repartimos á nuestro sabor y antojo, sin cuidarnos de si en el juicio futuro será confirmada, y engreidos entre honores ó lauros que cada cual á sí propio se adjudica. No, en una época en que cualquier ente vulgar es calificado de notable y el aura artificial que nos rodea fabrica eminencias al vapor, no es lícito exigir ejecutorias á los vivos y muy ménos á los muertos que supieron honrarse en vida, advirtiera ó no la fama sus rasgos y sus hechos.

Recordemos en el descanso de los sueños y de las terrenas vicisitudes, á los que nos precedieron ó acompañaron en el bien: no siempre han de ser las lenguas instrumento de alabanza de aquello que tenemos delante: no siempre hemos de emplear el elogio en quien puede retribuirle con otro golpe de incensario que nos envuelva en un torbellino de humo: no siempre hemos de mirar adelante ; de vez en cuando hay que volver la vista

atrás. Hay que pensar que algo debemos de lo que somos y podamos ser, á los que nos señalaron el camino ó juntaron á las nuestras su actividad é inteligencia.

Desplegad cualquier periódico donde ordinariamente se reseñan actos, honras, fausto y placeres de la vida social. Leed la revista de costumbres contemporáneas; allí hallareis dictados, lisonjas y nombres; muchos nombres. Sugetos de importancia, vividores jóvenes ó viejos, damas de clase, mujeres hermosas, poetas imberbes, actores de la comedia humana: estos y muchos más se ven allí citados y ensalzados; todos brillan como satélites del tíbio sol de la gacetilla; todos, en el mero hecho de verse en letras de molde, considéranse elevados á la quinta potencia de la individualidad.

Pero en tanto, ¿y los muertos? ¿Será posible no les quede otro refugio contra el olvido, que cuatro líneas negras con epígrafes de oficioso duelo, dentro de una plana de anuncios, y esto siempre que sus deudos puedan disponer de unos cuantos duros? ¡Oh, pena singular la que se acredita por el tamaño de una esquela de aniversario!

¿Hay eruditos de los muertos? ¿Quién los cita? ¿Quién los conmemora para el mundo, así como la Iglesia los conmemora para el cielo? De nada, se dirá, podemos servirles; de nada, se pensará, pueden servirnos ellos; mas en esto tambien hay error, puesto que no pensamos que sirviendo á la memoria de los muertos, nos servimos á nosotros; perpetuando sus nombres, enseñamos á que los nuestros se perpetúen. De otro modo, romperíamos la cadena que enlaza las generaciones.

No es, pues, privilegio de estadísticas y epitafios hablar de los muertos. Fáltanos, sí, hay que confesarlo, ánimo y predisposicion á considerar como presentes las existencias pasadas; fáltanos hábito de recordarlas y de ponernos en comunicacion con ellas. Aun de aquello que más hemos amado, tememos que nos martirice la memoria. Pocos son los que visitan el asilo de los muertos; muchos los que por egoismo ó frialdad rehuyen la ocasion de pensar en las personas que antes formaron las delicias de su vida. Lo usual es abandonar lugares donde cernió sus alas el ángel de la muerte: huir, como de sitio infestado, de la casa donde cerraron los ojos nuestros séres queridos. Renegar de los muertos á trueque de que mañana renieguen de nosotros nuestros hijos. ¿Y será acaso porque con el olvido logremos alargar la siempre penosa jornada? Loco error é ilusion vana:

El cuerpo sano se engríe
Y en tierra cae á la tarde
Sin la vida:
El mundo goza y sonríe,
Mas no hay dicha que retarde
La partida.

Con ímpetu soberano
Viene el dolor, de la muerte
Mensajero:
Todo es breve, todo vano,
Todo leve polvo inerte,
Pasajero.

Pasan pueblos y naciones
De avaro tiempo insaciable
A las injurias;
Pasan las generaciones,
Y cual polvo deleznable,
Cien centurias.

Todo cesa, nada vive
Ni tal suerte á nadie acorre,
Ni omnisciencia:
El dedo de Dios escribe
Y aquí no hay poder que borre
La sentencia.

Allá va la caravana
De altivas flores vivaces,
Por desiertos;
La pobre familia humana
Caminando con disfraces
De los muertos.

Así, pues, tornemos la vista al pasado; volvamos el pensamiento hácia el destino de los muertos, que es nuestro ineludible y propio destino. Recordemos á los que fueron para bien de la humanidad y hasta donde alcance el influjo del propio merecimiento, escribamos su nombre en caractéres indelebles para que no se borre de la historia, y compartamos con él lauros terrenales de los nuestros; tradicion que estamos obligados á depositar en manos de la generacion que nos suceda.

¿Quién habrá que no sufra el torcedor de una eterna ausencia? ¿Quién que no cuente algun llo-

rado amor ó afeccion malograda? De mí sé decir que el alma se trasporta á otras regiones y respira el bienaventurado ambiente de paz y misericordia, cuando medita á la sombra de un ciprés, lejos del ruido de la ciudad viviente y de los halagos del mundo. Pensando así, juzgo como juzgarán los que sientan igual consolador deliquio, que todo el pensamiento no es bastante á contener mis dulces y veneradas memorias. Se me alcanza que en los senos de la sociedad, palpitan otros corazones lastimados de sus propias penas.

Vivamos, pues, unos para otros, de igual suerte que para los que ya no existen: entidades ilustres, excepionales entendimientos, almas puras; nombres que derramaron su luz sobre la conciencia pública y merecen una siempreviva del tiempo y una sonrisa de la posteridad.

Paz á los muertos; y aun más á aquellos que supieron practicar y escribir en el libro de su vida, esta grave sentencia:

Saber sufrir.
Saber esperar.
Saber morir.

1875.

EL MUNDO

El mundo de que se trata no es el universo, demasiado grande para envolverle en un pliego de papel; no es el cielo que rie ni la tierra que llora; no es la extension continental de la naturaleza; ni los planetas poblados de seres, segun el dicho de los filósofos, desde Xenofonte á Flammarion; no es el mundo secular conocido por el siglo; ni el geológico ó primitivo; ni el físico ó sensible; ni el subterráneo; ni el prehistórico; ni el moral é intelectual; ni el que resume principios, fenómenos y cosas pequeñas y grandes. El mundo de que se habla en este capítulo, es el menor de todos; el mundo-hombre; la sociedad; el humano *vánitas;* el enemigo del alma.

El mundo es bueno, lo es; sino que los hombres, empeñados en hacerle malo, hemos escogido la sociedad para centralizar el poder, y el imperio de los ménos háse extendido á los más, al extremo de que no hay mortal sin mundo, pues cada cual se fabrica el suyo, formando bola de nieve, totalidad, ó sea concurrencia de seres superiores é inferiores; personas frívolas afiliadas á los nombres y

dictados, ansiosas de brillo y goces; turba-multa de figurantes en la escena de la vida donde danzan en tropel galas, títulos, rutinas y modos viciosos que alimentan pasiones y exultan la mentira, en cuyos zancos se eleva la humanidad.

La flaqueza de la mentira perturba la razon y conculca el deber; sus móviles son egoismo, ostentacion, apariencia. La máxima del mundo es fingir cualidades, atribuirse acciones malas ó buenas, segun la momentánea especulacion exija; hacerse notar ya que no admirar; ser envidiado ó temido; enaltecer por cálculo ó deprimir por hábito que autoriza la aquiescencia, enemiga de la verdad. Ni la verdad se acoge, ni la mentira se castiga; gala es entender de fingimiento; la credulidad es otro amaño; hánse pactado en el mundo, disimulo y tolerancia para el absurdo; el hombre niega la existencia del sol cuando está alumbrando, y de tal suerte falsea dichos y hechos, que lleva á bien no ser creido; pero ¡oh, moral extraña! decid que miente á un embustero y os querrá hacer pagar la afrenta con la vida.

La mentira construye relieves de personalidad, bustos marmóreos de belleza ideal; con ella no hay verdad absoluta ni hechos positivos, porque no se da crédito á los hechos. Cuanto se expone se inventa: lo efectivo pugna con lo aparente, y no es verosímil ningun acto natural cuando se falsifican ó someten á mera fórmula virtudes, deberes y sentimientos. De palabra besa el hombre piés y manos; toma parte en el ajeno pesar y acompaña á los tristes en su cuita. Estos escriben su desconsuelo en esquelas mortuorias, y aquellos

erigen á cualquiera en señor suyo, ofreciéndole distinciones y seguridades de afecto. El padre de familia ofrece lo que no puede dar, los hijos que le nacen y la casa que no es suya; en vida, pídense regalos con un anuncio de casamiento, y en muerte *se suplica el coche*. Entre lo que se dice y lo que se siente; lo que se ve y lo que existe, y lo que se hace y lo que se piensa, media la desconfianza, en cuyo fondo se abisma la confederada sociedad. Agradarla es lo práctico y útil; ejecutar los decretos humanos, es tener mundo.

No es tenerle, pagar con achaques experiencias de la vida; profundizar el corazon; contender en las lides del tiempo; salvar escollos de la suerte; observar preceptos de educacion y cortesanía; vencer miserias y asechanzas, y practicar máximas de fraternidad. Tienen mundo suspenso de su acento, de su accion y voluntad, entes frívolos y dóciles al comun sentir; aduladores de pasiones, que corean himno diurno al astro que amanece; Eolos que se inflan para soplar del lado que corre el viento. Los que transigen con la desvergüenza; los que el vicio acarician; los que honran la deshonra; los que muerden al ausente y festejan al presente; en suma, tienen mundo y arte de saberle manejar: los que dudan de todo, los que piensan mal de todo que no sea el influjo del oro y del poder.

¿Y qué tiene de suyo el que lleva lo que debe á la sociedad? Quien tiene mundo, ¿tiene lo bastante? En saber cómo se vive, ¿resúmese, por ventura, la ciencia suprema de la vida? ¿Qué lazo liga á esos hombres llenos de sí mismos que tan aprisa

ruedan con el mundo, entre afanes de poseer y no gozar, de pedir siempre más y más, sin verse nunca satisfechos? Pasamos sin amarnos, sin la curiosidad de conocernos y nos perdemos inadvertidos unos de otros. Cada pequeño círculo del mundo es ola que se encrespa, remonta y desbravece sin alterar la condicion del mar; cada alma que vuela un átomo; cada cuerpo que cae un grano más de tierra.

Preguntad á esos sábios de perspectiva que retumban en saráos, tertulias y corrillos, á esas águilas que se quedan en tortugas, dónde está su potencia discursiva y no os sabrán responder. Otros van vendiendo palabras y obras, forjando contentos por las antesalas del mundo, olisqueando cada dia dónde está la mesa puesta, haciendo amigos y enemigos, y no les queda tiempo para pensar. Escusan dialogar con su conciencia por temor de que les diga lo que siente. El mundo tiene interés en hacer viciosos que le mantengan, y los educa á perfeccion; hínchalos, los aduerme y magnetiza, y al verlos insensibles y risueños la humanidad se echa á soñar.

Sueña el mundo que goza y se fastidia cual mariposa que mide cortos vuelos, picando de la conversacion á la lectura de noticias, de ésta á la discusion pueril, al juego, al baile, al the y á la charada, que no siempre se acierta; distracciones más ó ménos decorosas que no pueden compararse á los placeres intelectuales. Conversar no es ya deleitarse con relatos en que conciertan instruccion y sencillez; no es la comunicacion de almas bien templadas, imaginaciones pintorescas, labios dis-

cretos y pensamientos sanos. Rara vez es la conversacion palenque de cultura donde se engarza la fina agudeza con el rasgo característico, la sentencia filosófica con el epigráma feliz, la anécdota con la descripcion del suceso digno de ser conocido. Ménos frecuente todavía la que revestida de pulcras galas estrecha vínculos amistosos, denota el grado de perfeccion social y forma escuela donde se pulimenta y enaltece el espíritu.

No todo el que habla conversa, ni el que oye escucha; ni el que dice, atiende lo que dicen los demás. Antes bien hay oradores de salon que sólo á sí propios escuchan, cuando en lugar de referir disertan, y en vez de razonar paralogizan. Ingénios parlantes que derrochan juicios sobre asuntos que no entienden: gentes que riñen pendencia de frases y equívocos maliciosos: damas que resbalan su aticismo sobre el crédito y honor de sus amigas predilectas.

Cierto es que la intimidad de caractéres, que la amenidad de un dulce pasatiempo, labran oásis florido donde descansa el ánimo fatigado de las luchas candentes de la vida: donde se olvidan miserias y destezes del laberinto humano. Mas penetrad en la mansion del mundo y advertireis que en él se enseñorean, arrastran la opinion y empuñan el cetro de la moda, tres gracias sin ventura; míseros alardes de la generacion asociada, á saber: falsedad, vanidad, mordacidad.

Guárdate, hombre de mundo, de querer merecer para alcanzar; rebasa una línea, un punto del intelecto social y verás cuál te punza y desgarra la malicia. Muérete y verás, tu mayor enemigo, cuál

te elogia. Desespera, sufre y calla y oirás lo que, á tu espalda el fervoroso amigo cuchichea, echándote en rostro defectos que le son propios. ¿Sinceridad anhelas? Tú llegarás presto al desengaño. Si quieres llegar tarde en demanda de favores, busca al rico.

Benevolencia pide en sociedad, el que necesita y es modesto, y no la hallará si no reconoce superioridad en su igual. Hay que encogerse al hablar con ciertos hombres para que ellos se estiren con provecho. Ellos dirán á toda hora lo que son, lo que hicieron y harán y lo que logran y merecen: ellos sonarán, á campana herida, repiques en su honor, salvas del yo menguado que les sustenta; festejarán con ilusiones sus sueños, pondrán en platillo sus méritos; te mostrarán su efigie conducida por el carro triunfal de la fortuna.

Como los dientes de ciertos reptiles se quedan donde muerden, la lengua del mundo debiera mellarse, caer, allí donde tanto trabaja. Nadie se sustrae á la asechanza que turba la paz social. ¿Oís el incesante rumor? Todos hablan mal unos de otros; el mundo, de sí mismo. La murmuracion, hija de la ociosidad y madre del rencor, impremeditadamente se ejercita por hábito de entremeterse en la existencia interior de cada indivíduo. Empieza en curiosidad, sigue la investigacion y luego la averiguacion. Tal es el empleo de buen tono; la tarea que no exije sentido ni discurso, si no memoria para retener la biografía, la vida privada de nuestros contemporáneos.

Sábio el mundo, de toda sapiencia, no ignora nada de lo que concierne á sus adeptos: lo que di-

cen, hacen y padecen; lo que piensan, que es bien poco; lo que fingen y temen; lo que tienen y aparentan tener: nada se escapa á la policía de las ideas que convierte cada sér en fiscal perpétuo ó juez pesquisidor. Todo luce y sale á puja de juicios y dicterios; todo lo invade y manosea el comentario que se abulta y de boca en boca, toma cuerpo de hombre. Dos personas murmuran en confianza, y en confianza hacinan suposiciones ó calumnias, centros, reuniones y colectividades. Conveniencias de la reputacion propia, exijen esta usual advertencia: «se lo digo á usted para que no se sepa;» y la noticia reticente ó el agravio, cunden con la rapidez de llama que incendia ó proyectil que arrasa.

Ser mordaz es ser chistoso: limitarse á pregonar defectos físicos ó morales, puerilidad femenil que mejor se admite cuanto es más acerba. Sal y pimienta pide el condimento de la murmuracion, y es preciso apurar hasta la esencia del pecado. Hay que escultar el vicio agrupando sus figuras. Ahí están de cuerpo entero la infanda trilogía de ella, él y el otro: hijos que acechan á los padres; madres que para ser halladas, se colocan delante de sus hijas; maridos de firme estómago y de ojos á componer; y en el fondo del cuadro social, tercios de mancebías y escándalos. Conócelos el mundo y les señala, mas no les niega su concurso y halagos, y ellos siguen imperturbables su camino.

En el juego pierden los hombres lo que no ahorraron las mujeres que, por ganar un traje, poco les importa que se pierda su marido. Esclavas del que decir y del bien parecer, ciérnense

entre muertes y temen ménos la muerte del alma que la de la belleza. Matrimonios mal avenidos con el sosiego del hogar, rémora de prosperidades y fomentadores de riesgos, ponen su prurito en disipar la hacienda que sin duda juzgan estorbo, arrojándola, él, en el tapete verde y ella en provisto mostrador. Lujo y garito son sustento de pobreza: lúcense galas ostentosas; modas que desechó el gusto y que el antojo renueva; impuestos del capricho; tributos á la estética. Piedras falsas que igualan y aun exceden á las legítimas; cabellos de oro producto de la química; seda que cruje sobre estrados y alfombras y pregona fastuosidad, mientras se oye el lamento del oro que se despide, y chocan las fichas ó la bola rueda. ¡Qué hermosa está la mujer de mundo aderezada! ¡Cuán ufano el marido con las caricias de la suerte! La sociedad celebra sus medros, siendo la mujer objeto de la atencion de las mujeres y el hombre incensado de los hombres, pues los humos del mundo son tan espesos para ocultar deformidades y miserias, como claros para trasparentar lindezas y arrogancias. Los globos humanos se hinchan, suben con el gas de la vanagloria, pasean majestuosos por las nubes y algunos dan en estallar.

Estalla la soberbia del que creyóse poderoso hasta el dia en que se rompe el equilibrio de su debe y haber, y el capital no basta á enjugar el déficit, y los acreedores le sonrojan y la bancarota le degrada, enredándose su boato en el cepo de la indigencia. ¡Pobre rico humillado, para quien la desgracia es caso de honra, juzgando que el que acumuló bienes perecederos y los ve disipados, ya

no puede vivir sin poseer. Satisfaccion le exige el mundo de sus actos, y cumple con el mundo quitándose la vida para salvar su honor. Ciego se precipita en el abismo huyendo del fantasma de la suerte; recurre al crímen en desagravio de la moral: los hijos del suicida cubren la adversidad con un borron.

El honor sirve de pretesto al mundo para crear la iniquidad. Tras el siniestro golpe del que en sí pone las manos, por hartura, flaqueza ó cobardía, viene el del que reta á un adversario para probar con la fuerza la razon. La prescripcion social así lo ordena: matarás, si es que quieres ser honrado. Si te ofenden, no perdones ni demuestres la injusticia. Nobleza obliga: mata, para quedar como cumple á un caballero. Si es diestro tu contrario, evita que te hiera, para sacar incólume la fama; si es débil, tuya será la razon, pues matarásle antes. La prensa advertirá que has fraguado la muerte de tu prójimo; al cielo clamarán el baldon y la venganza. Ireis al campo á sangre fria; partireis el sol para aprovechar tambien la sombra, y el ofensor dejará sin aliento al ofendido: el fuerte ó malvado, tranquilo tornará á lavarse las manos á su casa, pues no hay ley que á corregir se atreva ni castigue al que pisa las leyes del Estado á caballo en las leyes del honor. El villano altercado que surje del herbor de las pasiones; la lucha de dos hombres sin cartel ni padrinos, hallan en cambio represion severa é inmediata. Júzgase más favorablemente al que mata con arte de premeditacion, que al que pega en el calor de la disputa: cuestion de forma que establece parcialísima

distincion en pró del mal caballero y en contra del mal ciudadano; distancia que separa al delincuente vulgar del criminal aleccionado.

La hay tambien entre el que horroriza al mundo ejercitando la blasfemia, cual es uso brutal de nuestro pueblo, y el que le complace dictando impiedades ó sacrilegios barnizados de sentencias y saludables máximas. Escandaliza el uno tanto como el otro pervierte; aquel ofende á la cultura, éste escarnece la moral. La blasfemia es delirio de la imaginacion desordenada, rutina por extremo degradante, tema de profanar lo más sagrado. ¡Ah! ¿Por qué no ha de expiarse con penas efectivas la blasfemia? Condénala de igual modo el creyente que el ateo; así se refutará por los hombres pensadores, la sofística doctrina y la falsa ó torpemente entendida religion. El mundo no desciende al orígen de estos males. Le hiere la expresion desenfrenada, mas no reprueba la substancia que no oye. ¡Maldita lengua viperina! ¡Odiosa postracion de la materia!

¡Feliz el mundo que cree y la virtud que practica! ¡Si juntáramos el culto ritual á la observancia del decálogo, la devocion, al amor al prójimo, y á la piedad, la fé. Si no reinara en sociedad la hipocresía, fingida virtud y más penosa que la verdadera, que predica moral para servir á la causa del demonio, ó proclama igualdad para extremar la tiranía, más fácil y benéfico fuera el curso de la perfeccion social. Entre el flujo y reflujo de los vicios que sustenta el hombre, débil producto de la nada, pasa fugitiva la virtud, que ha creado el poema de la resignacion, del trabajo y de la vida

interior de la familia. El sentimiento de Dios y de la verdad, que purifica las costumbres, sublima el alma, y une en lazo de amor á la tierra con el cielo. Por la virtud el mundo es redimido: los hombres son lo que fueron y no dejarán de ser hasta que se realice el ideal humano, y el siglo estigmatizado hoy, será envidiado mañana por el siglo superior ó inferior que le suceda.

1878.

LA POLÍTICA

Diria algo, del sol que brilla en toda su plenitud.

De los que se ponen al sol que más calienta.

De las gentes que se resfrian unas con otras.

Del agua de cerrajas que bebemos.

De los aires que nos damos.

De la brisa que soplan lenguas maldicientes.

Del céfiro que solo corre en el magin de los poetas.

De los vientos de la fatuidad que apagan nuestras luces.

Hablaria del honor, limpio como conciencia de avaro.

Del amor puro, como cigarro de estanco.

De la fé santa, como aquella de pajares.

De la virtud al uso, diria cosas estupendas.

Pero no puedo tratar más que de lo que se trata.

Se trata de política.

Bien que la política, metafóricamente hablando, es aire, agua, tierra, mar y fuego.

La política es el Proteo de esta edad.

Renace en la noche.

Echa roncas por el dia.

Recibe á toda hora y apunta pero no da.

Baila, llora, juega, charla, pide, quita, pone, alborota y se hace la muerta para sacar los piés de las alforjas.

Morir, jamás.

Es media vida, como la candela del adagio.

El pan y el vino, de la otra media.

No es posible respirar sino por la herida de la política.

Los séres á quienes niega su calor, pertenecen á la region de las nieves perpétuas.

No vegetan ni arraigan.

Arrastran pobreza ominosa, ó pesada medianía.

Son parásitos no definidos por la ciencia.

Séres con facultad de sentir, moverse y nutrirse.

Que oyen decir á otros: «Tengo un verdadero sentimiento.» «Lo siento mucho», y ellos nada sienten.

Que ven subir á saltos y ellos se quedan sosteniendo la escalera.

Que husmean á la puerta del festin y no perciben más que el hedor.

Padres que consumen la vida en un nímio empleo.

Hijos que se agitan por un destino.

Hombres influyentes que *se colocan*.

Mandatarios que dan la ley y toman lo que pueden.

Esta es política de fraccion.

Mediante unos cuantos *sueldos,* la familia vota que sí, con papá. Si no: ¡abajo el ministerio!

Política y administracion, son dos cosas distintas, dicen los teóricos.

Proyéctase la incompatibilidad.

¡Bella utopia! ¿Qué extremos hay aquí que no se toquen?

Subiendo por escalafon se necesitan treinta años de servicios para obtener diez mil reales de sueldo.

La cerbatana de la política, dispara altos pretendientes que caen rápidos en un puesto de cincuenta mil.

Plaga de administradores descarga sobre el Erario como nube de langostas.

Bañáronse en el Jordan de la política, se evaporaron, y descienden desde el Olimpo, al despacho donde se oyen llamar excelentísimos é ilustrísimos:

Donde reciben patente de buenos en grado máximo, y de ilustres en grado superlativo.

Y no bien tomaron posesion políticos inquietos, ánimos turbios é impacientes:

Sientan la cabeza y defienden la inamovilidad que combatieron antes de votar hácia arriba.

¿Pues y la política de las armas?

Esta tiene dos punterías y dos filos.

Por la ordenanza ó el desórden.

Por el gobierno ó contra él.

Por la patria ó por la faja.

La política de la ciencia es más profunda y elevada.

A esta se le sube á las barbas la filosofía.

Con decir: «¡cosas de filósofos!» no hay temor de que el alma se dé por aludida.

Los maestros tienen su alma en su armario.

Los discípulos en la maleta.

Y los padres en un hilo.

Ya veis cómo puede asentarse la razon, cuando el alma está de viaje.

Cuando la arrastra el turbion de la política.

Hay profesores que la convierten en doctrina y sacan partidarios en vez de estudiantes.

Partidarios hacen doctores.

Doctores, académicos que nutren de política sus discursos.

La academia abre su seno, á los hombres políticos que sonaron más.

Por el pórtico de la ciencia, es difícil penetrar en la política.

Por la puerta de escape de la política, se entra en todas partes.

La justicia está en el dintel y se inclina cada vez que pasa alguna entidad.

El Estado reconoce á sus hombres en el pegar de sus tacones y los tiende los brazos.

La literatura tiene tambien sus ínfulas políticas.

Escríbese un libro para que no le lea nadie y se dedica á un alto funcionario.

A un Ministro, por ejemplo:

Este repasa la dedicatoria; se marea y no necesita el autor más.

Cualquier biógrafo, rasguea de color de rosa la negra historia de un personaje en olor de sabiduría.

Enumera sus acciones, entre ellas las de Banco.

Píntale con una cara de hombre de bien que da gozo.

Exclama: ¡loor al patricio! Este es su nombre de pila.

Y en el dia de las dádivas, el memorial surte su efecto si el satisfecho calumniado no pierde la memoria, y el del incensario no le demanda sobre pago de encomios.

Los poetas cantan: ¿quién contiene los ímpetus de la inspiracion?

El que espera compone oda con ripio de admiraciones; el que desespera sonetos de semblante apócrifo labrando su descrédito con los sonrojos de su adversario.

Los amantes platónicos de todas las situaciones, tienen acopio de consonantes é imágenes de rostro adulador.

De la percha del génio, cuelgan galas que se amoldan á todos los cuerpos: coronas de laurel á medida de todas las sienes. Negros y blancos llevan *cantos* de oro ó plata.

Se saca á relucir el númen pedigüeño.

Las harpas eolias, postulan con acentos de candor.

El teatro político tiene sus héroes de cajon:

Padilla, Lanuza, Mariana Pineda el teatro liberal.

Felipe II el teatro reaccionario.

Como en frente de la música sacra, pónense en jarras, el himno de Riego y la Marsellesa.

Hay loas para todo linaje de héroes, y épicos improvisados, para las hazañas más vulgares.

Apropósitos vergonzantes.

Industria de funciones conmemorativas.

El coliseo se cubre de verde: se iza bandera, la murga cencerrea júbilos y patrióticas.

El cartel dice: «los Caudillos, los Ministros y el Cuerpo diplomático han sido invitados á esta funcion.»

Añade la gacetilla: «asistirá cuanto de notable Madrid encierra.»

Lo de ménos es el arte y la representacion.

Hay otros géneros de política:

Política elegante, femenil, de buen tono.

Esta toma aspecto inofensivo, carácter inocente.

Pero es política temible.

Se manifiesta por medio de signos exteriores.

Una flor, un adorno, una peineta, un objeto, en apariencia pueril.

Alardes de la opinion que impulsan los atractivos y las gracias.

Gotas de agua que pueden convertirse en mar.

Granos de arena que pueden formar un monte.

Política de salon.

Contradanza de caballeros que se entienden y bailan solos.

Se recibe y se da thé, chocolate con canela, platos de sal y pimienta; dánse apretones de manos; se abraza hasta reventar.

El señor de la casa habla poco, porque tiene una sarta de amigos pendientes de sus lábios.

Dicho queda que el señor es sugeto de talla.

Roble, bajo cuyas bellotas se cobijan menesterosos asociados.

Arbol de buena sombra que produce ópimo fruto.

Los íntimos de este político sultan, arriman el hombro para que les dé la palmadita.

El que la lleva ya sabe que ha de recibir más.

Pronúncianse discursos: á los afiliados que no tienen palabra se la dan: la piden y la toman, cuando no hay mejor cosa que tomar.

De allí sale el nuevo Gobierno.

Como su caricatura sale de la política de café.

Oradores, estadistas, financieros, diplomáticos, guerreros, jurisconsultos, políticos de tostada y sorbete liso, arreglan el país de codos sobre una mesa de cuatro patas.

Observadlos; son ocho; pueden formar ministerio.

Un subteniente: *Presidencia* y *Guerra*.

Uno que no sabe francés: *Estado*.

Un estudiante de leyes: *Gracia y Justicia*.

Un lotero: *Hacienda*.

Un barbero de la calle del Barco: *Marina*.

Un gacetillero: *Gobernacion*.

Un maestro de escuela: *Fomento*.

Un agente de negocios: *Ultramar*.

Disputan con sándia expresion.

Aderezan con apóstrofes é interjecciones su locuacidad.

Cada cual aprecia los sucesos de diversa manera.

Su sistema es la variedad dentro del absurdo.

Su política la represion, disfrazada de tolerancia.

Sólo están unánimes en que el Gobierno es malo y en que ellos lo harian mejor.

Todos braman una idea:

«Esto no puede seguir así.»

Sacuden manotazos sobre la mesa.

Se acaloran con una copa de licor, y un vaso de agua les serena.

Convienen en que es preciso echarse á la calle, y se van á dormir.

Hasta el dia siguiente, que se repiten greguería y contienda.

Política de plazuela: gruesa especiota, noticias tenebrosas, absurdo y vulgaridad.

Manifestaciones del dolor ó la ignorancia.

Criterio popular del revés.

Marejada de denuestos contra el que manda.

Ecos perdidos que alguna vez levantan tempestades.

Esquinas insurgentes con motes y lemas pegadizos.

Políticos de cárcel. Pájaros que cantan en la jaula.

Proclamas, denuncias, ayes sin esperanza.

Explosiones de ira. Incendio que aviva la mecha oculta.

Sonidos del grillete que no se extinguen.

Noche de insomnio y de alerta.

Desdichados que comercian con la desesperacion.

Resta la política subterránea:

Espíritu nunca domado: fanatismo destructor de la sociedad.

Aliento de venganza.

Máquinas humanas de protesta constante.

Pólvora sorda.

Sufrimiento, imprecacion, blasfemia.

Mente debilitada, ayuno.

Y por contraste, política de comedor.

¡Oh, qué apacible, grata y feliz política!

Platos abundantes, manjares suculentos, servicio esmeradísimo, apetito voraz, libaciones, plétora, ocurrencias agudas, variedad de entremeses, postres, ensaladas y brindis patrióticos.

El anfitrion saluda á los comensales, y todos se levantan como un solo hombre, á brindar por él. Ponderan sus prominentes virtudes cívicas, sus peregrinas cualidades; elogian sus talentos!....

Una charanga inmediata, suena chim! chim! chim!

El bombo sonoro, bom! bom! bom!

Vivas y aclamaciones ensordecen el aire.

La alegría turba la armonía de los espacios.

Los periódicos describen el simulacro gastronómico, pero disimulan la intencion.

Allí no se fué á comer por comer, sino por estrechar lazos que se aflojaban, vínculos que no deben romperse.

En este punto no caben huelgas.

El estómago de la política no descansa.

Ahora falta tratar de la verdadera política; ciencia de gobernar el Estado; política de paz, órden, abundancia y engrandecimiento; de esa política llamada alta.

Pero tan alta está que no la vemos.

Y lo que no se ve, en vano lo describe la pluma ó lo pinta el pensamiento.

1871.

LOS NIÑOS

¿Teneis hijos?

Tendreis corazon: habreis sentido sus impulsos alguna vez.

Se habrá movido en vosotros, el resorte de la caridad para con los débiles.

La admiracion y el respeto á la santidad de la inocencia.

El amor á la virtud.

El sentimiento de la familia.

Si sois padres no dejareis de ser verdaderos amigos de los niños.

Comprendereis la ternura de aquellas divinas palabras que dicen: «Dejad que los niños lleguen á mí.»

Séres débiles, naturaleza de cera que se amolda á la voluntad, educados para el bien, formarian un mundo de ángeles:

Lanzados á merced de la corriente, precipitan á la sociedad en su caida.

Son reflejo del pasado y alborada del porvenir;

Y ellos no gozan mas que con el presente.

Los hombres del siglo piensan demasiado en sí y se olvidan de los niños.

Las agitaciones de la vida disipada, niéganles el pan más nutritivo que es el de la educacion.

No hay costumbres porque no hay ejemplo.

No hay ejemplo porque escasean virtudes, porque falta instruccion.

Los años pasan en la inercia.

La experiencia no madura.

El viejo que ha desaprovechado las lecciones del tiempo, cria al jóven vano ó soberbio.

Y en él fructifican indolencia, pereza y ociosidad.

Pobres niños desterrados de la patria nativa; mendigos del bien.

Le buscan en vano por medio de la admiracion.

Venden sus primicias al aplauso del pueblo.

Del pueblo en el cual retoñan instintos de barbarie; la fuerza bruta del pasado; las sombras de la historia.

¡Desdichadas criaturas!

¿Quién no las ha visto representando funciones de agravios, llamadas *coloquios?*

En los labios de una niña se ponian frases groseras atribuidas á la Vírgen María.

Sus tiernos compañeros hacian papel de santos pecadores.

Aquella lastimosa literatura se difundia por las aldeas.

Aquella relajacion moral, demandaba sonrisas á la multitud.

El pueblo se alborotaba riendo.

Mercenaria especulacion.

De igual suerte que el mundo civilizado gozaba en togatas y tabernarias.

Francia se decia grande y pugnaba por empequeñecerse.

El vértigo material habíase engalanado con apariencias de arte.

La prostitucion reinaba en el teatro.

La extravagante superchería ganaba sueldo.

La generacion gastada, buscaba excitantes hasta apurar los placeres:

Los hombres degradados danzaban:

La infancia descubrió el can-can.

Los niños bailaban, bailaban y gemian.

Engrosaban sus piernas, se estrechaba su cuerpo, enflaquecia su corazon.

Apenas abiertos sus ojos á la luz, deslumbrábales el resplandor de las candilejas.

Sus padres les arrojaban á las tablas para cobrar un salario á costa del primer sudor que exprime el cuerpo.

El alma se deslizaba hasta los piés.

Las tiernas niñas mostraban la flexibilidad de la palmera vírgen azotada por el huracan.

Cuanto más exagerados, eran sus movimientos, mayor aplauso recibian.

Rostro abigarrado, color fingida, formas algodonadas.

El almidon emplasteciendo la naturaleza.

¡Qué série de funestos triunfos!

Las madres se disputaban la ocasion de que sus hijos pudieran presenciarlos.

Miradlos—decian—son niños como vosotros.

Pero vosotros no teneis esa habilidad, esa gracia, ese encanto.

¡Qué monada!—añadian algunas.

¡Qué prodigio!—repetian las más.

Y los niños seguian estrechando el puro seno de las niñas.

Moviéndose con la precision de la máquina destructora impulsada por una ley fija.

Y los optimistas seguian explicando, enalteciendo las excelencias del arte material.

A la danza sustituye la representacion escénica.

Al mecanismo corporal, los escarceos del espíritu.

Los niños estudian las pasiones, las fingen.

Sondean defectos, faltas, crímenes, hasta donde alcanza su instinto natural, su compresion.

Aprenden á falsificar la virtud.

De Italia sale una compañía de niños florentinos, génios mendicantes, sin hogar, sombra, ni guía.

Pobres niños que han perdido á sus padres.

Pobres padres que sueltan del nido á sus hijos.

Caminan sin rumbo cierto; su capital es el acaso.

Su ciencia es la inocencia.

Y la inocencia la han perdido tambien.

Vedlos escuálidos, abatidos, miserables.

Conducidos de ciudad en ciudad, de plaza en plaza.

Domesticados, por decirlo así, como familia de monos sábios.

Rebaños de la desgracia, unidos por ella.

Su especulador les presenta como una coleccion de fieras inofensivas.

Las niñas ni siquiera causan lástima.

¿Podrá concebirse mayor desdicha?

Admírase tanto su soltura, fácil decir, gracejo é intencion picaresca.....

Son artistas que reproducen grandes sentimientos.

Sobre todos, el dolor.

¡Qué pintura tan amarga, pero tan exacta, es la de la realidad!

El alto mundo se digna verlos representar.

La prensa les prodiga sus elogios.

¡Oh, niños interesantes, que apenas leeis en la cartilla y ya descifrais los geroglíficos de la suerte!

Ellos han profundizado el arte de Roscio, ellos vulgarizan sus conocimientos.

A su ejemplo, los niños estudiosos aprenden comedias que representan en caseros teatros, los dias de trabajo.

Colegios particulares ofrecen tambien estos estudios de aficion.

Cátedra de moral, y tras ella divertimiento cómico ó dramático.

Luisito es un niño de seis años no cumplidos, á quien su director ha ensayado una escena de seduccion.

Don Juan es un seductor de carácter.

El papá de Luisito caracteriza á su hijo con patilla y bigote de crepé; le viste de fraque, encarga al sombrerero que le ponga el sombrero de copa.

Filomena, niña de ocho años, hace el papel de la mujer casada pretendida.

El niño la dice, hablándola de su esposo:

Luis seria el marido
Y yo seria el amante.

Su entonacion, actitud y aparente gravedad, cautivan al auditorio, y una salva de aplausos celebra la precocidad de los interlocutores.

Rie á carcajadas el público satisfecho.

A los padres de Luisito y Filomena se les cae la baba.

El director, que acertó á elegir el paso de la comedia, no cabe en su pellejo.

Los niños ya no recitan fábulas morales.

Ensartan escenas y conceptos ininteligibles que guardan en la memoria para comprenderlos mañana.

Pasemos al Circo hípico, donde tambien brilla la generacion paciente.

La niña *Teresa*, el niño *Conge*, los niños *Elbini*, el niño *Eduardo*, el pequeño *Hanlon Lees* y los maravillosos niños del aire *Alfredo* y *Bobi*.

¡Cuántos niños!

El trapecio, las paralelas, el alambre, las jacas; estos son los libros de donde han sacado su sabiduría.

Vedlos elevarse, agitarse, rodar, describir círculos como una pelota; vedlos descuartizados; con los miembros reblandecidos; con los huesos desengarzados; descompuestos de cuerpo y alma; saltar, volar, perderse en el espacio.

Vedlos llevarse la mano á la boca para hacer el saludo de reglamento.

¡Vedlos caer!

Vedlos levantarse automáticamente sin exhalar un ¡ay! ni una queja.

Vedlos palidecer, casi morir, para resucitar al punto y afrontar de nuevo la situacion y el peligro.

Un movimiento del látigo los anima.

Sus mejillas se encienden, tal vez de vergüenza.

La turba de espectadores aplaude.

Los niños vuelven á dedicarla su obligada sonrisa.

Esa sonrisa de oficio, de muerte.

Sonrisa que entristece, que hiela la sangre.

¡Niños infelices!

Todavía hay más:

Hay niños que sonríen delante de un toro.

De una fiera que pondria pavor y espanto en una hueste de guerreros.

Que dispersaria una tropa de hombres de corazon.

Los espadas *Jimenez* y el *Marinero*, de catorce años.

Los picadores el *Cubano* y el *Granadino*, de doce y trece años.

Los banderilleros el *Sombrerero*, *Joaniquin*, *Troni*, *Paquiro* y *Planeta*, el mayor tambien de trece.

El puntillero *Bayoneta*, ¡de nueve años!

El intrépido *Jimenez* despacha *de una buena recibiendo.*

Arrojan á la plaza una corona de laurel, y le gritan: ¡que se la ponga! ¡que se la ponga!

Y el niño se ciñe *la corona del arte*.

Pero un momento despues, va á sentarse en la barrera.

La fatiga le abruma; desfallece de cansancio.

Está enfermo; su cabeza se hiergue; sus pulmones buscan aire y no lo encuentran.

La corona está allí, muda y marchita, como si anunciara el fin no lejano del lidiador.

Como si dijera: este niño no llegará á ser hombre.

O como si pensara: este hombre ha dejado muy pronto de ser niño.

Bayoneta anima con su arrojo á su compañero.

Le llevan de la mano para que sepulte el *Cachete* en el cráneo del toro.

El niño asesta el golpe, acierta y revuelve con fruicion el arma dentro de la cabeza del animal, rendido á sus piés sin vida.

La hazaña es grande.

El asombro más.

Pero es más grande todavía el alma del niño *Bayoneta*.

A su soplo brotan otras almas cándidas.

Otros héroes recien nacidos.

Niños audaces, niños inteligentes, niños ilustres, llamados por sus motes.

Mas ¡ah! ninguno se nombra como en Alemania, Schwilque el relojero; en Italia, Félix Peretti —Sixto V,—y Vicente de Paul, en Francia.

Estos niños no reviven cada siglo.

Verdad es que tampoco ha renacido en el nuestro José de Calasanz que inculcó á los niños la sublime máxima de:

Trabaja para ser sábio é independiente.

1871.

LAS ECONOMÍAS

¡Triste Chactas!.... ó tristes memorias de mi cartera.

Habia yo heredado los bienes de otros.

La fortuna, no sólo me sonreia, sino que soltaba carcajadas.

Gasté, derroché sin tino.

Dijéronme que me entregaba á la disipacion;

Que tenia la mano rota.

El apoderado de mis bienes se levantó un dia de humor de administrar, y exclamó:

Vamos á ajustar cuentas.

Examinemos los gastos.

Veamos, si podemos, los ingresos.

Números van, guarismos vienen.

Tira por arriba, afloja por abajo.

Sumas, restas, divisiones.

Multiplicacion, ninguna.

De operaciones tantas, resultó que se podia seguir trampeando el déficit.

Tapemos, dijo, con remiendos y zurcidos los agujeros de nuestra miseria para que no se descu-

bra, como la vanidad de aquel filósofo harapiento.

Se formó mi presupuesto particular entrando con recargo, ó fiebre.

Al año siguiente el recargo creció, y con él el disimulo.

Al otro gasté todavía más, para enmendarme.

Al cuarto año eché otra cana al aire, la casa por la ventana.

Seguíamos gozando, triunfando y pagando un tantísimo por ciento.

Aumentábanse los apuros.

Las obligaciones, no satisfechas, nos ahogaban.

Pero mis cuentas continuaban galanas.

En doce meses tuve más de doce administradores.

Jóvenes y viejos, gente lista y aprovechada, servidores que servian para todo.

Todos eran buenos y mi capa no parecia.

Al cabo encontré un nivelador inclinado á decir verdad.

Que á pesar de sus ensayos, no pudo acostumbrarse á no comer, y huyó.

Yo seguí gastando.

A rey muerto, rey puesto; vino otro administrador.

Indivíduo que aplicó el teodolito á mi hacienda.

Nuevo apoderado, apoderóse, como los demás, de mi caudal y de mis deudas.

Tísico el uno, robustas y gordas las otras.

Déficit se escribia en casa con *D* grande.

Pues, señor, nos dijimos todos, es necesario hacer economías.

Es preciso tirar de la manta y descubrir el pastel.

Es forzoso cantar clarito, mudar de vida.

Producir y ahorrar: comer para vivir—nada de ahitazgos—en vez de vivir para criar apoplegía.

¡Canario! dije yo en un rapto de entusiasmo.

¡De esta sí que entramos en caja!

Vamos otra vez á cuentas.

Sistema: ¿Qué gasto yo?

Tanto en esto, tanto en aquello, tanto en lo otro, tanto en lo de más allá, y otro tanto en muchas cosas.

¿Qué es lo que más me cuesta?

Esto y aquello.

Pues fuera aquello y fuera esto.

Fuera, fuera; alguna vez hemos de tener carácter.

Pero reflexionemos: suprimir lo esencial, imposible. Contra este saludable propósito, hay tales, y poderosas razones.

No se puede suprimir ni aquello ni esto. Al afirmarlo el administrador pone la mano en el estómago.

Pensemos entonces en lo otro y en lo de más allá.

Meditemos, que dijo aquel.

Números por delante; guarismos por detrás.

Proyectos por activa; y por pasiva..... deudas.

Resultado, que no es lícito, ni seria conveniente, ni político, *ni bien educado*, suprimir lo otro.

Entonces nos queda el recurso de echar á rodar varias cosas.

Recargos, excesos, gastos supérfluos.

Primero, N.

Nunca; se oponen con todas sus fuerzas la familia.

Segundo, J.

Jamás. Los papás no lo consienten.

Pues ellos son los que gritan: ¡Justicia!

Sí; justicia y no por mi casa.

¿Qué hacer, entonces? ¡Venga una víctima!

Tengo mil, contesta el tigre-administrador.

¿Cuáles son?

Los empleados de casa.

¡Eureka!

¡Víctor y walsen!

Ya está resuelto el problema.

Ya hemos descubierto la ciencia infusa.

Vednos tras larga jornada, sentados á descansar sobre la piedra filosofal.

Duro á los sueldos y á los servicios.

Abajo la burocracia.

¡Mueran los empleados!

Examinemos las categorías. Vamos á ver: este es alma de la casa, el Administrador, y lejos de cercenarle, dicho se está que hay que aumentarle el sueldo, por estos trabajos extraordinarios.

El Ayuda de cámara. Persona y cargo de confianza; con decir que *ayuda*, dicho se está, que no se le puede tocar el pelo de la ropa.

El Mayordomo. Este *domo mayor* que trabaja *pro domo sua*, lo hace tambien *pro domo mea* y no debe tampoco sufrir lesion.

Caiga, pues, el cocinero.

¡El cocinero! No, no! exclama las bocas abiertas.

El criado. ¡Atropellar sus dilatados servicios!

La planchadora. No puede ser, señores; esa nos da lustre.

El portero. ¿Quién abre? ¿Quién cierra?

El aguador. ¿Quién apaga nuestra sed de conquistas?

Santo Dios, ¿qué suprimimos?

Tengo una idea, grita el Administrador, dándose un golpe en la frente.

¡Una idea! ¡Oh, júbilo!

Se reducen todos los sueldos, emolumentos, haberes, salarios y soldadas, á la cantidad *unitaria* de una peseta mensual.

¡Otra idea! No hay que apurarse: los hombres de práctica tenemos recursos para todo.

Se suprime la lavandera y el aguador. La criada irá al rio, ó se lava la ropa en casa.

De igual manera, resolvemos que quede el barbero excedente con dos reales al mes.

¡Magnífico!

Se formaliza el presupuesto, realízanse las importantes reformas indicadas.

Se aprueban con un sí, de cabeza, porque no vale la pena de detenerse en estas cosas, y, en la primera semana económica, ofrecen el siguiente resultado:

El ayuda de cámara se pone las botas y fuma mis tabacos; cubre su déficit empeñando mi alfiler y mis botones de oro, cuando no desaparece mi reloj.

En la mesa se sirve una indigestion diaria para la familia.

El cocinero cobra dos sueldos en la plaza y revende el pan blando, para sustituirle con mendrugos.

El criado se divierte, quedan los oficios por hacer y hay que llamar una asistencia que cuesta doble.

La planchadora suprime el almidon. No más camisa limpia.

El portero me sacude y deja la puerta abierta al contrabando.

La criada va al rio á formar con los soldados de caballería. La ropa se lava fuera y apesta á todo el barrio.

La casa, sin gobierno, se desmorona, y como que el barbero fué suprimido, nos afeitamos solos.

El mayordomo, único servidor que no entró á la *rebatiña;* el hombre honrado, víctima de la tabla rasa doméstica, ha fallecido de hambre!

Y el protagonista de mi cuento échase á dormir y se despierta comido de ratones.

Véase, amados lectores mios, para lo que sirven nuestras economías.

Suprímese lo necesario y se mantiene lo supérflo.

Redúcense los gastos y se suplen con otros mayores.

Se tropieza en un átomo y no nos cierran el paso, moles de escombro y montañas de piedra.

Pagamos mal á Dios y debemos mucho á los hombres.

Ellos cumplen pidiendo perdon para sus deudas, pero sin perdonar á sus deudores.

Los acreedores dominan á la sociedad y la

amenazan con la espada de Damocles del rédito.

Gastamos más de lo que poseemos, lo cual no es mucho gastar si se atiende á que no tenemos nada.

Tocamos, pues, en la ansiada nivelacion. La fórmula ya conocida, será esta:

Suprímase todo. Ya no existe nada. Nadie queda encargado de la ejecucion de este decreto.

1871.

EL CALOR

¿Dónde está?

El calor atmosférico no corresponde á los pronósticos: el físico hiela la sangre; el calor moral es un verdadero agente imponderable, por lo mismo que ya no se le siente.

No hay calor.

Consúltese un almanaque regido por las *antiguas* leyes atmosféricas.

Determina las fases del sol; anuncia sus efectos; señala los períodos de la estacion estival.

La ciencia de hoy no explica los fenómenos naturales.

Sus oráculos no estudian los astros.

Convierten árduos problemas en fáciles acertijos.

Y para no equivocarse y no descubrir la solapa de su empirismo, nos recetan bochornos y chubascos, nieblas altas y ráfagas horizontales, calores frescos y lluvias eléctricas.

Tempestades por activa y por pasiva, que luego no salen á escena.

La humanidad transeunte lleva el quitasol en la diestra y el paraguas en la siniestra.

Va de capa caida, pero á la capa.

El cuerpo ha rescindido el contrato de sus emociones.

Nada le altera la sangre, ni la sangre misma.

Crísis sociales, guerras, hecatombes, como decimos ahora.

Pueblos que se derrumban, ideas que arden, antorcha de la civilizacion que oscila al chocar con las llamas del incendio.

Todo esto es un grano de anís, una bicoca, si se compara con la calma que reina en la jurisdiccion de la familia tradicional.

Sentada—es decir, tranquila—á la sombra que prestan las canas de una cabeza venerable.

Los padres, ante todo; los hijos obedientes, despues.

La religion de los primeros, atalaya de los segundos.

El hogar santo, resplandeciente de luz.

Allí está el calor, porque allí está el hogar.

Dios en el cielo y tambien en la tierra.

Presente en las desdichas para dulcificarlas.

Presente en las esperanzas y en los placeres.

Creencia viva y conciencia limpia.

Cenizas de un fuego que tarde se extingue, y si se apagára.....

¡Desdichada sociedad entonces!

El honor sostiene demanda por el calor perdido.

El esposo humillado, la mujer ofendida no pueden permanecer indiferentes ante la compasion del mundo.

Ciertas manchas no deben ponerse al sol.

Pero se lavan en el silencio de la conciencia.

Con bálsamo de perdon y lágrimas de arrepentimiento.

¿Quién no se extremece al pensar que no se piensa ni siquiera en evitar la deshonra?

La pasea el avaro en coche.

La dama elegante la engalana con sus joyas.

El hombre importante la lleva, sin advertirlo, en una banda; en una faja, la esmalta de bordaduras para que brille más.

Se arropan con ella las gentes para cubrir la desnudez del alma.

¡Oh, avaricioso frio de la deshonra!

El entusiasmo, la admiracion, tambien están yertos.

Pobre observador de las costumbres de mi época, yo me atreveria á pedirla una limosna de entusiasmo.

Una sonrisa aunque fuera de lástima de sí misma.

Un movimiento aunque fuera de ira.

Roma palpitaba agonizante.

La Edad media gemia y cantaba.

Tristes los que no saben ni aun llorar sus desventuras.

Este acompasado mecanismo de las sociedades convierte cada corazon en artefacto, cada indivíduo en maniquí.

Abierto el tablero muévense sobre él peones y damas.

Tocado el registro del organillo, describen un círculo vicioso sus atomáticas figuras.

¿Cómo ha de haber calor en un cuerpo de madera?

La imaginacion se aletarga sobre despojos de la bacanal.

La inspiracion se revuelca en el anónimo, ó brota al soplo de la musa materialista.

El arte se guarece en la plaza de toros ó en el circo de caballos.

Allí se reanima el espíritu abatido, mientras salta un clown, se hace tasajo de un cuadrúpedo ó cae un hombre.

Un hurra se escucha que parece un gemido.

A las pocas horas todo vuelve á dormir, hasta que resucita el lunes ó se anuncia alguna nueva *maravilla del aire*.

¿Y á esto se llama lidiar por la patria?

No, que tambien fingimos abrasarnos en su ardor.

Todavía luce el sol que alumbró el Dos de Mayo.

Sino que, segun se cuenta, Daoiz y Velarde fueron dos *sublimes insurrectos*.

Por eso se les tejen coronas de *diferentes colores*.

Se especula con el aplauso de sus hechos.

Se reparte el sudario que los envuelve.

Ya se ve, pertenece á España, y lo que hay en España es de los españoles.

¿Pero y el calor que brota de su tumba veneranda?

Se disipó en la atmósfera, como el humo de las salvas.

Y renacerá el dia de su aniversario.

El cañon habla una vez al año: su elocuencia conmueve, su acento hiere las más ocultas fibras del alma.

¿Qué voz puede compararse con ese cañon?

Óyense algunas, que parecen ecos vagos del cálculo; lenguas del error.

Otras que salen heladas de los lábios.

Otras que suenan de oficio, como los instrumentos desacordes de una murga.

Otras que predican lo que se ha desmentido con el ejemplo.

Voces sonoras, producidas por los cuerpos huecos.

Voces melodiosas, que piden paz y dan guerra.

Todas producen ruidos.

De cada una de ellas se puede decir: *vox clamantis in deserto.*

Nadie las escucha; sólo halla eco la voz de la desesperacion, del error, de la mentira y la protesta.

Trompetas de destruccion que mantienen viva la idea del juicio final.

Suenan á impulso de una corriente de aire metífico.

Su acento pavoroso, espanta.

La corriente se desata, los oidos se abren, los ojos se cierran.

La multitud miope, degenera en sectaria ciega.

¡Vamos! se grita.

¡Vamos?! se contesta, y nadie pregunta, ¿á dónde?

Hay un momento fatal, que parece un siglo; un instante de vida, de vértigo implacable, de demencia contagiosa.

Cualquiera diria «aquí hay calor».

Y lo que hay es chispa de pedernal que salta y muere.

Pasiones fosforescentes.

Furores vanos que trasforman en siervo al hombre libre, que le hacen esclavo de otro hombre.

Que consuman la explotacion de la debilidad por medio de la astucia y la osadía.

Porque la osadía y la astucia forman la base de la ciencia nueva de vivir y dominar.

Cuanto se ha escrito de la razon humana, es una paradoja.

Las teorías más bellas, ceden su lugar á los hechos más fútiles.

La materia no está preparada para fundir gigantes.

El molde es mezquino y sólo se fabrican pigmeos.

Héroes lilliputienses que anhelan improvisarse colosos.

Velocipedistas titiriteros, funámbulos que saltan por encima del talento, de la probidad y del trabajo.

Y vuelan y se remontan para caer en el abismo de la nada.

Demandadles calor; cruzad con la suya vuestra mano y su contacto os extremecerá.

Son de mármol.

El trabajo es estéril—exclaman;—su camino largo y espinoso.

Conocemos el atajo para llegar al fin de la jornada.

El calor del trabajo seca.

El sudor de la frente mancha.

Mientras haya piés ¿quién anda con el cerebro?

Corren y hacen fuego, pero no les calienta.

El hierro se ablanda, en fuerza de los golpes de martillo.

El yunque se ablanda tambien.

Pero si falta yunque faltó la fuerza y el calor.

Grito de guerra se lee en las esquinas.

¡Hermosa obra!

Abrid los ojos y cerrad los oidos.

¡Sentid y aprended!

No olvideis que la fé ilumina más que el petróleo.

Haced calor, aunque sea yéndoos á las manos.

En la esperanza de que al levantarlas, irán con ellas los brazos y con los brazos la voluntad de estrecharos en ellos:

Para que se realice el ideal de que todos somos hermanos.

1871.

LOS ACONTECIMIENTOS

¿Sucede algo?

Nada de particular, contesta una usual expresion.

Lo de ayer, lo de hace un siglo, lo que sucedió el año pasado, con ligeras variantes.

No hay nada nuevo debajo del sol.

Sale por donde quiere, mientras seguimos durmiendo el sueño de los hastiados.

¿Cómo hemos de reparar en las cosas que acontecen?

Las que se miran de cerca, nos parecen pequeñas.

Las cosas lejanas, se hace como que no se ven.

Algunas son tan graves que no caben en la cabeza.

Por eso nuestra imaginacion las desecha pronto.

Tiene su impresion término breve.

Cinco minutos para condolernos, bastan y sobran.

Nos sucede lo que aquel que no se decidió á llorar en el entierro de un amigo, porque pertenecia á otra parroquia.

Hay una frase célebre que caracteriza una época y un país.

La España del *No importa.*

En esta España vivimos todavía.

Sino que antes no importaba sufrir, esperar, combatir ó morir.

Y ahora todo aquello, tal vez, importaria mucho.

Lo que importa hoy es lo ménos importante.

Fíjase la atencion en hechos pueriles, y se aparta todo linaje de sentimientos de las cosas dignas de ser meditadas.

Acontecimientos trascendentales pasan inadvertidos, ignorados.

Sucesos vulgares, cosas fútiles, comentados y puestos en evidencia.

Para cualquier insignificante sucedido, la ponderacion extremada ha inventado esta fórmula:

«Fué un verdadero acontecimiento.»

De modo que, segun los constructores de frases, no siempre acontece lo que sucede.

O lo que sucede ha de ser á gusto de los *acontecidos* para que merezca el honor de ser calificado de acontecimiento.

Por ejemplo, una recepcion, un concierto, la apertura de un bazar, el estreno de una comedia ó de un cantante ó cualquier acto estrepitoso, son verdaderos acontecimientos.

Lo que pasa en la calle, en el hogar doméstico ó en las regiones de la inteligencia modesta, acae-

cerá ó no, si hay gacetilla que lo cuente ó conciencia que en ello no repare.

Vea V.; ¡y habrá todavía quien crea que cuanto sucede en el mundo sucede de verdad!

Que es real lo que vemos, oimos y palpamos, cuando, si se ha de dar crédito á los vociferadores de sucesos privilegiados, todo lo que ellos no anuncian ó comentan, es efecto de óptica ó pura invencion de la fantasía:

Certeza falsificada; creencia errónea; mentira y sólo mentira.

Yo tengo la pluma en la mano, y sucede que escribo lo que me ocurre y Dios me dió á entender: pero esta es mi duda:

Que yo escriba, que trace en el papel estas líneas y estas letras, ¿será un verdadero acontecimiento?

¡Ilusiones vanas! La razon me dice que sí, pero la crítica de la comedia humana me dice que no:

Y ya sé que esto no es ni un suceso real, ni un acontecimiento de esos que suceden.

Estas cuartillas tomarán forma en la imprenta; aspiran á la publicidad y la obtendrán, si tal es su fortuna.

Vendrá un lector; no me atrevo á decir que vendrán más, porque es dificultoso este plural:

En fin, habrá quien lea, siempre que haya algun curioso capaz de considerar que los libros se escriben para eso.

¿Y qué sucederá? Que el lector no sabrá si acontece algo cuando él lee, ó no acontece.

¡Donosa invencion!—dirán mis objetantes.—Pensar, escribir, leer un libro: ¿en qué época ó lugar ha sido esto un suceso?

Los verdaderos acontecimientos no ocurren nunca á espaldas de la gente noticiera.

O si ocurren, falta para que se sepa que han acaecido, que al publicarse lleven su patente de legitimidad.

Que pase una alma tierna por la calle y dé limosna á un pobre desvalido. ¿Será obra de uncion caritativa? ¿Será un hecho cierto?

Distingamos: las acciones buenas que se escriben en el aire—y estas son las mejores—no pueden leerse, y dejan de ser, por tanto, verdaderos acontecimientos.

Recoged limosna cantando ó bailando: sacad al espectáculo vuestras gracias, primores y atavíos:

Juntaos para entonar á coro, con las voces de vuestra conversacion, un himno á la pobreza, y entonces sí que habreis practicado mucho más que una buena obra; un acontecimiento verdadero.

Y en balde se ocupan moralistas y sábios, en regenerar á la sociedad:

En vano estudia al observador, y discurre el pensador, y profundiza los gérmenes de ciencia el espíritu analítico:

Inútil es que anden arrinconados por el mundo, criterios rectos dedicados á estirpar preocupaciones y corregir errores vulgares:

Pues ya estamos convencidos de que ninguno de estos hombres, ha sido capaz de producir acontecimientos verdaderos.

Por eso aquí no hay hazañas, ni estátuas; ni rasgos grandilocuentes, ni sucesos peregrinos, ni hechos inmortales.

Guzman el Bueno, fué traido con justicia, en

hombros de la fama; pero nadie se acuerda, de los buenos Guzmanes de estos tiempos:

De tantos padres como ofrecen leales á la pátria, las vidas de sus hijos.

¿Y en qué consiste? En que tales sacrificios, ya no figuran en las crónicas de los acontecimientos verdaderos.

El Cid, Diaz de Vivar; Córdoba, el Gran Capitan, dieron y ganaron batallas que no serian hoy acontecimientos.

Las carreras de caballos que, al presente se ganan en los toros, en los circos ó en la pista, son hechos coronados con el lauro de sucesos verdaderos.

Lo que suena y alborota es objeto de ovacion, en épocas de frívolas vanidades.

Y eso que la ovacion, tal como la entendian los romanos, era el triunfo ménos significante concedido á la victoria.

El triunfador menor, que entraba á pié, recibia ovacion, á diferencia del triunfador mayor, del héroe que era elevado en carro y ceñia la corona.

Tambien entra y sale á pié, el ingénio contemporáneo: corre de acá para allá, ganándose el sustento de la vida, sin que la trompetería de la farsa anuncie este acontecimiento.

La ovacion con que, por costumbre rutinaria, preténdese realzar el mérito, es corta ofrenda; modesto galardon para los humos de estos tiempos.

Decir que fué un verdadero acontecimiento, aquello que se pretende elevar hasta las nubes:

Formular con tan mezquino criterio, la mayor de las honras; el más estruendoso de los aplau-

sos, ó la campanada más vibrante que puede oir el mundo:

Hacer del dios éxito, el dios acontecimiento, es puerilidad notoria ó desconocimiento del sentido y valor de las palabras; rutina ó trivialidad en que cae la crítica ó reseña de sucesos contemporáneos.

Pruébese, si no, que no es suceso todo cuanto acontece, y que todo lo que sucede no es acontecimiento.

Seria suceso extraordinario y verdaderamente singular, que la gramática no sea patrimonio de unos pocos; que sea conocido el valor de las palabras y que giros viciosos y modos de lenguaje, no trunquen las ideas.

Mas ¿qué importa la cuestion de forma, cuando esta perturbacion del sentido, penetra en el fondo de las cosas?

Raros son los acontecimientos de tal magnitud que merezcan ser registrados. Ménos conocidos los que pudieran llegar al alma de la sociedad y pasan de incógnito.

En suma; no conocemos otros acontecimientos que los que se llaman verdaderos, y en realidad de verdad, son falsos.

1872.

LA RULETA

Madrid se despide de sí mismo.

Como está pobre, muda con facilidad de domicilio.

Se provee de su cédula de vecindad, porque sin ella no podria respirar, y en el perentorio término de veinticuatro horas cátale en las márgenes del Urumea ó del Vidasoa.

Harto de recrearse con sus tomadores del dos, con sus tiradores de la oreja de Jorge y con sus cambios políticos:

Se empaqueta en el tren *de recreo* y toma alojamiento en la opulenta ciudad de San Sebastian.

San Sebastian abre los brazos al viajero, le atrae como las sirenas de la fábula; le arroja al mar y se queda con su bolsillo entre las manos.

Seis piés de tabla y un catre con jergon, chocolate claro, agua con bolado y la diaria racion de atun y sardinas, realizan el hermoso sueño de un bañista modesto.

Los bañistas, que han traido los humos de la

locomotora que les condujo, viven en pequeños castillos improvisados.

En hoteles famosos, donde se obtiene el catre, la racion y los seis piés de tabla á un precio más digno *de referirse*.

Es cuestion de cocinero.

Las gracias del veraniego en San Sebastian, son tres:

Cocina, modista y ruleta.

Con la primera no se sabe lo que se come.

La segunda se indigesta á los padres y á los maridos: viste á las damas.

La ruleta, en cambio, desnuda á los caballeros.

Es una invencion prodigiosa que acredita el progreso del siglo XIX.

Máquina muda de pólvora sorda, huye del escándalo y destruye sin meter ruido.

Es un encanto ver girar la fatal bolita.

Describe una série de curvas, corre presurosa, cae.

Con ella cae el jugador y se levanta el banquero.

Tantos cálculos, combinaciones tántas, son estériles ante el ingenio del inventor.

El juguete es sencillo, funde el oro y la plata con pasmosa rapidez.

En su torno se colocan los hombres convertidos en niños, los niños convertidos en anzuelos, las madres y las esposas convertidas en mariposas que se queman en la llama.

¡Oh poder de la ruleta!

Errante la familia, ella es el lazo que la une y forma nuevo hogar.

Los niños inocentes, las almas puras, danzan en su derredor.

Solemnizan el triunfo del que gana.

Disipan la tristeza del que pierde.

Sonríen á sus padres, al ver hundirse la última peseta.

Los carteles de las esquinas llaman á los niños á un baile:

Dícenles: dejad el sol, dejad el mar; ¿qué importa el explendor de la naturaleza?

La ruleta recibe á la infancia á las cuatro de la tarde.

Es la hora de la siesta, y las tiernas criaturas van á reclinarse en su regazo.

Los acordes de la orquesta se confunden con las armonías del oro.

La generacion que nace, se viste de gala para celebrar los funerales de la fortuna.

Se divierten los hijos: gozan las madres; los padres, codiciosos de ganancia, exclaman: «Volveré mañana.»

Y los que han perdido, esperanzados con la revancha, repiten: «Mañana volveré.»

Y vuelven todos: unos por curiosidad; otros soñando con el golpe decesivo; otros para estudiar el secreto impenetrable de los *ceros;* los más buscando el secreto de la chiripa; los ménos encontrándole.

Pero en tanto, crecen los réditos del tallador.

La especulacion se extiende y lo avasalla todo.

Vístense varias veces y de diversos modos, las heroinas del vicio, para asistir á la fiesta de la nueva civilizacion.

Los salones resplandecen de hermosura.

Los trajes oscurecen el brillo de la ruleta.

El gran mundo, el buen tono, ha sentado allí sus *reales*.

Sin advertir que esos *reales* que se sientan, no se vuelven á levantar.

De esta asociacion de bellezas nace la emulacion, que se parece á la competencia.

Se compite en lujo y ostentacion.

Las altas mujeres, se disputan la palma de la constante variedad.

Variedad de adornos, de vestidos, de joyas.

Variedad de *toilettes* campestres.

Variedad de peinados y cabelleras.

Variedad de matices en el rostro.

En la variedad están gusto y atractivo.

Cuanto más se gasta, más se brilla.

Cuanto más se cambia, más ruido se mete.

Sólo la ruleta permanece siempre igual.

Ella inspira el lujo:

El lujo encarece mercados, almacenes y talleres.

La industria y el contrabando prosperan.

Se levantan edificios suntuosos: *cursales;* hoteles, palacios, templos al placer.

La luna y los forasteros platean el mar.

¡Oh rico emporio de la ruleta!

Pasemos de la mujer, al hombre de talla.

La ociosidad propende á la disipacion.

Almas elevadas, talentos, ilustraciones: repúblicos insignes; nobles puntos, jugadores blasonados.

Buscan la salud del cuerpo, la delectacion del espíritu, la paz del campo:

Y tropiezan con la ruleta.

Desde entonces no hay más sol para ellos, que una moneda de veinte francos.

Se entusiasman y juegan en francés, para disimular su avaricia.

Sueñan con acertar un *pleno*,—frase técnica.

Y despiertan tarde en la plenitud de la ruina.

Sus esposas é hijos habrán contribuido acaso, á esta magna obra.

Tales son las costumbres que se infiltran en nuestro suelo.

La altivez española se dobla ante el vicio aderezado; engalanado con apariencias fastuosas.

Se ofrece el sacrificio del reposo:

De la dignidad, del honor, si es preciso: el decoro de la familia.

Así se abulta en sociedad, un nombre ó se enaltece un carácter.

Así se sobresale entre el vulgo de los hombres de bien.

Pobres hombres que prefieren parecer elegantes á parecer honrados.

La ruleta ha creado estos entes.

La ruleta alimenta el lujo de sus mujeres y de sus hijas.

La ruleta improvisa palacios, arrastra carrozas, forma costumbres.

La ruleta es el silabario de la nueva generacion.

Ella podrá levantar un pueblo sobre cimientos de arena:

Pero este pueblo caerá.

Rodará al abismo, como la bola de la suerte.

Y no podrá levantarse mientras no labre, con su sudor, la piedra del trabajo.

Mientras no arroje al otro lado del Pirineo, las astillas de la máquina moral.

1871.

¡LA MAR!

¡La mar! novísima y manoseada frase:

Modismo de última moda:

Ampulosa admiracion del ingénio meridional que toma carta de naturaleza en la conversacion, desde que este comercio de palabras, ha descendido de su culto nivel.

Desde que la buena educacion consiente extravagancias de forma y malicias de intencion, palabras y decires que visten las ideas con abigarrado ropaje:

Desde que la familiaridad de nuestro trato, ha proscrito del lenguaje todo indicio de literatura.

Un talento superior, en momentos de exaltacion intelectual, inventó la palabra *filfa*, sinónimo de mentira, de farsa.

¡La mar! parece que quiere significar, superlatividad de una idea:

Tanto como decir; confusion inmensa, exceso mayúsculo, supina *barbaridad*.

Cualidad ó concepto imponderable.

Hipérbole aplicada á lo extraordinario, á lo que sale de quicio, á lo que se presta á la sátira.

A la enormidad de un vicio ó defecto.

A la magnitud irónica, de un pequeño suceso.

A la superabundancia, á la exageracion.

Pruébese á expresar con ejemplos, el sentido de la frase.

Asomados al hogar doméstico, veámosle desierto:

El padre en el casino, veinte, de las veinticuatro horas del dia:

Ganando lo que no debe.

Debiendo lo que no gana.

Gastando alma, cuerpo y bolsillo.

Fiando á los *golpes*, el porvenir.

Poniendo casa á sus damas, cuando gana:

Y llorando miserias en la suya, cuando pierde.

La madre desechando diez trajes al mes.

Peinada de peluquero.

Empleando en caprichos, el haber de sus hijos.

Danzando en sociedad ó en la calle, mientras ellos se educan con los criados.

Criándolos á pecho de nodriza ó hiena.

Abonada á diario, á los placeres del mundo.

Asistiendo á la *tribuna de órden*.

Escribiendo cartas á los amigos.

Refiriendo, en confianza, sus deslices.

Compadeciendo á su Job.

Insensible á los afectos:

Esposa de reemplazo:

Madre en boceto.

Hijos que disponen de la voluntad de la madre: padres que no muestran interés por tener voluntad dentro de su casa.

Retoños del árbol de la vanidad.

Miembros descuartizados de la familia.
Familia de volátiles y de pájaros de cuenta.
¡La mar!
En sociedad, mujeres enjalbegadas.
Rostros esculturales.
Vista cansada de reparar en el prójimo.
Hombres osos.
Galas al fiado.
Rubor descolorido.
Manos puercas, cuya máscara es el guante.
Lábios de cochinilla.
Lenguas escarlatas que hacen sangre.
Honores, en plural.
Títulos caducados, de bienes caducos.
Blasones de *sable*.
Caballeros de apodo.
Bebés de cera no vírgen.
Raza de titíes, cotorras y sultanes de corbata blanca.
Enanitos de ambos sexos, que todo se vuelven lengua.
¡La mar!
Pueblo sufrido, ó que siempre dicen que sufre.
Pueblo párvulo, que no sabe el camino de la escuela.
Pueblo triste y luctuoso, que un dia anda entre toros, y otro entre becerros:
Donde hay quien grita para ser *habido:*
Quien pega para ser libre:
Quien ayuna por no trabajar:
Quien huelga para ser rico.
Industria privada.
Merienda de negros que, á sí propios se tragan.

Atropelladores de oficio, que sueltan sapos y culebras.

Petardos y masones de la briba.

Tabernas y devotos de la cepa.

Hermanos de una nueva cofradía de ánimas.

Condenados por sí mismos, al fuego.

Que arden en ódio, en ira y venganza contra la sociedad.

Que proclaman la igualdad y sólo la hallan en la muerte.

¡La mar!

Ametralladoras humanas, cuyo blanco es la paz.

Opiniones absurdas.

Criterio miope.

Satélites del presupuesto.

Patriotas de fonda.

Serenatas fúnebres.

Soles con rayos de talco.

Lunas que parecen lunares.

Estómagos que se han subido á la cabeza.

Cabezas que andan rodando.

Entendimiento cuyo eco repite..... ¡miento!

Grandezas de semana.

Partidos-relojes, con cuerda para quince dias.

Posteridades de un minuto.

Astros que amanecen, anochecen y nadie los vuelve á ver.

Puntos negros; puntos que deshacen la calceta; puntos finales.

Cataclismos.

¡La mar!

Palabra infectante.

Libros que propalan el error.

Libelos aborto de la envidia.

Fondos amargos y venenosos.

Sueltos que debieran producir atados.

Ciencia pseudo filosófica, de filósofos que todo lo piensan y nada resuelven.

Economistas carísimos.

Innovadores que meditan en el silencio de la *Puerta del Sol*.

Romancero popular, de hazañas penables.

Códigos para burlar el juicio ó el fallo de la Ley.

Puertas de escape para el delito.

Escena lúbrica, teatro sedicioso.

Drama *realista* ó escuela de excépticos.

Novela de peseta, traducida del vicio.

Periódico manopolizador de la fé, que cobra el barato de las acciones honradas.

Corderos del diablo, que lavan los pecados sacando manchas.

Sacristanes que descalabran á los santos.

Sectarios que hacen pólvora del incienso.

Moral cubierta de cardenales morados y rojos.

¡La mar!

País afortunado ¿por qué te oyes llamar todos los dias, desgraciado, infeliz, desventurado país?

Suba ó baje la bolsa, donde nunca hay dinero, el cielo te sonríe:

La tierra te alimenta:

Tus aires te bastan:

Tus brazos se mueven para bailar la jota:

Te salvan tus piés.

Tu cerebro bulle poco, pero tus garbanzos cuecen.

Tropiezas y no caes.

Ruegas, pero antes das con el mazo, con la espada, con la lengua ó con la pluma.

País sobre el cual tan á gusto se vive.....

Juega con el vocablo, que esa es tu costumbre y tu suerte:

¡La mar! ¡La mar!

1871.

¡ADELANTE!

¡Vamos! El mundo marcha: todo avanza.

Nada prescinde de la locomotividad de los tiempos y las ideas.

Todos respondemos al movimiento determinado por la voluntad, por la actividad del alma ó la accion material de la fuerza.

A la impulsion del cuerpo que se agita para mover á otro.

Todos miramos adelante para andar, como es ley.

Si alguna vez volvemos la vista, no será que intentemos retroceder, si no cortar el viento que puede empujarnos á la caida.

Hay que sostenerse para andar, á diferencia de los que, por correr ciegos y desatentados, no llegan á ninguna parte.

Tropezar y caer; levantarse para dar en tierra; postrarse para alzar cabeza..... eso no es adelantar, ni siquiera ir: es enredarse en la madeja del tiempo.

Error vulgarísimo, el que separa la reaccion de la accion.

La reaccion es útil, necesaria, cuando la accion es demasiado acelerada; como la accion es vida, cuando reanima facultades torpes y lentas.

¿Cómo evitar la reaccion, cuando la violencia obra de rechazo y produce la fuerza contraria?

La reflexion pone freno á los piés, tanto como la impaciencia los desata. No se llega á un ideal perfecto en un instante, ó por medio del trastorno de la naturaleza.

En vano fermentan la sangre ó las ideas si no se depura la razon.

Y la razon nos dicta que el retroceso no siempre destruye, sino que á las veces crea un estado mejor.

Como el análisis químico, que es reaccion.

Como el movimiento aparente contra el órden de los signos astronómicos, es retroceso que interviene en la accion de la esfera celeste.

Como el sueño es reactivo de salud y la estacion primaveral, de vida:

Y como otros infinitos reactivos, indicados por la ciencia para salvar á la humanidad.

Si es reaccion el esfuerzo que contra sí propio se revuelve, el acto que destruye un poder para reemplazarle con otro, de igual modo vencen en esta lucha, fuerza é inteligencia, progreso y estacionamiento.

Es cuestion de quitar y poner entre avanzados y retrógrados. Unos y otros retroceden cuando ganan y avanzan cuando no gobiernan.

¿Y qué importa? Retrógrado es el movimiento del cañon cuando dispara, y luego recobra su

alcance, acaso con más extension y mayor fuerza.

¿Reaccion es resistir? Pues ved si resiste el que defiende su terreno, ya sea con el fin de ir lejos ó de quedarse atrás. Ved en el mando despóticas libertades y democracias intransigentes.

Ved á los obreros de la revolucion social formando *Sociedades de resistencia*.

No olvideis, no descuideis que aún resisten toda institucion, forma ó sancion moral.

No olvideis que hay baluartes subterráneos donde laboran socialistas, nihilistas, internacionales: congregados que pidieron la abolicion de la propiedad, del matrimonio y del Gobierno, que proclamaron la hacienda colectiva, la abolicion del derecho de la herencia; que asestan sus tiros contra la vida y la sociedad.

¡Ah! Iban tan diligentes en persecucion de su progreso, de tal suerte corrian exhalados al abismo, que ellos mismos se dijeron:

«¡Alto, trabajadores! ¡Deteneos!

»Los que comercian con nuestro sudor y negocian con nuestra ignorancia, deben oir el proceso que, por el crímen de lesa humanidad, les leerá la raza eslava de sus inmundas orgías.»

»Urge que asistais á la entrevista del trabajo contra el capital; del deber prostituido contra el derecho desbordado.»

Esto decian los que á sí propios se llamaban ignorantes y prostitutos del deber:

Esto decian los hombres de la resistencia:

Los reaccionarios que pedian salud, trabajo y justicia.

Justicia para sí, trabajo de destruccion, salud de muerte.

Los que espoleaban á la revolucion tiraron de la rienda.

Comprendieron que debian contenerse; la acometida habia sido tal, que los espíritus temerosos, al pararse, al obedecer la voz de ¡Alto!, se echaron atrás.

Y ante aquellos ejemplos de disolucion, fueron reaccionarios los que formaban en la avanzada de las ideas, como acontece siempre que los razonadores ven desbordada la razon. Esta tiene su límite inflexible, y se dice: «De aquí no pasarás.»

¿Qué es reaccion, en el sentido recto? Juego de palabras, cuestion de nombre para los que van con paso firme y sereno á realizar en lo posible, los fines de la humanidad, sin cuidarse de los que se anticipan para desandar despues lo andado, ni de los rezagados que, para llegar, tienen que correr.

Si aspiramos á la perfeccion social, si somos creyentes del progreso, hay que marchar, pero no tan de prisa que en una etapa, gastemos el aliento que necesitamos para llegar al fin de la jornada.

¡Adelante! pero es preciso marchar con órden y concierto.

¡Adelante! pero advertid á los que van por el atajo, que así se anda dos veces el camino.

¡Adelante! pero no oculteis á los exploradores de la nueva era, que antes se llega en alas de la fé que en ancas del becerro de oro ó en zancos de la soberbia.

¿Quereis ir de prisa para no ver lo que pasa á vuestro lado?

No puede ser. Hay que decir: esta es la situacion: esto lo que sucede.

Tales los bienes, pero tales los males; tales los remedios.

El mundo físico avanza á paso de gigante.

Síguele el mundo intelectual.

¿Pero el mundo moral, por dónde va?

Negar el vuelo del siglo seria negar la evidencia, como la niegan ciertos filósofos.

¡Qué admirable concierto establece el espíritu investigador de la naturaleza, de las ciencias y las artes!

Definiciones y clasificaciones de las ciencias.

Métodos y teorías físicas.

Ideas sobre el movimiento general de la fuerza y de la materia.

Símbolos y ecuaciones químicas.

Nuevos descubrimientos astronómicos; observaciones de los planetas.

Geografía filosófica.

Geología matemática é histórica.

Congresos agricultores.

Medicina que estudia la renovacion y trasfusion de la sangre humana; que perfecciona el cuerpo.

La mecánica abatiendo el poder de los mares en Suez; atravesando las ásperas entrañas de Monte Cenis y San Gotardo.

El vapor abreviando el tiempo y el espacio; el aire comprimido que sustituye al vapor.

La electricidad que alumbra.

Nuevos experimentos ópticos y acústicos. El telégrafo, rayo del pensamiento; el *teléfono*, rayo

de la palabra; el *fonógrafo*, buril del sonido, fotografía de la voz.

La actividad de la industria y de las transaciones comerciales, crea nuevo estado.

Armas, política y artes de gobierno, escogen procedimientos y sistemas, conformes al desarrollo intelectual.

Llévase á extremos imposibles la exploracion del orígen de las razas. Antropología, Etnología, Biología, son ciencias inexcrutables que se disputan la última novedad.

Absorben tantas maravillas, veladas por las sombras en que se abisma el audaz pensamiento.

Los antropomorfos generadores: Darwin con su seleccion natural, y la escuela antropológica que á cada ser organizado atribuye la posesion de varias almas, suscitan la curiosidad con el absurdo; aumentan el número de los sentidos perturbados y de las locuras sueltas.

¡Diversas almas en una, cuando por haber tantos entes sin alma; tantos espíritus fuertes que dudan de su existencia, pudiera creerse el mundo contemporáneo, familia numerosa de hijos sin madre!

O para hacer buena la especie de Darwin, hijos que descienden de una mona.

¡Cuánto de grande y pequeño ha hecho el hombre! pero si la humanidad está en la infancia, no cabe en el deseo lo que falta para llegar á la unidad moral.

De esa unidad desciende el número, y hay que buscarla para regir las muchedumbres.

Como dicen los sábios: la potencia moral del

hombre no ha dado de sí, más que una muy pequeña parte, de la utilidad que su naturaleza encierra.

Hay que pedirle más; hay que persuadirse de que no cabe llamarse racionalista y parecer irracional.

Que no es derecho, el de hacer lícitamente el mal.

Que no es disculpa de la razon, el no tenerla.

Que ha de practicarse el bien á conciencia del deber y con íntimo convencimiento de la razon.

Corresponden á la racionalidad del hombre las verdades con que ilustra su entendimiento; ¿pero de qué le servirán si no profundiza la ciencia del alma?

¿Qué vale saber pensar si no realiza el pensamiento, el arte de obrar bien?

Imaginar el bien, no es realizarle: hombres buenos son los que practican sus acciones rectamente:

Y estos, sabido es, que andan distraidos de los negocios del mundo, mientras monopolizan las ideas, apóstoles y dogmatizantes de una nueva teogonia, endiosados con el poder de la conciencia humana:

Que no reconocen más derecho que el de la opinion, ni más ley que la que emana del libre albedrío, ni otra moral que la moral social.

Sectarios que suplantan con religiones falsas, la religion verdadera:

Que no ven en la filosofía la ciencia de los principios, la luz de la inteligencia; sino la contradiccion sistemática, de las verdades eternas.

Retóricos excépticos enderezados á torcer y enmarañar el juicio, derramando la hiel de la du-

da; sumergidos en abstracciones de donde nace la negacion absoluta.

Para estos sofisticadores del espíritu humano, no hay moral en la historia, ni en el derecho, ni en las artes, ni en las letras. La filosofía moral se apacienta en la verdad, y para ellos, la verdad es la utopia.

Crean cínicos errores, perturban el pensamiento, mantienen lucha entre la doctrina espiritualista y el materialismo y el panteismo, gérmenes del ateismo.

¿Y podrá alzarse en hombros de los ateos, la grandeza del siglo civilizador?

¿Cómo puede pasar inadvertido que sus huestes crecen, que agitan á la sociedad, que minan la familia, que respiran en el aula, que agotan todos los recursos de propaganda y publicidad?

¡Ah! sí; la moral cristiana se ha quedado atrás y es necesario impulsarla.

¡Adelante! pero que marche todo á la vez; que todo guarde una proporcion, que marque un nivel, que forme una línea de victoria.

El progreso material, fundido en el progreso moral.

La creencia viva, la duda disipada.

Que en esta sociedad de ánimos concitados entre sí, no se tache de impertinente al espíritu previsor; al amigo del bien.

Si hay quien admite el concurso de los estóicos del dia, insensibles á sus dolores y por tanto á las desdichas agóbio de la humanidad: si sus falsas teorías hallan eco en la masa vulgar, incapaz de discernir la verdad de la mentira:

¿No será lícito poner el dedo en esta llaga?

Consentidme el candor de la buena fé: el sentimiento con que deploro errores presentes y la sana intencion que me mueve á denunciarlos.

Ella ha de salvarme: por ella se me perdonará—lo espero—que no adule á los hombres: que turbe la paz de nuestra indiferencia, meditando en voz alta y analizando miserias con la pluma.

Antes que el huracan del siglo nos arrebate la esperanza; al ménos, pidamos ley para todas las conciencias; luz para todos los campos; para todas las esferas; para todos los horizontes.

Luz para todos los entendimientos libres, tiranizados por la esclavitud del sofisma, de las pasiones y de la materia.

Que se rectifiquen ideas y costumbres.

Que amanezca el dia del ideal humano.

Que suene el himno de la armonía universal.

Y desaparecerán las sombras de la sociedad.

Y las sombras del libro.

1878.

ÍNDICE

Página.

SOMBRAS 5
La superficie 15
La opinion pública 21
El pasado 29
Frases 37
El sentido comun 45
La guerra 53
Apetitos 61
Los círculos 69
El personal 77
Los intransigentes 85
La obra del amor 93
El problema 99
Las potencias del alma 107
El vapor 115
El enemigo 121
Las circunstancias 129
La fraternidad 137
El teatro 145
El teatro y la educacion de la mujer 155
El teatro por dentro 165
Los muertos 175
El mundo 183
La política 195
Los niños 205
Las economías 215
El calor 223
Los acontecimientos 231
La ruleta 237
¡La mar! 243
¡Adelante! 249

Fdo Mart Pedrosa

4549

Esta obra se halla de venta en las principales librerías de España y América.

3 PESETAS en la Península.

5 PESETAS en Ultramar.

Los pedidos al autor: *Hermosilla*, 11, 2.°

MADRID